

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

R 012253
Casa Editorial de Carbonell y Esteva

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

Comunicaciones obtenidas
por el medium parlante del Centro Espiritista
«La Buena Nueva» de la ex-villa de Gracia
copiadas y anotadas

POR

Amalia Domingo Soler



TOMO SÉPTIMO

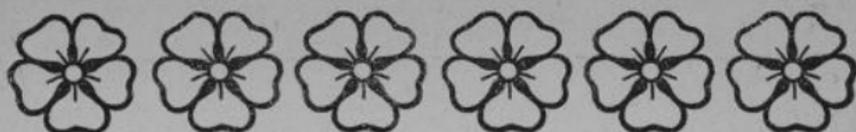


BARCELONA

Imprenta y Librería de Carbonell y Esteva

Rambla de Cataluña, 118

1905



XCII

DESPUÉS de haber salido los frailes del Convento, me fuí con Angélica á mi celda, y allí me dijo ella:

»—Por Dios, madre, ne me hagáis hacer lo que he hecho hoy, porque yo no sabía lo que me pasaba.

»—No te preocupes, mujer, no te preocupes, que muchas veces, yo tampoco sé lo que me hago.

»—No hay punto de comparación entre vos y yo, madre, os aseguro que nunca olvidaré el día de hoy.

»Seguimos hablando, cuando de pronto entró una religiosa gritando:—Madre, madre, fuera del Convento hay hombres muertos, los frailes, los frailes han muerto muchos de ellos como heridos por un rayo. Angélica me miró aterrada temblando convulsivamente, y yo la dije como si no advirtiera su turbación ni su espanto:—Atien-

de á tus ocupaciones ordinarias, que ahora no te necesito. Angélica vió el cielo abierto al escuchar mis palabras y se marchó apresuradamente sin volver la cabeza, seguida de la religiosa; yo también salí de mi celda y me dirigí á las puertas del Convento, tras pasé dos de éstas, y al llegar á la tercera y última, quise salir á la plaza que había delante del Convento, pero unã mano invisible me detuvo imperiosamente, puesto que clavó mis pies en el suelo y no pude moverme, mirando sobresaltada á varios frailes que yacían en el suelo sin movimiento; el fraile que airadamente me había dicho:— *No venimos á buscar predicaciones, venimos á buscar la salud*, se acercó á mí con ademán amenazador diciéndome iracundo:

»—Mirad vuestra obra; de ella daréis cuenta á Dios, si antes no os la pide la justicia humana, que hora es ya que paguéis lo mucho que debéis.

»Yo temblé, lo confieso, pero traté de dominarme y dije: Vivos salieron de aquí despreciando la salud que mi buena voluntad les ofrecía; recordad que ellos dijeron: *No queremos la salud de esta casa*; pues si no la querían, nada de común hay entre ellos y yo.

»—Dejémonos de vanas palabras, y va-

mos al grano, quiero que los muertos queden depositados ahí dentro.

»—No; no; replicó otro fraile, no entremos, no entremos, no sea que todos muramos ahí dentro.

»—Vos haréis lo que se os mande; y estos siervos de Dios no pueden quedar á la intemperie mientras no se procede á su entierro; y franqueando la entrada ordenó á los atemorizados frailes que cogieran á sus compañeros, para colocarlos dentro del Convento; yo me situé delante de la primera puerta y le dije al que hacía de jefe de los religiosos:

»—De aquí no pasarán, que no es el Convento depósito de cadáveres.

»—Es que aquí estarán como perros.

»—Yo estaré con ellos.

»—¿Y qué haréis con estos muertos que vinieron á buscar la salud? ¿qué disponéis?

»—Que salgáis todos, todos... y en esto los muertos se levantaron, y los vivos huyeron despavoridos; los muertos se miraron unos á otros, y dijo uno de ellos:

»—¿Qué sueño habrá sido éste?

»—El peso de vuestra conciencia que aplastó vuestro cuerpo, y ojalá que al despertar tengáis remordimiento de haber pecado. El que todo lo puede ha sido clemente con vosotros, ¡idos! que nunca volváis aquí,

¡marchad! Los resucitados, como si los moviera un resorte mágico cayeron ante mí de rodillas, y como si se ahogaran se echaron la capucha sobre la espalda y sus cabezas descubiertas tocaron el polvo de la tierra, sus compañeros más repuestos del susto se reunieron á ellos, y todos prosternados dieron gracias á Dios por el milagro realizado, diciendo el jefe: Emprendamos el camino y entonemos alabanzas al que todo lo puede.

»—Sí; sí; marchad, desventurados, marchad, pobres infelices, marchad, pobres ciegos del mundo: No son éstos tus religiosos, Señor, ¡no son éstos! y tranquila y serena me retiré á mi celda; á poco llegó Angélica diciéndome:

»—¡Ay, madre! ¡de buena nos hemos escapado! ¡qué susto he tenido! no me llega la camisa al cuerpo.

»—No temas, Dios por medio de Jesús me ha dicho que me salvaré de morir violentamente; y estoy persuadida, que aun estando muertos los frailes, los hubiera resucitado. Jesús resucitó á Lázaro.

»—Y... ¿quién sabe si Lázaro estaba muerto? Jesús podría crear un mundo, pero no dar vida á un cuerpo en completa descomposición, donde todos sus componentes están desorganizados, donde la cohesión

ya no existe porque cada partícula busca separadamente su centro de atracción.

»—¿Quién te enseña esas cosas, Angélica? ¿de cuándo acá tan incrédula y tan sabia?

»—No lo sé; mas... dejadme sentar, madre; y tambaleando se acercó á mi sillón y se dejó caer en él, quedándose dormida como un ángel, pero tan instantáneamente, que me quedé asombrada, y más aun, cuando me dijo Angélica con dulcísimo acento:

»—Oyeme, tú has visto mucho en sueños y en videncias, nosotras, las almas, nos comunicamos por medio de otros seres: Tú en otras ocasiones has dormido á Angélica para que ella hablara y viera lo que tú veías, y hoy la duermo yo para hablar por medio de ella.

»—¿Quién eres?

»—Para otro daría un nombre; pero tú... ¡mírame! y entonces... lancé un grito de júbilo, júbilo imposible de poderlo explicar porque ví ante mí á mi adorada sobrina, á la hermosísima niña que un día me coronó de flores, pero en medio de mi alegría me asaltó un temor y exclamé:

»—¡Hija mía! ¡bendita seas! pero, ¿qué has hecho del espíritu de Angélica?

»—¡Mírala, está de centinela junto á su cuerpo, y efectivamente, me fijé en Angé-

lica que dormía con el mayor reposo, y junto á ella, apoyado en el respaldo del sillón estaba su espíritu que tranquilamente me miraba.

»—¿Estás enfadada? pregunté temerosa á Angélica:

»—No, no lo estoy; aprovecha la ocasión, y habla con ella; y entonces ¡cuánto hablé con mi adorada sobrina! ¡qué hermosa estaba! ¡qué hermosísima! toda ella era luz y perfumes, ¡qué figura tan celestial! yo la dije:—Tú dejaste para mí una corona que aun conservo, flores me diste ayer, y nuevas flores me das hoy.

»—Sí; flores de más valía; hoy vengo á enseñarte que á los muertos no se les puede resucitar, que Jesús no resucitó á nadie, porque las leyes de la naturaleza nadie las puede trincar.

»—¿Entonces miente el Evangelio?

»—El Evangelio escrito por los hombres, sí; el verdadero Evangelio no; ¡es tan breve! no dice más que esto: *Hacer el bien por el bien mismo.*

»—Admiro cuánto me dices, hermosa mía.

»—Admite mis palabras porque son la verdad. No has hecho ningún milagro, no has hecho más que demostrar los hechos naturales de leyes aun no conocidas. Esos

frailes, no estaban muertos, estaban magnetizados, no olvides mis palabras, *magnetizados*; y dentro de pocos siglos, el magnetismo será una ley conocida de todos, y el magnetismo servirá lo mismo para curar enfermedades, que para descubrir recónditos arcanos, será un auxiliar poderosísimo para determinadas ciencias, y desaparecerá el milagro ante la demostración de la verdad científica. Tú te has adelantado, tía mía, á esos días de luz, déjame que ponga mis manos sobre tu venerable cabeza, quiero darte más vida, más aliento, más esperanza, mira hacia abajo, mira; miré, y ví una figura grande, magestuosa, que quise reconocer, y luego ví á un niño hermosísimo que me debió la vida y grité: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Me volveré loca?

»—No, no te volverás loca.

»—Déjame besarte, hija mía.

»—Aquí en la tierra, no hay besos para las almas: ya nos besaremos en el espacio; y Angélica se despertó muy sonriente mirándome con grata sorpresa y diciéndome:

»—¿Me habéis dormido otra vez, madre?

»—No, hija mía; yo no te he dormido, tú te dormiste y me has dicho cosas y me has hecho revelaciones que nunca podía yo esperar de tí.

»—Os creo, madre, os creo, me encuen-

tro muy bien y con mucho apetito, pase-mos al Refectorio; así lo hicimos, y luego visité el Asilo, los niños me recibieron como siempre, con *palmas y olivas*, el niño filósofo me acarició más que los demás y me dijo con tono sentencioso: Madre, no es tiempo aun de que yo vuele, estoy esperando la hora.

»—Pues no tienes motivos para quererte ir, aquí todos te quieren, y hasta te quieren demasiado, porque te miman más que á los demás.

»—Si yo no me quejo, madre, demasiado sé el valor de cuánto me dan, pero esto no me impide esperar la hora de mi libertad, no con impaciencia, pero sí como el cumplimiento de una promesa divina.

»Fatigada de tantas emociones, me retiré á pensar dentro de mi celda en todo lo que me había dicho mi sobrina, que mucho había que estudiar. Los muertos no resucitan, me dije, Dios creó leyes inmutables, nadie puede resucitar á un muerto; y estas *flores del cielo* ¿qué misterio encerrarán? para ellas no hay invierno ni primavera, siempre están lo mismo. Jamás una gota de agua ha humedecido la tierra que cubre sus raíces, nunca las he tocado, he temido tocarlas. ¿Por qué? no

lo sé, ¿y por qué no son como las demás flores? ¿Me atreveré á tocarlas?

»—Tócanos si quieres, dijo una florecita, que flores hallarás sin que haya flores.

»—¿Cómo es eso?

»—Toca, dijo otra flor, procura persuadirte, y encontrarás troncos, y tallos, y hojas; las toqué, y efectivamente, encontré cuánto me dijeron, pero sin flexibilidad, no eran las flores de la tierra, aunque exhalaban suavísimos perfumes; y al tocar el jarrón que las contenía, éste arrojó sonidos metálicos que formaban una especie de armonía.

»—¿Qué es esto, flores mías?

»—Ya te has convencido que somos flores, dijo una flor, pues somos almas, almas que bajo la forma de flores junto á tí estamos; nuestra forma es tomada de los elementos que hay en esta atmósfera; no brotamos de la tierra, somos agrupación de substancias que los sabios buscarán en el porvenir. Dios le ha dicho al hombre: Tú serás grande por la ciencia, tú crearás como yo, porque yo te daré elementos para ello; no serás como yo, pero serás el continuador de mi obra. No serás nunca Dios, porque no crearás las primeras substancias, pero sí te valdrás de todos los elementos que encuentres en la naturaleza,

para imitar á la naturaleza misma. El hombre que llegue á creerse tan grande como Dios, en su misma locura llevará el castigo, porque el sabio orgulloso y pretencioso pierde todo su valor, es una flor sin perfume, su hálito envenena, es un árbol cuya sombra produce la muerte; quiere volar y el fuego de su osadía y de su audacia quema sus alas, es un hijo que reniega de su padre, es un alma ingrata y de los desagradecidos es el reino de las tinieblas. Te damos esta lección porque merecida la tienes, porque cuando eras Iris, la mujer más hermosa de tu época, cuando un sabio te daba estas mismas lecciones, tú te enorgulleciste por tenerle á tus pies, y le vendiste para demostrar que la sabiduría, que todas las ciencias juntas, sirven de juguete á una mujer hermosa que enloquece con sus ojos y hechiza con sus palabras; que la materia y sólo la materia será la eterna reina del mundo; esto pensaste al entregar al sabio á sus verdugos; esto pensaste cuando acumulaste sobre su cabeza todos los crímenes que te sugirió tu bajeza y tu infamia; cayó el cuerpo del sabio, pero quedó su alma, murió la calumniadora, pero su alma se libertó de la muerte porque ningún alma puede morir, y luego cuando viste á lo que quedó

reducido el mágico poder de tu hermosura, entonces volviste los ojos de tu entendimiento al sabio sacrificado, á su escuela por tí dispersada; los resplandores de su genio inmortal te iluminaron, y le amaste, y le pediste perdón humildemente, y le seguiste amando porque cada día se aumentaba su gloria y tu envilecimiento, mientras más él brillaba, en más densas tinieblas te envolvías; pues aún cuando él te decía de tiempo en tiempo *¡Te perdono!*, su mismo perdón engrandecía su figura y empequeñecía la tuya. Tu orgullo quedó justamente castigado. De tiempo en tiempo le has visto hermosísimo, con todas las bellezas de su sabiduría y de su amor, y volverás á él, cuando tu espíritu sea tan sabio y tan bueno como aquel que tú vendiste desconociendo su inmensa sabiduría y su elevado sentimiento.

»—¡Qué amargas son las verdades de la sabiduría!

»—No; la sabiduría es la esencia de Dios, y no puede ser amarga; es el manjar de los dioses; lo que sí acontece, que las almas pequeñas como la tuya, aun no le encuentran su delicado sabor.

»—Y cuando se encuentran dos sabios iguales, ¿qué hacen? ¿cómo se complementan?

tan? ¿qué hacen? ¿qué hacen? ¿los sabios también se aman?

»—Sí; y amando ascienden, buscan nuevas grandezas, nuevos horizontes, nuevas fuentes de vida, preguntan, inquietan, investigan y emplean su tiempo mejor cada día; mas ahora no preguntes sobre lo que no comprendes, porque lo que te decimos no puede satisfacer tu curiosidad. ¡Es tan pequeño el horizonte que miras!... Tú no sabes más que dos almas se aman y se complementan, pues mira, los amores están en consonancia con lo que se trabaja; dos almas solas amándose ¿qué serían en el Universo? dos átomos luminosos, pero muchas almas amándose entre sí, son muchos soles que llenan el espacio. Un amor, es el producto de muchos sacrificios, un amor, es el resultado de muchas abnegaciones y martirios, y el conjunto de muchos amores, es la vida de las humanidades.

»—Pero unid á los amores la poesía, dijo otra flor, el alma es el niño eterno de Dios, si se remonta, si se engrandece, es porque la poesía le da sus alas, ¿qué sería un alma sin el instinto de lo bello, de lo armónico, de lo sublime? ¿qué es un sol? ¿por qué es luz? esto preguntan los sabios, pues un sol, es una prueba del arte de Dios, porque

un sol desarrolla la vida con todas sus bellezas, con todos sus atractivos. ¡Si supierais lo que vale un Sol!... vuestro mismo planeta ¿sabéis lo que es? no; pues entonces no conocéis lo que es la poesía de Dios. ¿Sabéis lo que son las letras? la impresión fiel de los cantos de las almas. ¿Hay letras en la naturaleza? Sí, cada mundo es una letra del alfabeto del infinito, y la poesía, que es la sonrisa de Dios, une esas letras, y forma vocablos que las humanidades van leyendo y descifrando. Dios nos dice por medio de la poesía: ¿Oyes los cantos de los pajarillos en los bosques guardando sus nidos? también canta el hombre junto á la cuna de sus hijos, Dios es el amor, y la ciencia eterna, y la poesía, el lenguaje divino que usa el hombre para hablarle á Dios.

»—¡Bendito sea! ¡bendito sea Dios!

»—Sí, repite siempre que Dios sea bendito, y repite también: ¡Bendita sea la poesía! porque es la intermediaria entre Dios y el hombre.

»—Gracias por vuestra lección, ¡flores mías!

»—Alienta, trabaja, y no olvides que hay muertos que sirven para despertar las energías del alma: pero esos muertos, no lo están en la carne, lo están en el espíritu,

los muertos en la carne pertenecen á los gusanos, los muertos en el espíritu, son los que resucitan, son los que se levantan cuando escuchan una voz del cielo que les dice: ¡Levántate y anda!

»—Jamás olvidaré vuestra lección.

»En esto llegó Angélica y me dijo: ¡Ay! madre, descansemos, es muy tarde, ¡tengo un sueño!... La miré, y encontré en su rostro una expresión de atontamiento que no me gustó nada, y la dije con severidad: —Pues procura no dormirte cuando el sueño te atormente en pleno día, que no siempre conviene dormir, hay que estar despierto para luchar con las acechanzas de los que vemos y de los que no vemos».





XCIH

DESPUÉS de algunos días, vino á verme mi amigo el sacerdote, y aunque siempre nos peleábamos, lo echaba mucho de menos cuando no venía; así es, que al verle me alegré tanto, que experimenté una alegría infantil, de la que hice la más ruidosa demostración, diciéndole con el mayor cariño: ¡Cuánto me alegro que hayáis venido! ¡cuánto! El me miró con recelo, tenía formada tan mala opinión de mí, que me temía, siempre creía que yo llevaba segunda intención. Yo no me preocupé por sus miradas recelosas, y le conté cuánto había ocurrido durante su ausencia, diciéndole al final de mi relato:—¿Qué será de los pobres frailes?

»—Es que hacéis unas cosas extraordinarias.

»—¿Qué se dice? ¿ya sabíais lo acontecido?

»—Sí, lo sabía; y se dicen ¡tantas cosas!.. que no es posible decir lo que *dicen*.

»—¡Pobrecitos frailes! ¡qué lejos están del reino de Dios!

»—¿Qué decís? ¿ellos lejos de Dios? ¿los humildes siervos religiosos? ¡qué locura! ¡qué insensatez! parece mentira que vos digáis semejantes disparates.

»—Vamos padre, sed franco conmigo, en realidad, vos no me queréis mal, sois arisco como todos los sabios lo son, pues les parece que la sabiduría está reñida con la amabilidad, lo que no deja de ser un error; dejad por un momento vuestro hermoso y honroso papel de sabio y hablemos como dos buenos compañeros. ¿No es verdad que no hay nada más hermoso que la verdad? y el reino de Dios, ¿qué otra cosa es que la verdad? ó sea el conjunto de todo lo más sencillo y más puro; por eso los hipócritas religiosos, están tan lejos del reino de Dios. Nosotros, los que vestimos burdo sayal, decimos temblorosos: ¡Allá está Dios! y doblamos las rodillas é inclinamos la cabeza y cerramos los ojos ¿Por qué este miedo? ¿No corre el niño buscando á su madre lanzando ruidosos gritos? pues ¿por qué no corremos nosotros buscando á Dios si Dios es nuestro Padre? cuando no corremos hacia El, es porque somos delincuentes.

»—Luego vos queréis que Dios sea como un padre de la tierra.

»—Sí, señor, Dios es nuestro Padre, no es nuestro tirano, el amor de Dios no niega nada á sus hijos, nos da siempre, siempre, siempre; yo lo veo en mí, cuanto más le pido más me da. ¿Creéis que yo curo á los enfermos? No; es el amor de Dios que me da sus inagotables raudales y me dice: ¿Quieres dar vida? pues toma vida y El lo hace todo, todo. Yo le digo: ¡amor mío! dame los manantiales de tu bondad, y sobre mí los vierte, como los derrama sobre todos sus hijos, que libres en su albedrío, hacen el uso que mejor les parece de los bienes que poseen; que pierden su capital y se declaran en quiebra, no importa, *el banquero del infinito* les vuelve á dar medios para vivir, y bien considerado, no hay un solo pobre en la creación, la pobreza es el resultado de los vicios, nunca causa originaria; Dios reparte por igual sus dones, por eso debemos considerarle como Padre amantísimo.

»—Bien, bien, vuestra filosofía es grandiosa, es sublime, pero no se la puede dar á las generaciones.

»—¿Y por qué?

»—Porque la humanidad no puede digerir manjar tan exquisito, y hay que poner

murallas entre los grandes y los pequeños.

»—Volvemos á las mismas, nunca nos podremos entender.

»—¿Qué queréis? yo os escucho como escucho el canto de los pájaros, muy dulce, muy grato, muy armonioso, y nada más.

»—Eso no; eso no; hay en mí más que el canto del ave.

»—Creedme, hablemos de otra cosa, los cortesanos que vinieron buscando la salud, ya están en marcha.

»—¿En marcha? pues por ser cortesanos poca educación han tenido.

»—No prosigáis, que por ellos vengo delegado para haceros presente su agradecimiento. ¡Al fin, mujer! ¡qué contraste! tan pronto subís á los cielos del más puro y encantador idealismo, como bajáis á la tierra con sus miserias y rencillas. Nunca he visto tan cerca uno del otro al gigante y al pigmeo, en vos se tocan y se confunden formando un todo incomprensible. Y ahora, quién debe darse por ofendido soy yo, pues en nada tenéis cuanto yo he trabajado para conseguir valiosos resultados.

»—No os incomodéis, ya sé lo que habéis hecho, me habéis elevado hasta el cielo de vuestra iglesia, pero ese cielo no lo necesito, porque ese cielo da esplendo-

res á los poderosos y miseria á los desvalidos.

»—Pues os advierto muy seriamente que nunca volveré á serviros en nada.

»—Escuchadme: vos servís á vuestra iglesia y yo á la mía; la vuestra es muy pequeña, la rodean altos muros, la mía es la inmensidad.

»—Nunca nos entenderemos.

»—Sí que nos entenderemos, vos me queréis.

»—De eso os valéis, os quiero á pesar mío como una creación divina, no como creación humana.

»—Pues mirad, ahora quiero una cosa y la conseguiré.

»—¿Qué queréis? algún nuevo capricho?

»—Capricho, no, quiero que vuelvan aquí los cortesanos antes de llegar á la Corte y volverán.

»—Imposible, si van directamente á la Corte.

»—Pues volverán, porque entre ellos va una mujer que necesita de mí.

»—¿Los haréis volver?

»—Yo no; ellos volverán.

»—Me alegro mucho el saberlo para no venir en unos cuantos días.

»—Ya vendréis, ya vendréis mañana, os espero.

»Cuando me quedé sola me encontré muy contenta, contentísima, ya no quería su amor, pero sí su sabia protección ¡era tan sabio!...

»Seguí pensando en los cortesanos y los calificué de groseros, porque lo eran en realidad. Donde se encuentra la salud, ¡qué menos puede dejarse que una sonrisa de gratitud!... Vino Angélica y hablé mucho con ella, que me preguntó:—¿Y los cortesanos?

»—Se han marchado.

»—¿Qué decís?

»—Lo que oyes, pero volverán.

»—Volverán, ¿y cuándo?

»—Tal vez muy pronto.

»Llegó la noche, nos acostamos y Angélica se durmió enseguida, yo no, porque estaba viendo sin moverme de mi lecho, como avanzaban los cortesanos en sus carrozas rodeadas de sus servidores. Al fin llegaron ante el Convento pidiendo hospitalidad, se la concedí, dejando para el día siguiente nuestra última entrevista; quise dormir, pero no pude; y al amanecer me levanté, y saludé al Sol diciéndole: ¡Bendito seas! porque tú eres la mirada de Dios, tú eres el representante del tiempo, y al salir de mi celda oí una voz que murmuró en mi oído:—¡Pobrecitos! ¡qué sería de

vosotros sin un rayo de Sol! Salí al huerto y allí me reanimé; sin saber por qué estaba contenta de mí misma, Angélica se reanimó conmigo y me dijo: Los huéspedes ya están levantados y quieren visitar el Asilo.

»—Pues juntos lo visitaremos.

»—Esperad un poco, madre, que hay algo que arreglar.

»—Te equivocas; los grandes deben ver como viven los pobres, no hay que tapar las llagas sociales, hay por el contrario que descubrirlas, no ocultemos las espinas, que como hacen daño se recuerdan; en cambio, el perfume de las flores se evapora, hay que impresionar, no hay que halagar.

»Me llamaron los cortesanos, y al verme, ¡cuántas mentiras dijeron! ¡cuántas alabanzas! ¡cuántas exageraciones! sólo dos niñas, las hijas de la dama incurable me abrazaron con toda su alma diciéndome las dos á la vez:

»—Madre, nuestra madre no se cura.

»—Sí curará, sí curará, ya lo veréis.

»—Nos hará morir.

»—No, hijas mías, vuestra madre cambiará muchísimo, os respetará, y casi, casi os amará.

»En esto llegó la madre de las niñas, y al ver que éstas me tenían abrazada, nos

miró sorprendida y dijo con bastante sequedad:

»—¿Qué hacen mis hijas?

»—Ya lo véis, me quieren, son muy cariñosas, son dos ángeles y debéis aprovecharos de sus virtudes, que los ángeles no abundan en la tierra; ahora, hijas mías, dejadme sola con vuestra madre que las dos tenemos que hablar. Las niñas me obedecieron, y al quedarnos solas, la dama me miró de un modo muy extraño, sus hermosos ojos se enrojecieron, su rostro se coloreó y palideció al mismo tiempo, su pequeña boca se cubrió de blanquísima espuma y comenzó á hablar de un modo tan insolente, tan provocativo, tan insultante, que dije: ¿Con quién hablo?

»—Con nosotros.

»—¿Luego, sois más de uno?

»—Sí; somos varios los que poseemos este cuerpo; y al decir esto, tiraron á la dama al suelo, sin que yo pudiera evitarlo, y entonces, ¡qué de gritos lanzó aquella mujer! juramentos horribles, blasfemias espantosas, amenazas, improperios, las palabras más soeces salían de aquella pequeña boca, que arrojaba de continuo oleadas de espuma; todos los cortesanos acudieron al oír sus gritos, pero á ninguno le dejé entrar en el aposento en que nos ha-

llábamos, sólo sus hijas rompieron por todo y entraron, pero las hice marchar diciéndoles:—Idos, hijas mías, que sobre todas las malas voluntades, está la voluntad de Dios. Entró Angélica y á ésta no la despedí, al contrario, la dije imperiosamente:—Ponte junto á la cabeza de esta mujer, mira y habla.

»—¡Ay, madre! ¡despertadme por el amor de Dios! aquí hay muchos hombres armados, quieren ahogarme, me amenazan y quieren rodearme... uno, uno viene dispuesto á ahogarme.

»—No temas, y le pasé mi mano por la garganta con tal fuerza y tal empuje, que Angélica lanzó un suspiro de satisfacción abriendo repetidas veces la boca.

»—Habla, habla, que ya puedes hablar sin temor.

»—Aquí hay hombres horribles, espantosos, hay uno que parece un gigante, y éste, envuelve á la dama con una capa rojiza, es de una tela transparente.

»—Pues rompe esa capa.

»—Rómpela tú, dijo una voz sarcástica, con la más cruel ironía.

»—No necesito romperla yo, ella la romperá porque yo lo quiero. La dama lanzó un rugido tan rabioso, que me hizo estremecer y Angélica dijo débilmente:—

¡Ay! ya he roto la capa, pero me han arrancado el corazón.

»—Nada te han arrancado, levanta á esa mujer; la dama se levantó, abrió los ojos y dijo:—¡Ay ¡qué sueño tan extraño!

»—Dame tu mano.—Me la dió y se quedó como extática, la hice salir de la estancia; Angélica aun dormida la seguía muy de cerca, llegamos al huerto y junto á la fuentecita nos sentamos, y Angélica me dijo:—¡Madre, despertadme por piedad!

»—Bueno, retírate, y al despertarte, no te acuerdes de cuanto ha sucedido, que no quede en tí más recuerdo que una íntima satisfacción, el goce que deja como herencia divina una buena acción.

»Me quedé sola con la dama, la desperté y la dije:—Hablemos, hablemos como si toda la vida nos hubiéramos tratado; sois madre, y las madres deben ser soles sin eclipse para sus hijos; no sois un espíritu malo, pero estáis dominada por malos espíritus.

»—¿Malos espíritus?...

»—Sí; malos espíritus, porque vuestro loco orgullo los atrae, vuestra vanidad os ciega, y os domina de tal manera, que creéis que todos los grandes de la tierra deben humillarse ante vos, y de los pobres no hablemos, para vos son peores que es-

clavos; no les concedéis ni aún alma, son cosas que se mueven y nada más; vinisteis aquí buscando la salud, fuisteis á la fuente, bebisteis su agua milagrosa, y nada satisfactorio habéis obtenido; porque para curaros tenéis que cambiar radicalmente de vida. La dama quiso llorar, miró á todos lados, suspiró acongojada y yo la dije:

»—Bueno es suspirar, tras de los suspiros viene el deseo de ser bueno. ¿Queréis hacer confesión? No la necesito, todo lo sé.

»—¿Todo? ¿todo? ¡por Dios, callad!

»—No temáis, aquí nadie nos oye, y le conté varios pasajes de su vida, que una voz iba relatando en mi oído. Ella temblaba convulsivamente y yo seguí diciendo: Vuestras hijas son el testimonio de vuestra infamia, sin embargo, debéis amarlas porque ellas son inocentes, ellas no se han manchado con el lodo de la culpa, ellas no sospechan la criminalidad de su madre, las habéis querido matar más de una vez, para cubrir vuestra debilidad con el más horroroso de los crímenes, ¡matar á un inocente!... ¡á dos inocentes que han vivido dentro de vuestras entrañas! y en esos momentos que os habéis colocado á más bajo nivel que las fieras, es cuando los malos espíritus han batido palmas y se han apoderado de su presa y vengando pasa-

dos agravios, han dicho: Ya eres nuestra, para tí no hay salvación posible. Tenéis muchos enemigos, señora, porque vuestro orgullo y vuestra vanidad los ha creado, porque nunca habéis compadecido el dolor ageno, y el que no compadece, justo es que sufra las consecuencias de su impiedad; pero todo tiene su término cuando el espíritu quiere que lo tenga reconociendo su flaqueza. Vos al venir aquí, por algo habéis venido, y por algo me fijé más en vos que en todos los demás. Yo os aliviare y os daré aliento, quiero que améis á vuestras hijas, aunque la una os recuerda un capitán de bandidos y la otra á un ejecutor de la justicia; no importa, ellas son vuestras hijas y debéis amarlas porque son, no lo olvidéis, los dos únicos seres que os aman en la tierra.

»La dama se abrazó á mí con tal delirio, que parecía imposible que fuese la misma mujer de algunas horas antes, me dirigió las frases más apasionadas y más agradecidas, hasta me llamó madre y reina de los cielos y yo la dije:

»—Poco á poco, no soy ni *madre* ni *reina*; soy un alma que os quiere y desea vuestro bien *aquí* y *allá*.

»—Madre, yo os juro que os obedeceré en todo y por todo.

»—¿Queréis entregaros á mí con absoluta confianza?

»—Sí quiero.

»—Pues dejadme hacer sin pronunciar una sola palabra; y según me fueron inspirando, pues yo obraba sin saber lo que hacía, la limpié de malos flúidos, dándole después flúidos de amor, la magneticé con tal energía que la dama se transfiguró por completo, ¡qué hermosa estaba! y cuando me dí por satisfecha de mi trabajo, la dije: quiero que seas buena, y si no lo fueras, que te mate un rayo, que no hacen falta en la tierra los miserables. Ahora bebe agua de esta fuente, esta agua es el agua del pacto que haces con la virtud, y con la verdad. Recuerda el martirio de Jesús, y ten la completa seguridad, que esa agua te dará la salud del cuerpo y la salud del alma, y esa agua buscando más tarde la fuente de tus ojos, de ellos brotará convertida en benéfico rocío, recoge en el hueco de tus manos sus preciosas gotas, y cuando tengas cantidad bastante, vierte aquel líquido divino sobre tu cabeza, que será tu bautismo en la tierra y tu purificación en los cielos.

»Mis palabras produjeron en la pecadora un efecto mágico, lloró á mares, parecía que sus grandes ojos iban á disolverse

en agua, la dejé llorar sin decirle una sola palabra, antes al contrario, me alejé á prudente distancia y la dejé sola hablando con su conciencia; cuando se tranquilizó vino en mi busca, y me abrazó estrechamente diciéndome: ¡Madre! ¡madre! nunca os olvidaré, ahora dejadme reposar.

»—Ya reposaréis, he de concluir mi trabajo, y que quiso que no quiso, la hice recorrer todo el Asilo, le conté historias interesantísimas de niños huérfanos, de ancianos abandonados, y conforme yo iba hablando, la mujer redimida me miraba anhelante, y así como antes me seguía á la fuerza, después de oirme, ella se adelantaba; cogía á un niño en sus brazos y me decía: ¿Y éste, qué historia tiene?

»Cuando concluimos de visitar el Asilo me dijo la dama:—¡Ay! madre, quisiera quedarme aquí de hermana de la Caridad.

»—Es imposible; tenéis dos hijas y éstas reclaman vuestros maternales cuidados. Una madre es la mejor hermana de la Caridad, la madre que abandona á sus hijos, es indigna de servir á los huérfanos.

»La redimida me abrazó sollozando, acudieron sus hijas y las cuatro formamos un grupo de amor. ¡Pobres niñas! ¡con qué delirio me besaban! cuando se fueron dije á la dama: Nunca volveréis á sentir la

dominación de los malos espíritus, y vosotras, hijas mías, dad gracias á Dios que en su piedad os ha devuelto el amor de vuestra madre ¿lo entendéis? vuestra madre os ama, ayer estaba enferma, hoy ha sanado y sano está su cuerpo y sana está su alma: decid conmigo, hijas mías: ¡Bendita sea la misericordia de Dios! ¡bendita sea!»



XCIV

PASADO ya lo accidentado de todos aquellos momentos en los cuales había empleado todas mis energías, procuré en lo posible darme cuenta de mi situación, y logrando mi propósito, me encontré tan pequeña, que me parecía imposible sostener tantas batallas; que si mucho arredra y espanta luchar con adversarios que se ven, pelear con enemigos invisibles es muy distinto. ¡Voluntad me sobra, exclamé acongojada, pero ¡ay, Señor! que no todo lo puede la voluntad, ¿quién soy yo, Señor, me aterra mi pequeñez, ¿quién soy? y oí una voz que me dijo:

»—¿Quién eres? un algo que mañana puede ser un mundo; porque no eres un algo orgulloso, te ves pigmeo, pero llegarás á ser grande.

»—Señor, ¿puede dejar el alma de ser? me aturde mi porvenir. Yo soñadora de los tiempos, idealista del amor divino, ¿qué será

mi porvenir? tengo miedo, tengo espanto, y oí otra voz que me dijo con gran energía:

»—Levántese el pigmeo, que es suyo el porvenir.—Sentí tanto consuelo con aquellas palabras que pregunté más animosa:

»—Señor, ¿en dónde está la felicidad? ¿está en el canto de las aves? ¿está en la contemplación de las innumerables bellezas que encierra el Universo? y me contestó otra voz:

»—¡Felicidad! ¡felicidad! el alma es feliz cuando no comete ningún delito y cuando conoce las leyes inmutables que rigen los mundos.

»Me conmoví tanto, que lloré mucho, mucho lloré y me sentí sin fuerzas, me espantaba la lucha de la vida, y murmuré con la mayor angustia: ¡Cuántas luchas, Dios mío! ¡cuántas luchas! y oí una vocecita muy dulce que me dijo:

»—Hoy eres un ciego del Universo, haces el bien sin ver, mañana verás claro y dejarás de ser ignorante. Cuando podías aprender, destruiste sin compasión los cimientos de la primera escuela filosófica de ese mundo, y ahora *á ciegas* vas construyendo, sin saber ni conocer el valor de lo que construyes; mañana construirás y sabrás medir los codos que tengan tus construcciones.

»—Me contento por hoy con mi papel de ciego, pero quiero ser el ciego del bien, quiero ser útil á mis semejantes, y cuando despierte iré aprendiendo, ¡tengo tanto que aprender!

»Me quedé después como dormida y quise volar, pero una mano de hierro me detuvo, y una voz me dijo:—¿A dónde vas? no puedes aun volar, tienes que aprovechar tu existencia.

»—¿Y el bien que hago, me lo agradecerán?

»—¿Y qué te importa el agradecimiento?

»—¿Pero no soy digna de que me tengan agradecimiento?

»—Aun no; recogerás la semilla de la gratitud cuando sepas edificar tu entendimiento, cuando sólidamente levantes el edificio de tu razón, trabaja y espera.

»Me desperté y me encontré muy bien, mis fuerzas quedaron equilibradas, había pasado la crisis, y con nuevo ardor me dediqué á mis habituales tareas, en las que me ayudaba con la mejor voluntad Angélica, que cada día me quería más, lo mismo que la Comunidad, que desde la primera hasta la última, todas ellas me demostraban su afecto, tanto es así, que un día, de sobre-mesa, dije á mis compañeras:

»—Creo que voy á morir, me queréis

tanto que no me creo acreedora á tanta felicidad, este estado tan feliz no puede durar mucho, es imposible.

»—Madre, dijo una monja, estamos identificadas con vuestra voluntad, somos vuestras hijas, mandad.

»—Gracias, hijas mías, ¡cuánto bien os debo! ahora escuchadme atentamente: Deseo que como á mí me queréis, que os queráis las unas á las otras, es mi único deseo el que os améis, porque sólo en el amor mutuo está la felicidad. Las miré, y todas bajaron los ojos, y repetí con energía: No quiero que me améis á mí sola, quiero que os améis las unas á las otras. Miraos, os lo exijo; se miraron, pero sus miradas no revelaban el cariño, y repliqué:—Adormeced vuestros malos sentimientos y miraos sin rencores, pero no pude conseguir mi deseo, y dije á Angélica:—¿Ves? estas mujeres no se miran como tú y yo, entre ellas hay desconfianza, ¿qué puede esperarse de una agrupación que no se ama?.. Una Comunidad es una familia en embrión que debe buscar la perfección. A tí y á mí nos quieren, ¿por qué no se quieren ellas así? Vosotras sabéis que yo amo á Dios de verdad, por eso me queréis, ¿por qué no me imitáis? Para las buenas obras todas estáis á la misma altura, ¿por qué para quereros

no habéis de estarlo también? ¿Tenéis celos unas de otras? no tenerlos; que todas valéis, todas tenéis virtudes. Todas me miraron y enmudecieron y yo las dije: No quiero vuestro silencio, quiero vuestra confianza. Hablad, ¿me amáis? lo sé, vuestros ojos lo dicen. ¿Os amáis vosotras? no; vuestras miradas revelan que no os queréis. ¿Os creéis humilladas las unas por las otras? Confesaos conmigo. Nadie habló, todas se miraron con recelo y yo dije:—¿Queréis que yo os pregunte á una por una?

»—Madre, no nos obliguéis á decir nuestros pecados.

»—Es que el alma debe ser leal y decir lo que siente, lo que desea, lo que sueña; dime, tú que has hablado: ¿de qué te quejas de tus compañeras? y vosotras pensad en corregiros, hay que armonizarse, habla tú; y habló la monja quejándose de sus penosas y humildes ocupaciones, y confesó que ya estaba harta de tanto sufrir.

»—¿Y cómo estamos de celos?

»—Madre, tengo celos de todas, perdonadme.

»Fueron hablando todas, y á todas hice la misma pregunta. ¿Y cómo estamos de celos? y cada una fué contestando: Madre, tengo celos de todas, sólo la última que habló me dijo:—Estoy contenta de todo.

»—¿Y de celos cómo estamos?

»—Madre, no conozco esa enfermedad, si tuviera que morir por mis compañeras, moriría gustosísima, sólo tengo celos de las almas que ya están en el reino de los cielos.

»—Hijas mías, miraos bien, una Comunidad es una familia, he tenido que preguntaros si teníais celos, porque no hay corazón sin ellos. ¿Cuál de vosotras quiere llegar á mí primero?

»—Yo, yo, yo, gritaron todas: Pues miraos sin celos y venid todas á mis brazos, quiero que seáis buenas las unas para las otras. Todas me abrazaron con el mayor cariño, hablándome con la más dulce confianza, y yo les decía: Así, así, hijas mías, así quiero veros; y después me retiré á mi estancia con Angélica, á la que dije:—Quiero que me avises cuando te parezca oportuno para que repita mi amonestación de hoy, porque suelo atender á lo de fuera, y desatiendo á lo de adentro, tengo ese defecto, y es un defecto capital.

»Me quedé sola, y enseguida comencé á filosofar diciendo: ¡Qué triste es vivir, Dios mío!.. ¿cuándo la humanidad será un solo rebaño con un solo pastor?

»—Jamás, dijo una voz, la lucha será

eterna, la virtud luchará con el vicio, la sabiduría con la ignorancia, la actividad con la indolencia, la ascensión eterna es la vida, la escala universal es el símbolo del progreso indefinido de todo cuanto existe en la Creación.

»—¿Y yo sabré subir, Dios mío? ¿Podré hacer el bien?.. En aquel momento entró mi amigo el capellán al que le dije:

»—¡Cuánto me alegro de veros!

»—Me alegro que os alegréis.

»—¿No estáis bien?

»—Nunca lo estoy.

»—¿Estáis enamorado?

»—¿Qué decís? ¿acaso puedo yo enamorarme?

»—Bien me lo habéis dicho en otras ocasiones; y no es ningún disparate, sois un hombre, y los hombres aman.

»—Hablemos como queráis, pero... ¿las paredes oyen?

»—No, no oyen.

»—Pero, ¿á qué hemos de hablar de amores?

»—Pues, por la sencilla razón de que es muy natural hablar de amores. ¿Pueden acaso los votos religiosos endurecer y petrificar el corazón? Vos que habréis oído tantas confesiones ¡cuánto habréis amado!

Yo confieso que si hubiera tenido que confesar á un hombre que me hubiera gustado, le hubiese amado, que la flaqueza va unida al hombre, y la tentación de querer lo prohibido es innata en la raza humana. ¿Queréis que hablemos de las pasiones en sentido ambigüo? tenemos mucho que hablar, muchísimo.

»—¿Y qué nos dará asunto sobrado?

»—La Comunidad que tengo á mi cargo.

»—¿Queréis analizar sus pasiones?

»—No; yo no quiero ir tan al fondo; sólo trato de que la moral más pura impere en ella, por eso la obligo á trabajar, para que el cansancio del cuerpo evite los abusos degradantes que hay en otras Comunidades; os quiero hablar de lo mucho que me quiere la Comunidad.

»—Eso ya lo sabía, decidme algo más nuevo.

»—¿Qué haríais vos para curar los celos que existen entre ellas?.. vos sois maestro en esto de los celos, los conocéis á fondo, y los recelos también, por eso os pido un consejo. ¡Ah! antes que se me olvide, ¿qué esperáis vos del mundo y de la religión?

»—¿Pero dónde váis á parar con tantas preguntas? Del mundo espero desengaños, de la religión espero un nombre, un título

de grandeza y un lugar privilegiado en la historia.

»—¿Creéis que os harán santo?

»—No pienso en eso, mas creo que la religión reconocerá lo que valgo.

»—Pues entonces os hará Santo, porque vos brilláis y llamáis mucho la atención, y nuestra religión santifica á los intrigantes, no á los mártires, no á los que sufren hambre y sed por no manchar su conciencia. Yo de mi iglesia no quiero más que justicia, si es que puede hacer justicia un atajo de ingratos que todo lo falsifican y con todo comercián. Escribirán mi historia y... ¡cuánto mentirán!.. yo mientras tanto lucharé en el espacio por mi eterno progreso.

»—Mas, queréis decirme, ¿á qué viene tanto divagar? ¿dónde se quedan mis celos y mis recelos?

»—Tenéis razón, mas no os apuréis, que para todo habrá tiempo, volvamos, pues, á tratar el asunto de los celos. Tenéis celos de mí, y recelos de Angélica.

»—Pues es verdad, lo habéis adivinado; tengo celos de vuestra gloria, de vuestro nombre que será inmortal, y de Angélica tengo recelos porque quiere á un hombre, yo lo sé.

»—¿De veras? cuánto me alegraría que

ella fuera dichosa, ¡es tan buena! ¡quiere tanto á los niños! ¡es tan complaciente con los ancianos! ¡sería tan buena madre de familia!

»—Pues cuidado con lo que hacéis, que según veo, seríais capaz de pedirle al Papa la libertad de Angélica; y tened entendido que yo la quiero, que sueño con ella, porque ella es mi vida.

»—¡Ah!... ¿ya no os asusta el confesar que estáis enamorado? veis como sobre todos los votos religiosos están las pasiones humanas?

»—Es que yo respetaré á Angélica en la clausura, pero si por vos sale del claustro, entonces ya veríais de lo que sería capaz mi amor.

»—Recordad que ella os odia.

»—No me importa; el odio entre las mujeres y los hombres es un problema, que soluciona el tiempo de un modo á veces no esperado; cuidad que no se separe de vos, porque creedme, haría lo que no pensáis, puedo mucho, ya veis si os respeto, renuncio á mi gloria terrena, á la satisfacción de mis deseos, porque veláis por ella.

»—Cuando se fué mi amigo, dije resueltamente: queda en pie mi tesis anterior: sobre todos los votos religiosos están las pasiones humanas, está el poder de la na-

turaleza, está la ley de la eterna reproducción. ¡Religiones! ¡religiones! ¡qué poco valéis! y desdichada la casta sacerdotal que vive mintiendo, que vive negando la más hermosa de las leyes, la ley del amor, la ley de la reproducción universal».





XCV

TERMINADA la entrevista entre mi amigo el sacerdote y yo, me quedé dudando como siempre. El era más sabio que yo, pero yo tenía más inspiración. Cuando hablaba con él, me quedaba muy pensativa; pensé luego en mi Comunidad, todas las monjas me querían, todas, y á ellas yo también las quería, trataba de consolarme con su cariño, pero pensaba en mi clausura, y mi clausura me entristecía, pensé mucho en Angélica y en el sacerdote, recordé lo que Angélica gozaba mirando á las madres de familia y me pregunté: ¿Si tendrá ella amores? si se va me quedaré muy sola, ¡me quiere tanto!... ella es el alma de este convento; pero si la retengo seré egoísta, y no debo ser egoísta.

»Traté de hablar con Angélica cuanto antes, le hablé de amores, y le pinté las glorias de la maternidad. Ella me miró asombrada y me dijo:

»—Madre; si fuerais más joven diría que os queráis fugar.

»—No, hija mía; yo hablo de las jóvenes, de tí por ejemplo.

»—Pues bien, madre, yo sueño con los niños y la maternidad, y sueño con un hombre joven y hermoso, vigoroso y gentil, pero recuerdo que yo también he visto familias desgraciadísimas y temo ser yo también desventurada; y en esta enojosa duda, prefiero vivir junto á vos.

»—Angélica, hija mía; quiero que seas franca conmigo. No quiero rodeos ni subterfugios. ¿Amas á un hombre?

»—Sí, madre; estoy enamorada de un imposible, el hombre á quien yo me refiero, es casado y con hijos.

»—¿Te ha dicho que te amaba?

»—No es necesario hablar, madre, los ojos hablan. El me miró, yo le miré, y él me dijo con su mirada: ¡sería un crimen nuestro amor!... y yo le respondí sin hablar: Tenéis razón, ¡es imposible!... No os apuréis, madre, á vuestro lado he aprendido mucho, y me he salvado de cometer muchas locuras, hubiera sido feliz un segundo, para tener después una eternidad de dolor; así es, que á vuestro lado aprendo á beber gota á gota el cáliz de la amargura; quien mucho ama, mucho padece, y

vos, madre mía, padecéis mucho, porque amáis al sacerdote, y cada vez que viene, ¡cuánto, cuánto sufrís!...

»Me abrazó Angélica con la mayor ternura y se fué. Muchísimo pensé en mi compañera, pero no encontré el medio de hacerla dichosa. Los imposibles en la Tierra no tienen más solución que el martirio y Angélica tenía que ser mártir.

»Pasaron algunos días y volvió el sacerdote muy contento, muy dispuesto á discutir, pero yo al verle no sé lo que sentí, su alegría me hizo daño y le dije con desabrimiento:

»—Hoy no estoy para filosofar.

»—¿Y por qué? ¿qué os sucede?

»Yo sin poderme contener lloré amargamente y él se conmovió mucho diciéndome:

»—¿Qué tenéis? si os he ofendido, perdonadme, tened compasión de mí.

»—No me comprendéis, no me ofendéis, no hay más sino que llevamos rumbo distinto, vos estáis apegado á las mentiras religiosas y yo le rindo culto á la razón: sólo en un punto estamos acordes, en que los dos bebemos un licor muy amargo, aunque en distinto cáliz.

»El se quedó muy triste al escuchar mis sentenciosas palabras y yo le dije:

»—Diréis que estoy loca, porque siempre os hablo de amores, y de amores imposibles. Decidme, ¿me queréis como si fuera vuestra hermana?

»—No digo como á una hermana, como á una hija.

»—Más amor quiero yo, más amor.

»—Yo os amo como se ama lo ideal, lo que va directamente al cielo, sois el imán de mi alma, os quiero... hasta cierto punto, hay algo que me detiene.

»—Decidme: ¿A mi personalidad la rechazáis?

»—No, porque vuestro cuerpo, no lo considero cuerpo de carne y huesos, os respeto y os venero, como se venera á una santa.

»—¿Y qué pensaréis después de mi muerte?

»—No habléis de muerte.

»—Es que yo me iré antes que vos, tengo una sed de amor inextinguible, deseo oír una voz que me diga: ¡te amo! ¡te amo! ¡te amo! y esa voz no la escucho aquí.

»—¿Habéis dudado de mi lealtad? ¿queréis que os diga que os quiero? Pues os amo como á una hija rebelde, como á una hermana incorregible, como á una madre, más aun, como se ama el ideal más her-

moso que encierra en sus mallas de oro todas nuestras doradas ilusiones.

»—Pues yo os amo más aun, yo os amo como se ama en la tierra y en el cielo.

»Entró Angélica y me miró sonriendo melancólicamente, diciéndome con su significativa sonrisa:—¡Madre! ya estáis bebiendo el cáliz de la amargura.

»El miró á Angélica de un modo, que ella le dijo: ¿Por qué me miráis así?

»—No sé como os miraba, estaba distraído, á veces se mira sin ver; si os he ofendido, perdonadme, como yo os perdono.

»—Mentís, vos no sabéis pordonar; ya he visto lo que hicisteis cuando estuvieron aquí vuestros compañeros; no la hicisteis morir entonces, y me señaló con su diestra, porque os fué imposible, y sé que si ella muriera me haríais morir á fuego lento si no cedía á vuestras impuras exigencias.

»—No os castigo como merecéis porque vuestra madre os salva, pero si élla muere, tenéis razón, yo venceré á la leona.

»—No me venceréis, la leona sabrá defenderse de todos los tigres religiosos. Oidme bien; ¡os odio! ¡os odio! ¡os odio! y no sé por qué; aquí somos tres, que los tres sufrimos y sufriremos ¡siempre! ¡siempre!.. y como si escuchara una voz lejana que la

llamase imperiosamente, salió Angélica de mi celda corriendo velozmente.

»El sacerdote quedó como aterrado con las frases de Angélica, y murmuró con desaliento:—¿Qué misterio hay aquí? entro contento y ¡salgo llorando!

»Se fué sin decirme adios, y yo me quedé triste, muy triste, arrepentida, muy arrepentida de mis exigencias, de mis delirios, de mis locos deseos. ¡Ay! Toda una humanidad podrá decir á un espíritu: ¡Te amo! ¡te amo! ¡te amo! pero aquel espíritu tan amado seguirá sintiendo el mismo vacío, porque entre tantas voces amorosas falta una, la que encuentra eco en su pensamiento y en su corazón; y toda una humanidad enmudeciendo, y un solo sér diciendo, ¡te amo! aquel *¡te amo!* hace de la Tierra un Cielo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué soy yo? mi alma ama á dos seres á la vez, uno está en el cielo, y otro está en la tierra; ¡el del cielo es tan hermoso!.. ¡pero el de la tierra también me atrae, el del cielo no se enoja conmigo, el de aquí... que pequeño es! ¡yo no sé cómo le amo!.. Miré después, y ví lejos, muy lejos al Amor de mis amores; ¡qué hermoso estaba! trabajaba con las generaciones, yo veía muchedumbres que rompían la endurecida tierra con herramientas luminosas,

otras multitudes escribían en grandes hojas de pergamino y El hablaba con unos y con otros, se multiplicaba porque le veía en todas partes, pero estaba tan lejos, era tan inmensa la distancia que de El me separaba, que dije con la mayor angustia:

»—¿No puedo llegar hasta tí?

»—No te apresures, correr no es progresar.

»—¿Pero me amáis?

»—Y que hago sino esperarte?

»Dice que me espera, pero no ha dicho que me amaba, y le pregunté de nuevo:—

¿Me amáis?...

»—¿Cuando he dejado de amarte? mi amor te guarda, mi amor te eleva; y le ví cómo se acercaba lentamente y nos encontramos los dos en la fuente de mi redención y El me dijo:—Mi amor es tu vida, ámame, pero ámame con el martirio que me hiciste sufrir en otro tiempo. ¡Te amo!... ¡te amo!

»Yo creí que nacía de nuevo, aquel *te amo*, repetido, me hizo sentir lo que nunca había sentido, sensación inexplicable que jamás podré definir, que nunca el lenguaje humano podrá interpretar los goces divinos.

»Bebí agua de la fuente, que me pareció el nectar de los dioses, y en rústico vaso

de tosca piedra le ofrecí agua, al que con sus palabras me había dado la vida. El bebió y me dijo:—¿Ves? tu vida es ésta, dar agua á los sedientos de amor y de verdad.

»—Déjame ir contigo.

»—No puede ser aun, no puedes venir.

»—Entonces acompáñame.

»—¿Dónde?

»—A mi Convento.

»Me ví en mi celda y El me dijo:—¿Qué más quieres?

»—Déjame adorarte como á Dios.

»—No delires, cuando comprendas la grandeza de Dios, entonces te convencerás de que yo soy únicamente uno de los hijos de Dios.





XCVI

DEBIDO á las emociones que sentía mi espíritu ante las videncias que continuamente tenía, desarrollándose en mi alrededor escenas interesantísimas, tomó mi sér humano una corriente verdaderamente peligrosa, porque sólo anhelaba mi espíritu huir cuanto antes de la tierra. Yo quería vivir, pero vivir en relación directa con todo aquello que me atraía, que me seducía, que me arrebatava de la tierra, y con aquel voraz deseo que me consumía, cuanto me rodeaba lo encontraba triste, muy triste; mi celda aunque era muy hermosa, á mí me parecía una mazmorra. Yo en mis momentos de lucidez reconocía que no tenía razón para quejarme y decía acongojada:—¡Cuántos pobres quisieran vivir como yo vivo! pero Señor, á pesar que todos los desvalidos se darían por muy contentos con poseer lo que yo poseo, yo me canso, Señor, de este encierro, yo nece-

sito ancho espacio para vivir, y seguir los impulsos de mi alma, yo necesito buscar los atractivos de mi corazón. Yo, Dios mío, quiero honrarme y honraros, me dáis un mundo de mendigos. ¿Qué importa que entre esos mendigos haya hombres de talento? si esos hombres mienten hipócritamente. Me dan un Cristo clavado en cruz y yo no quiero ese Cristo, yo quiero el Cristo que yo veo, ¡grande! ¡hermoso! ¡sublime! dando vida á las humanidades con su aliento, enseñando á los pueblos el camino de la perfección por medio del trabajo y del mutuo sacrificio. Yo quiero hablar de su espléndida hermosura y ¡no puedo! no puedo ni escribir ni hablar, mis juramentos, mis votos me lo prohíben. Yo quisiera decir ¡amo á un hombre! mi corazón es sensible á las dulzuras inefables del amor, y... ¡no puedo decirlo!... una religiosa no puede amar más que á sus ídolos. ¡Esto no es vivir, Señor! ¿siempre viviré así? ¿siempre viviré temiendo el fuego de la hoguera? es que el fuego que quema la carne, no es tan voraz como el fuego que abrasa al espíritu.

»Muchas fueron mis lamentaciones, muchas, innumerables, y adquirí una melancolía, una tristeza, un abatimiento, que no me podía sostener en pie. A veces caía de

rodillas y le pedía á Dios morir, que cuando no hay esperanza ¿á qué vivir?.. y tanto se lo pedí, y tanto le supliqué, y tan fervorosamente pedía que viniera la muerte, que un día al hacer mi petición todo tembló en mi estancia; rugió el trueno, serpientes de fuego atravesaron el espacio, pero no me asusté, la luz de los relámpagos me daba aliento, la vida se manifestaba en aquel movimiento y yo vivía sintiendo aquel estruendo amenazador, voces broncas llegaron hasta mí diciéndome:

»—¿Qué quieres? ¿quieres la destrucción?

»—No, no quiero destruir nada, pero quiero salir de la Tierra buscando en lo eterno la grandeza que yo necesito. Aquí no hay más que corazones ruines.

»Como por encanto se serenó la atmósfera, mejor dicho, yo me serené, porque la tempestad sólo estaba en mi pensamiento y en mi corazón. Miré las *flores del cielo*, y las encontré mustias, marchitas, y con amarga ironía les dije:—¿Aun estáis ahí? El jarrón que las contenía, se movió lentamente, se separó del punto que le servía de apoyo y flotó por el aire, recobrando las flores su lozanía. Al verle flotar grité:— ¡Flores mías! ¡piedad! ¡piedad! ¡no os separéis de mí! ¡piedad! ¡piedad!

»—No te dejaremos, dijo una flor, no somos tan ingratas, no te abandonaremos hasta que tú te alejes de la tierra, que ya no nos necesitarás; tu fascinación te hace ver visiones.

»—¿Nada me queréis decir?

»—Nada; no es hora de cambiar impresiones.

»—¿Estáis enfadadas?

»—*Las flores del cielo* no se enfadan.

»—¿Y las de la tierra, sí?

»—Sí, las de la tierra, sí; pero aun no sabes lo que son las flores.

»Aquella contestación me lastimó, hirió mi amor propio; tan ignorante me consideraban que ni siquiera me concedían que supiera conocer y apreciar á una flor. A veces, cuando menos se piensa, una palabra desdeñosa le vuelve á uno á la vida real, y así me sucedió á mí; el tono despreciativo de la flor me conmovió, miré en torno mío, y me acordé de Angélica, de mi buena y cariñosa compañera, me pareció que había pasado mucho tiempo sin verla, y murmuré: Esto es muy extraño, si ella duerme aquí ¿cómo no la he visto? ¿habré perdido la noción del tiempo? la verdad es que no sé medirlo, ¿qué ha pasado? ¿qué me habrá sucedido? la verdad es que yo me encuentro muy cansada, lo

mejor será que me acueste, y me acosté pidiéndole á Dios paz para mi alma.

»Me acosté, pero no pude dormir pensando en Angélica; llegó la media noche y entró Angélica en mi celda sin hacer el menor ruido, llevaba un vaso en la mano lleno de un líquido lechoso que agitaba con una cucharita, se acercó á mi lecho, me entreabrió la boca con la mayor delicadeza y me echó en ella una cucharadita del líquido que llevaba en el vaso, no me supo mal y lo paladeé, haciendo un movimiento con los labios y la lengua, movimiento que advertido por Angélica la hizo lanzar un grito de júbilo, me miró fijamente, me abrazó y al ver que yo correspondía á sus caricias; lloró, lloró como lloran las almas que saben amar. Al verme con los ojos abiertos gritó alborozada:

«—¡Madre! ¡madre! ¿ya estáis en posesión de la razón?

«—¿Pero, la he perdido?

«—No, perderla precisamente, no; fué un desmayo muy largo.

«—¡Ay, Dios mío! ¿pues cuánto tiempo ha durado mi muerte aparente?

«—No lo sé, madre, no lo sé; ¡cuántas noches! ¡cuántos días sin oír vuestra voz! ¡sin ver el brillo de vuestros ojos!

»—Oye, y en estos días ¿qué he dicho? ¿qué he hecho?

»—Parecía que os queráis morir.

»—Dios no me quiere todavía.

»—Es verdad, Dios aun no os quiere.

»—¿Me querrá el diablo? ¿qué te parece á tí?

»—No existe el diablo, madre, en vuestro delirio bien lo habéis demostrado, haciendo ver que lo han inventado los malos sacerdotes, pero aunque habéis negado su existencia, la Comunidad ha creído que aquí se albergaba el diablo, y que era el genio del mal el que os atormentaba.

»Con la dulce compañía de Angélica volví de muerte á vida, y en las horas de aquella noche se verificó en mí un cambio tan favorable y tan beneficioso, que por la mañana me sentí completamente restablecida; mas siguiendo los buenos consejos de Angélica tardé algunos días en salir de mi celda, porque la cabeza la tenía algo debilitada.

»Una mañana le pedí á Angélica que me contara todo lo ocurrido y me dijo:

»—¡Ay, madre! no removamos el fuego, no sea que salte alguna chispa y de nuevo comience el incendio.

»—No temas nada; estoy completamente bien.

»—Es que no sé cómo explicarme, os quedasteis en éxtasis, con los ojos muy abiertos fijos en el cielo, y así estuvisteis las horas muertas, después os levantabais, os paseabais presa de una violenta agitación, hablabais de Cristo, decíais después que amabais á un hombre y que queríais ir con él; renegabais de la religión, de los sacerdotes, de los votos religiosos, reatabais al diablo, y os reíais diciendo: ¿Veis como no viene? no viene porque no existe; porque no ha existido jamás: y una noche se llenó vuestra celda de una luz rojiza, hubo momentos que vuestra celda parecía una estancia del infierno, porque en medio de aquella atmósfera de fuego, se veían monstruos horribles, reptiles gigantescos, se oía el aullido de rabiosas fieras; ¡qué sé yo! rugía el trueno, silbaba el rayo y vos decíais:—¡Señor! ¡quiero morir! no quiero más encierros, no quiero más esclavitud religiosa. La Comunidad se espantó, y en vuestra celda sólo entraba yo; vino el capellán del Convento y se horrorizó, y todos han dicho que habéis perdido la razón, que el diablo ha vencido á Jesús. No extrañéis que la Comunidad al veros haga la señal de la cruz, creen que estáis endemoniada.

»Cuando me quedé sola pedí á Dios cle-

mencia y reposo para mi alma, lamentando amargamente mis extravíos que yo no había querido provocar. Salí de mi celda y las monjas muy en contra de su voluntad me besaron la mano; pero luego ví que hacían la señal de la cruz, y muchas de ellas se limpiaban los labios, humedeciendo la punta de sus dedos en una fuentecilla que había en uno de los claustros. Salí al huerto y me encontré muy triste, al convencerme que me creían endiablada, ¡pobres mujeres! ellas sí que estaban embrujadas por la ignorancia. Me dirigí á un bosquecito donde había una fuente y sintiendo mucha sed bebí agua en abundancia, observando que las monjas me miraban tras de las celosías de sus ventanas. ¡Dios mío! murmuré, ¿porqué me creerán endiablada? me vigilan sin duda para ver si hablo con el diablo.

»—Tú tienes la culpa, dijo una vocecita.

»—¿Yo?

»—Sí; por tus exigencias, por tus impaciencias, por tus delirios, huyes de la normalidad de la vida y en tu imprudencia encuentras el castigo merecido.

»Miré, y dijo la voz con tono más entero:—¿Quieres ver? ¿y para qué? no te hace falta ver á nadie.

»—Pues, dejadme sola.

»—¡Sola! ¡sola! ¡qué sería de tí si estuvieras sola!... quieres matar tu cuerpo; mientras tu cuerpo pide, tu alma rechaza, ¡pobre de tí si estuvieras sola!

»Me levanté y me paseé por el huerto, siendo espiada por las monjas que no me perdían de vista; al fin entré en el Convento y ví que las monjas huían de mí. Pasé al refectorio y allí ví al capellán del convento que se sentó al extremo opuesto de la mesa frente á mí, y antes de darse comienzo á la comida elevó una oración por los míseros mortales que estuvieran endiablados, para que no molestaran á nadie ni produjeran escándalo. Terminada la comida el capellán repitió la oración pidiendo la misericordia para los desdichados endiablados, se levantó el capellán y se dispuso á marcharse, cuando le dije:

»—He visto que os habéis sentado junto á mi mesa, y ese sitio no lo debéis ocupar, y necesito saber quién os ha autorizado para ello.

»—Las circunstancias me han obligado, por estar la superiora con la razón trastornada; si queréis más explicaciones os espero en el confesionario.

»—La superiora os espera en su celda, que no necesita acudir al confesionario la

que tiene bajo su dirección á esta Comunidad.

»El capellán se sonrió irónicamente y se marchó; las monjas le siguieron como almas en pena, deslizando los pies sin hacer el menor ruido; sólo Angélica se quedó á mi lado pálida y convulsa diciéndome con voz acongojada:

»—¡Ay, madre! esto se pone muy malo, aquí se respira muy mal, yo me ahogo.

»—Pues mira, hija mía; no te ahogues en tan poca agua, quieren enloquecerme, pero yo te aseguro que desgarraré en mil giros las nubes de la ignorancia que nos envuelven. Ahora ya estoy en mi elemento, en la lucha, en la pelea por la verdad. No quiero dirigir comunidades de hipócritas, quiero tener bajo mi custodia mujeres con entendimiento y las tendré. Fuera de aquí, ya creerán mis adversarios que estoy endiablada, que el capellán se habrá dado buena maña para hacérselo creer así; pero yo haré comprender á mis enemigos que mi razón funciona perfectamente, nadie está libre de tener una enfermedad, si yo la he tenido, ya estoy curada; lo único que me hace delirar, es que no quiero religiones mentira, quiero una religión que sea verdad; quiero que se adore á Dios sin necesidad de encerrarse dentro de cuatro paredes:

quiero que se comprenda la obra humanitaria de Jesús, y se reconozca su grandeza y su trabajo incesante. No quiero maderos manchados de sangre, ni cuerpos desgarrados por el martirio; quiero espíritus hermosos dirigiendo los trabajos de los pueblos, quiero mujeres amamantando á sus hijos, quiero hombres fuertes labrando la tierra, no quiero vírgenes sin corazón y encapuchados sin sentimiento; quiero una humanidad que se ame, que se proteja, que se aumente para embellecer con sus descubrimientos la tierra. No quiero conventos, quiero talleres, quiero una humanidad libre, dichosa, no quiero momias insepultas.

»—Es muy hermoso cuanto decís, madre mía; pero eso no es de este tiempo y creedme, si no queréis que os crean endiablada, enmudeced.

»—¿Enmudecer? jamás; los precursores no pueden ocultar la verdad debajo del celémín.

»—¿Y la hoguera, madre? ¿y la hoguera?

»—Si en la hoguera se quema el cuerpo, en el espacio revolotea el alma; y si me hacen morir antes de tiempo, peor para ellos, porque añadirán un crimen más á sus muchos crímenes».



XCVII

CUANDO me quedé sola, reflexioné muy mucho sobre todo lo acontecido, que se pasan momentos en la existencia humana que hay que buscar un centro, un punto de apoyo para los pensamientos, y una hilación ordenada en los hechos, mas no encontrándola, me pregunté acongojada:— ¿Estoy loca? los míos me dejan, huyen de mí haciendo la señal de la cruz. Un pobre hombre, el capellán del Convento se ha atrevido á mirarme con lástima y desprecio; sólo Angélica me quiere, es la única que no se santigua al verme: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿á dónde voy? ¿qué tengo? ¿Es acaso un delito, que una mujer tenga un cuerpo que le pida carne, y un alma que le pida cielo? ¡qué saben los que me motejan y los que me insultan de estas luchas cruentas! Como ellos no han luchado, como ellos han caído, no comprenden lo que cuesta no caer. ¿Qué haré, Dios mío? si cedo y repre-

sento una farsa indigna, reñida con mi franqueza y mi lealtad, con más motivo se ensañarán en mí, y dirán que he estado endemoniada y ese nombre no lo perderé aunque me rocíen con agua bendita. ¿Tengo yo la culpa de mi trastorno intelectual? ¿tengo yo la culpa que mi cuerpo luche con violentos deseos de vida, de amor, de sentimiento, de algo que el sér humano necesita? Yo no soy culpable, no; y como no lo soy, no quiero ceder á sus injustísimas exigencias. Cambiaré el personal que me rodea; pero... y fuera de aquí ¿quién habrá hecho atmósfera contra mí?

»Hay momentos en la vida que los pigmeos se convierten en gigantes, pero luego... luego viene el desmayo, que hay luchas terribles como son las de la inteligencia, mucho peores que las luchas de fieras hambrientas. Hay veces que el número de los enemigos ocultos espanta, porque en la sombra se aumenta el volumen de todas las cosas.

»Sufrí crisis verdaderamente horribles; ¡cuántas veces me levantaba alborotada y decía:—¡Yo me ahogo! ¡me falta aire! ¡me falta libertad! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿me habéis abandonado? ¿Por qué ya no me habla la naturaleza con su elocuente lenguaje? ¿Qué he hecho? ¿he faltado, porque sien-

to, á mis deberes religiosos? ¿Y qué es una religiosa de ahora, comparada con la eterna verdad de la vida? si mi vida es eterna, porque ha de pesar tanto en mi balanza mis protestas de hoy contra imposiciones tan injustas como crueles? ¡No amar! no sentir! ¡tener todo lo necesario para cumplir las leyes que cumplen las demás especies, y tener que convertirse en un cuerpo muerto! ¡qué horror! ¡qué crueldad!

»A pesar que mis pensamientos en su incesante lucha absorbían por completo mi atención, fuí observando con extrañeza y sentimiento, que hasta Angélica me fué abandonando poquito á poco, hasta el extremo que una noche no la ví entrar en mi celda para entregarse al descanso. ¡Qué noche más larga! encontré sus horas interminables; me levanté al amanecer y saludé al sol diciéndole:—¡No me abandones! ¡tú que eres la única verdad! y oí un voz que me decía con aspereza:

»—¿A dónde vas, desdichada?

»—No lo sé, ¡Dios mío! dadme fuerzas, recuerdo mis comunicaciones contigo, después mis delirios, mis curaciones, y ahora ne sé qué hacer. ¿Daré un escándalo? la iglesia en tal caso es la que lo quiere. Sentí después el rumor de muchas alas, aunque nada ví, y poco á poco me fuí tranquilizan-

do, siempre preguntándome: ¿qué harás? ¿qué harás? y me dije á mí misma: Calma, calma; la lucha principal está en mí.

»Vino después Angélica con mi desayuno, y al entrar la miré de un modo, que mi compañera dejó caer lo que llevaba en la mano y se postró á mis pies diciendo:

»—Madre, creo que estáis loca y me haréis volver á mí.

»—Siéntate aquí conmigo. ¿Conque todos creen que estoy loca?

»—Sí, madre; aquí no hay más autoridad que vuestros enemigos y los míos.

»—¿Mis enemigos? ¿y quiénes son mis enemigos?—Y entonces me crecí, me ví otra vez grande y potente y Angélica al verme tan reanimada, creyó que tenía un nuevo acceso de locura, y al verme dispuesta á salir de mi celda gritó:

»—¡Madre!... ¡Madre!... no salgáis de aquí, vuestros ojos me asustan.

»Quise ver mi rostro, lo miré reflejado en un diminuto espejillo, y efectivamente, me encontré desconocida, no parecía la misma. ¿Si estaré loca en realidad? murmuré con espanto; y mirando á Angélica la dije aparentando tranquilidad:

»—Vete, hija mía, ya saldré yo á buscarle.

»—No, madre, por Dios, no salgáis, que si salís no volveréis á entrar aquí.

»—¿Porqué?

»—Porque os quieren atar, estáis aquí presa, y yo he podido conseguir que aquí dentro os respeten y no os aten.

»—Bueno, vete, necesito estar sola; y se fué Angélica, y fué aquel día el día más horrible que tuve en aquella existencia. ¡Cuántos pensamientos surgían en mi mente y cómo se atropellaban los unos á los otros! ¿Si me habrán dado algún tósigo para trastornar mis facultades mentales? decía yo con angustia indecible; ¿si algún breva je habrá conseguido desequilibrar mi cuerpo y mi alma? Antes yo disponía de las fuerzas acumuladas en la naturaleza, y ahora... ahora no dispongo de mí misma. Pasé muchos días verdaderamente horribles, mis videncias eran espantosas, no veía más que campos de batalla sembrados de cadáveres, ciudades incendiadas, barcos siendo juguete de las olas, montañas de nieve cayendo sobre míseras aldeas, muchedumbres alocadas por el terror; mi celda cuando tenía estas visiones se llenaba de una luz rojiza, y cuantos se acercaban á mi estancia, decían que veían figuras informes, cuerpos sin cabeza, cabezas sin

cuerpo, manos crispadas, ¡qué sé yo! ¡qué sé yo!

»Una mañana me levanté más tranquila, creí que me había llegado la hora de morir, y antes de irme, quería saber de qué enfermedad me moría, y en cuanto entró Angélica la dije:

»—Quiero que venga mi antiguo médico, es muy anciano, pero solamente en él tengo completa confianza.

»Salió Angélica, y á poco rato volvió diciendo:

»—Vuestro médico ha muerto.—Comprendí que mentía, pero me callé, que no estaba yo para sostener ninguna reyerta, y la dije:—Pues bien, ya que ha muerto mi médico del cuerpo, que venga mi médico del alma, quiero confesarme, que venga nuestro amigo el sacerdote.

»Salió Angélica y volvió diciendo: Nuestro amigo el sacerdote está enfermo y no puede venir. Comprendí que era mentira lo que me decía, mas no me dí por entendida y la dije:—Pues necesito que venga un confesor, y ninguno mejor que el que aquí manda.

»Salió Angélica y al volver noté en ella gran turbación cuando me dijo:—Dicen que nada tienen que hacer con vos.

»—Pues quiero que venga un confesor,

sea cual sea; y con tal autoridad hablé, que Angélica inclinó la cabeza y salió velozmente, volviendo á poco rato con un sacerdote de figura vulgar, que al entrar en mi celda hizo asustado la señal de la cruz, mirando á todos lados con horror; al fin trató de serenarse y me dijo con voz gangosa:

»—Aquí me tenéis, hermana.

»—Sentaos, padre, y hablaremos.

»—No tengo tiempo que perder, despachad pronto.

»—Me levanté sin poder y le dije:—Ya véis si os respeto que me pongo en pie.

»—¿Y no de rodillas?

»—No, de rodillas no; que yo sólo debo arrodillarme ante el Santo Padre. Nos miramos y nada dijo; yo sin poderme tener derecha, caí de rodillas y él no me levantó; yo hice un esfuerzo supremo diciendo entre mí: ¡La vida ó la muerte! Señor, este hombre quiero que me obedezca, quiero que ejecute dócilmente lo que le imponga mi voluntad, y con el mayor disimulo, haciendo muy á pesar mío el trabajo de las serpientes, sin poderle mirar cara á cara, le miré de soslayo diciendo entre mí: Quiero que sea mío; mío; mío; y el sacerdote, sin saber lo que le pasaba dijo casi sonriendo:—Sí, sí; sí, sí.

»—¿Queréis sentaros, padre?

»—Sí, sí; y se sentó; yo me acerqué á él cuanto pude tratando de envolverle en la red de mi voluntad, y él me obedecía ciegamente, se estremeció y se dejó dominar sin oponer resistencia alguna; yo ví que ganaba terreno y animada con tan buen resultado le dije:

»—Padre, como todos somos pecadores, yo también he pecado, padre, y estos extravíos llegan á formar montañas que nos aplastan. Padre, yo confieso mis extravíos, pero yo no estoy loca.

»—Loca, no; loca, no estáis; os haremos pasar por loca, eso sí.

»¡Cuánto me horroricé al oír su afirmación!... pero reprimí mi terror y le dije:

»—Padre, dejadme salir de esta estancia, así me pondré buena; y si salgo de aquí se hará un milagro.

»—¡Milagro! ¡milagro! esa es vuestra desgracia, los milagros.

»—Padre, dejadme salir de aquí, venid conmigo si queréis, iremos á una fuente y allí beberé un agua milagrosa y me curaré.

»—Sí, sí; yo os acompañaré; y salió el sacerdote en un estado difícil de explicar, porque se iba cayendo de sueño; me hubiera sido muy fácil dormirle, pero no me

quise aventurar á tanto, pues tan pronto tenía las energías de un Hércules, como los temores de un niño sin madre.

»Al quedarme sola pensé, ¿si volverá? Esperé, esperé en vano porque no volvió, y la noche la pasé sin dormir, recordé á todos mis deudos y todos fueron pasando ante mí, diciéndome cada cual frases muy poco halagadoras. Al pasar mis padres, éstos se detuvieron y me dijeron:

»—¿Por qué te entretienes en pequeñeces? ¿no recuerdas que tienes la llave en tu mano?

»—¿Qué llave? ¿qué llave es esa?

»—Desdichada; has tenido en tu vida energías, pero no has tenido paciencia, y el eco fué repitiendo:—¡Paciencia! ¡paciencia! ¡paciencia!..

»—Pero no me dejéis así; que llave es esa, ¿la muerte?

»—¡Infeliz! has llegado á pensar en el suicidio?.. has tenido en tu vida sobra de energías, pero jamás has tenido paciencia; y volvió el eco á repetir; ¡paciencia!.. ¡paciencia!.. ¡paciencia!..

»Al día siguiente volvió el sacerdote que me había confesado y me dió á besar su mano diciéndome:

»—No sé que tengo, desde que entré aquí, creo que el diablo me ha tentado.

»—¿También vos creéis en el diablo?

»—Sí, sí que creo. ¿Y qué tenéis en la frente? ¿sangre?

»—¿Sangre? no lo sé.

»—¡Y qué bien os sienta esa sangre! de cada gota brotan chispas de luz; estáis hermosa, muy hermosa; y me miraba de un modo que me causó asco.

»—Padre, ¿y no iremos á beber el agua?

»—Sí que iremos, y no iremos solos; nuestro Superior quiere hacer la última prueba.

»—¿Qué prueba es esa?

»—Ya lo veréis, ya lo veréis.

»—¿Y qué me harán? ¿qué me dirán? y oí la voz de mi padre que me decía: ¡Paciencia! ¡paciencia! Si no tienes paciencia no llegarás al punto que deseas; y yo dije entre mí: Lo que yo quiero es salir, que cuando me vea libre nadie me volverá encerrar.

»—¿Y cuándo saldremos?

»—Pronto, muy pronto, mucho más pronto de lo que os podéis figurar; y se fué sonriéndose luchando con el sueño que se iba apoderando de él. Al verle en aquel estado dí gracias á Dios, porque aun había en mí algo de lo mucho que había poseído en otro tiempo; energía y fuerza de voluntad suficiente para luchar con mis

implacables enemigos; que no me podía perdonar la iglesia el haber nacido antes de tiempo, mi impaciencia, me llevó á la tierra en una época que no se permitía ni pensar ni discutir, no había más que creer ó morir, y yo no creía ni en la religión, ni en la muerte; por eso me hicieron piedra de escándalo».





XCVIII

HUBO momentos en el breve espacio de tiempo de que dispuse para estar sola en mi estancia, que me parecieron aquellos instantes interminables siglos de sufrimiento, porque el tiempo, según está el ánimo, parece muy largo para llorar y muy corto para reír.

»¿Qué me mortificaba? la lucha que sostenía mi alma; estaba sola, nadie me entendía; la sinceridad de mi alma unos no la comprendían, y otros, no la querían comprender, ¡querían que pasara por loca!.. y no hay nada más horrible que tener la razón sana, y que los demás quieran que esté enferma.

»Pensaba con fruición en mi próxima salida y decía con alborozo: ¡Mañana saldré, Dios mío! ¡mañana!.. quise dormir para recuperar fuerzas, pero no se duerme cuando las ideas luchan sin tregua ni descanso, y dije desesperada: ¡Dios mío!

tanto he pecado, ¿qué no merezco un momento de reposo? y una voz me contestó desde muy lejos: ¿Por qué pierdes la calma? ¿no quieres salir de ahí? pues espera, que el tiempo no altera jamás su curso.

»—¡Piedad! murmuré con desaliento.

»—La piedad existe en lo eterno; lo que te falta es la serenidad suficiente para esperar.

»Es verdad, nunca supe esperar, siempre mi imaginación adelantó los sucesos, siempre quise coger la fruta sin madurar, por eso sufrí tanto, por eso en el pecado llevé la penitencia.

»Mi intranquilidad iba en aumento, hasta que al fin entró Angélica en mi celda, y al verla, sentí un placer tan inmenso, que ella me miro con la mayor ternura diciéndome:

»—¿Orabais, madre?

»—Sí, oraba.

»—Pero orando no vivíais aquí.

»—¿Cómo lo conoces?

»—Vuestros ojos me lo dicen, como tenéis ojos de iluminada, ellos revelan todo cuanto vos sentís; ahora alimentaos; y me presentó un sencillo refrigerio; alimentaos, madre mía, y recobrad fuerzas.

»—¿No has notado que al verte sentí un

júbilo inmenso? ni á una hija la hubiera mirado con más placer.

»—Sí, madre; ya lo advertí, porque antes de entrar oí que decíais: ¡hija! ¡hija mía! y... ¿saldremos mañana, madre?

»—Sí, saldremos.

»—¿Saldremos, ó saldréis?

»—Creo que saldremos, donde voy yo vas tú, bien lo sabes.

»—Hablemos muy bajo, madre mía, que yo creo que nos espían; y al decir esto Angélica, se levantó sin hacer ruido y se asomó á la puerta de la celda para reconocer el terreno, y no viendo á nadie, se acercó nuevamente á mí, y me dijo en voz muy baja:

»—Madre mía, sois víctima de mí; quisiera matarme y no puedo, no tengo valor para separarme de vos.

»Aquella revelación inesperada, me hizo un efecto tan prodigioso, que como por encanto adquirió mi entendimiento su antigua lucidez y la dije con serenidad:

»—¿Hablas de suicidio? ¿hablas de muerte violenta? No; tú no, tú no puedes morir más que á su debido tiempo, y tu muerte debe ser la muerte del justo.

»—Madre, es que yo tengo la culpa de todo cuanto os sucede, de todo cuanto os atormenta, y no debo vivir. Os he pregun-

tado si saldremos mañana, porque sé que mañana no me dejarán salir.

»—¿Qué dices?

»—Lo que habéis oído, ¡hay aquí un enredo!.. ¡hay aquí un embrollo!..

»—No, Angélica, aquí no hay más que una pasión violenta y un procedimiento infame. El hombre á quien yo amo, y tú aborreces, te ha obligado á rendirte, tú le has dicho que le odiabas, que nunca serías de él, y en castigo á tu desobediencia y á tu rebeldía, me ha cogido á mí como instrumento para obligarte á ceder á sus volcánicos deseos. El sabe el entrañable cariño que nos une, y cree que tú no consentirías que me tratasen como á una loca. Ahora lo comprendo todo, ahora comprendo por qué no viene á verme, por qué ese hombre ante mí pierde su voluntad, lo duermo á mi antojó y me cuenta sus más íntimos proyectos. Ese hombre que tanto me gusta contemplar su arrogante figura, ese hombre quiere perderte y perderme; ¡cuánta infamia, Dios mío! ¡cuánta infamia! Parece increíble que un cuerpo tan hermoso, esté animado por un espíritu tan miserable. Dime cuánto sepas, no temas, sabré guardar tus secretos.

»—Pues he sabido que hay urdida una trama horrible contra vos. Bien sabéis que

muy cerca de aquí, hay un Convento de monjas cuya Superiora es la mala religiosa que vos arrojasteis de un Asilo de pobres por tratar á aquellos infelices peor que á perros sin dueño; dicha Superiora puesta de acuerdo con mi perseguidor, quiere ocupar vuestro puesto, y que vos por vuestra locura, quedéis reducida á prisión bajo su custodia; ya véis si el plan es inícuo, si el proyecto es infame, esa mujer quiere vengarse de vos, y yo que podría evitar tantas infamias no las evito, madre, no las evito, ved si tengo razón para querer morir.

»—No, hija mía; tú seguirás cumpliendo con tu deber como mujer, y como religiosa, porque la mujer digna jamás se prostituye, y la buena religiosa no falta á sus votos; en cuanto á mi enemiga no la temo, las bajas intrigas no merecen la menor inquietud. Cuando á esa desdichada la hice salir del Asilo, cumplí con un deber de humanidad, y no pesará más en la balanza divina el odio de un espíritu vengativo, que las bendiciones de muchos ancianos y de muchos niños que en aquella ocasión los salvé de una muerte segura, porque vivían aquellos infelices rodeados de todas las miserias, de todas las asquerosidades, del abandono y de la suciedad. En aquel entonces fuí justa, cumplí con un deber de

misericordia; y estoy tranquila porque á ella no le hice ningún mal, y podía haberse-lo hecho; podía haberla castigado hasta con la prisión, pero como el castigo no hace más que irritar al culpable la dejé libre, separada de los pobres para que no cometiera nuevos abusos. ¿Te crees vencida, Angélica?

»—Sí; por eso he pensado en el suicidio; rompiendo mi cuerpo se apagarán los deseos de ese hombre que tanto odio me inspira.

»—¿Y crees tú que al perderte, no cometería yo un crimen? ¿crees tú que no sentiría ese hombre todo el peso de mi justicia? aun puedo mucho. No delires, hija mía, no delires; si se empeñan en quitarme el cargo que hasta hace poco he desempeñado, tú me reemplazarás, Angélica, tú serás la Superiora y yo haré nuevos trabajos en bien de la humanidad.

»Angélica me miró sorprendida y gozosa, que al fin era mujer, y desempeñar un primer papel siempre halaga.

»—Sí, hija mía, me encuentro seréna, tus revelaciones han llegado muy á tiempo, no creas que quiero luchas y venganzas, admitiré las imposiciones que me hagan hasta cierto límite, y ahora tratemos de dormir, que mañana necesitamos estar fuertes.

»Nos acostamos, pero yo no dormí, pensaba en mi antigua enemiga, recordaba su infuero proceder con los pobres, y me decía á mí misma: Yo nunca he tratado mal á ningún pobre, y muchas veces me contes-taron diciendo:—Es verdad, es verdad, los pobres ¡te bendicen! y oí la dulcísima voz de mi sobrina que me decía:

»—¡Tía mía! tía mía! no temas; yo te coroné y no puedes descender de tú alto pedestal.

»—¿Por qué no te veo?

»—Porque no conviene que me veas, pero recibe un beso; y sentí su beso en mi frente, y al sentirlo se aumentó el deseo de verla.

»—Yo quisiera verte, hija mía.

»—Te conmovieras demasiado. No tiem-bles que volverás á ser columna firme de tu iglesia.

»—Quiero verte; y oí que me decían:—No insistas que tienes más de lo que te me-reces.

»Se despertó Angélica diciéndome: ¡Ay madre! ¡qué noche!

»—Oyeme, quiero que vivas, que jamás pienses en el suicidio ¡cuánto habrás sufrido! ¡pobrecita mía! Yo te brindo el reino de los cielos, pero quiero verte animosa y fuerte, muy fuerte; y la abracé con tanto

entusiasmo, que Angélica gritó: ¡madre! ¡qué fuerza tenéis! vuestros brazos parecen barras de hierro.

»—Es que quiero comunicarte mis energías; no temas, que te encontrarás bien.

»—Tenéis razón, madre, me encuentro más fuerte que nunca, me habéis dado la vida.

»—Yo no doy la vida, pero sé agradecer los sacrificios que hacen por mí. Ahora vete para no infundir sospechas de que estamos de acuerdo.

»Se fué Angélica y yo saludé al Sol, miré *las flores del cielo*, que estaban más lozanas que nunca, pero las hallé inmóviles y mudas. ¿Nada me decís? las pregunté, ¿es que se acerca la hora decisiva de mi vida? pues dejadme que bese á una de vosotras; y subiéndome sobre una silla acerqué mi rostro al jarrón que contenía *las flores*, pero aquél se desprendió del punto de apoyo que le sustentaba y se detuvo en el pretil de mi ventana. Al ver aquel cambio tan rápido me sorprendí y dije con tristeza:—No merezco besaros ¿verdad?

»—No es aquí donde debes besarnos, dijo una flor, pero ya que lo quieres, bésanos; y el jarrón por sí solo, se trasladó desde la ventana á mi mesa, y allí se quedó quieto; entonces quise besar á una flor,

y al acercarme sentí una fragancia tan embriagadora, un perfume tan fuerte, tan penetrante, que me quedé aturdida y tuve que retroceder; al ver mi brusco movimiento dijo una flor:

»—¿Ves cómo te besamos? has querido besarnos ¿y no sabes que no somos más que esencia?—mentira parece que seas tan material; somos la esencia de todas las pasiones, y es inútil que quieras tocarnos porque la esencia no tiene forma consistente.

»—¡Flores mías! ¡cuánto os debo!

»—Recuerda, dijo una flor, que le falta filosofía á la mal llamada santa. Necesitas más filosofía, más grandeza de alma, más elevación de sentimiento; y entonces retembló todo en torno mío, el jarrón de *las flores del cielo* se colocó en su antiguo lugar, y mi confesor que estaba á la puerta de mi celda, se quedó atónito, aterrado, quería huir y no podía, se pasaba las manos por la frente, se tocaba todo su cuerpo á ver si estaba sano y salvo, y yo comprendiendo su natural sobresalto, me acerqué á él y le dije:

»—Padre, ¿venís por mí?

»—A esta estancia no se puede venir.

»—¿Por qué, padre?

»—Porque este arte de brujería tiene que terminar.

»—Padre, ¿qué teneis?

»—No lo sé; pero siempre que entro aquí no sé lo que me pasa. Madre, aquí suceden cosas muy extrañas.

»—¿Y no salimos, padre?

»—Sí, á eso venía, para que saliéramos.

»—Pues retiraos algunos momentos, que me vestiré convenientemente y enseguida os llamaré.

»Quise salir lo mejor ataviada posible, y sacié mi vanidad de mujer, hasta el punto que dije: Aun no estoy vieja, y oí que me decían:—Recuerda que una flor cuando no da aliento á otra flor, se marchita más presto. No sé porque tenía yo aquel día hasta el deseo de parecer hermosa, tenía el presentimiento que tenía yo que representar un gran papel. Salí de mi celda, y no sólo encontré á mi confesor, sino que encontré á un enjambre de religiosas de diversas comunidades, que al verme me dijeron:—Por aquí, madre, por este camino debéis de ir.

»—Ese camino no es el que debo seguir; pero, ¿y mi segunda, dónde está? ¿dónde está Sor Angélica?

»—Está muy ocupada, dijo mi confesor, no puede acompañaros.

»Aquella negativa al pronto me desconcertó, me entristeció tanto, que ya perdí la ilusión de mi tocado monjil, y volviendo á mi celda me quité una toca de finísimos encajes, recuerdo de mi sobrina, que me la hizo estrenar cuando me coronó, pero mi tristeza se desvaneció como nube de humo, y saliendo nuevamente de mi celda dije á los religiosos que me impedían andar:

»—Paso, paso; el que se oponga á mi paso, se opone á la voluntad del Sumo Pontífice y del monarca reinante, que de ambos llevo objetos que acreditan mi alta dignidad eclesiástica, y les presenté mi diestra con los dos anillos que revelaban mi gerarquía como princesa de la iglesia; y tan magestuoso fué mi ademán, y tan imponente me presenté, que los sacerdotes y los monjes y los frailes, me abrieron paso y pasé triunfante, recorriendo todo el Convento llamando á Angélica. Toda aquella turba me seguía á prudente distancia; visité el Asilo anexo al Convento, y comprendí que todos los asilados me creían loca, menos los niños; éstos me rodearon y me dieron quejas porque nunca los visitaba. Mucho me conmovieron las caricias de los niños, eran los únicos que en su inocencia me hacían justicia. Recorrí el

huerto, me detuve en la fuentecita y me pareció que el agua me decía al caer:— Bien; bien; salí del huerto y entré en la iglesia, y allí, en un rincón junto á un confesionario ví á Angélica que postrada de rodillas rezaba fervorosamente.

»—¿Qué haces aquí?

»—Madre, cumplo la penitencia que me han impuesto.

»—¿Y por qué tienes tú que hacer penitencia? ¿qué pecado has cometido?!

»Mientras yo formulaba mi pregunta se abrió el confesionario y de él salió mi *amigo* el sacerdote; al verle me horroricé, temblé convulsivamente, perdí todas mis fuerzas, todas, no me caí por milagro, y dije con voz entrecortada:

»—Padre, si hubiera sabido que erais vos el que aquí mandaba, hubiera obedecido en todo.

»El me miró muy sorprendido, no esperando tanta humildad, y con acento compasivo me dijo:

»—Madre, volved á vuestra celda y luego más tarde ya saldréis.

»Quise irme á mi celda, dí algunos pasos vacilantes, porque apenas podía tenerme en pie, y oí una voz potente que me decía; ¡Cobarde! ¿así retrocedes?.. Es verdad, exclamé, Angélica sufre penitencia

por mí y yo no debo abandonarla; y volviéndome á un sacerdote que me seguía le dije:

»—Decid á vuestro jefe, porque éste ya había desaparecido, que no me puedo mover de aquí, que estoy clavada en este sitio.

»—¿Sí? ¡pues yo os desclavaré! dijo el sacerdote en son de mofa, y cogiéndome brutalmente por la cintura, quiso llevarme á mi celda; pero yo, que ya estaba en el pleno goce de todas mis fuerzas, y ayudada indudablemente por aquel que me había llamado cobarde, y me había impedido retroceder, rompí violentamente el cerco de sus brazos, y le tiré al suelo con tal empuje, que no pudo levantarse, quiso moverse; ¡imposible! quiso levantar sus brazos ¡vano intento! sólo su lengua quedó libre para gritar rabiosamente: ¿Me ha cogido el diablo! ¡el diablo!..

»A sus desaforados gritos, acudieron todos los religiosos, todas las monjas, todos los asilados, pero nadie se atrevió á tocar al sacerdote que rugía como fiera hambrienta, ni nadie tuvo valor para acercarse á mí, se contentaban todos con hacer la señal de la cruz. Yo aprovechando aquella confusión y aquel desconcierto, me acerqué á Angélica y la dije: ¡Levántate y

anda! y si aquí se desconocen las fuerzas de Dios y se admiten las del diablo, que no ha existido jamás, sea el diablo el que te arranca de aquí, y levantándola como si Angélica fuera ligera pluma, salimos las dos del templo, en tanto que aquella muchedumbre de hipócritas no se cansaba de hacer la señal de la cruz.

»—¡Lo que puede la violencia de una pasión! ¡un hombre era la causa de todo aquel alboroto!.. de toda aquella farsa ridícula, de todos aquellos atropellos inferidos á la religión! Si al diablo se le pudiera dar forma, si la personificación del mal existiera, podría representarse en un religioso dominado por la soberbia y la lujuria. ¡Cuántos crímenes se han cometido! ¡cuántas infelices han ido á la hoguera purificando el fuego lo que el vicio y el desenfreno manchó!...

»¡Cuántos reptiles se han arrastrado por la tierra!...»





XCIX

AUÉ tal la perturbación que se apoderó de todos los que esperaban mi salida del Convento, que casi se la puede clasificar de perturbación extraordinaria y desconcierto sin límites. Para que comprendáis y os forméis un concepto aproximado de lo que allí aconteció, os diré que entre centenares y centenares de religiosos que debían haberme acompañado, y gente del pueblo que había acudido de toda la comarca, se contaban por miles los espectadores. Mi voz potente resonó dentro y fuera del templo, y parecía como si todos los ecos que existen en ese mundo, repitieran mis palabras, porque se produjo una confusión indescriptible, que se aumentaba con los gritos de la multitud; centenares de seres decían á un tiempo:—El diablo se ha apoderado de la Superiora del Convento, y el diablo tira á los hombres al suelo y los mata. Los religiosos huían

despavoridos del Convento; muchos hombres decían:—Es mentira, la Superiora no está endiablada, los buenos no se endiablan; y la ola popular crecía y nadie conseguía ser escuchado. Yo mientras tanto llevé á Angélica á mi celda y á tiempo llegamos, porque mi compañera quedó desmayada y yo me sentí fuerte y gozosa; ¡había vencido!

»Muchos fueron los religiosos que llegaron hasta la puerta de mi estancia, pero ¡nadie entró!.. yo me ocupé de Angélica con toda tranquilidad diciéndola:—¡Despierta! no hay que temer; y tal fué la fuerza de mi voluntad, que Angélica se levantó y me miró como aturdida, estaba la pobre joven atontada, la coloqué en su lecho y la dije:

»—¿Sufres mucho?

»—Mucho, madre; y... ¿por qué me habéis despertado? yo quería dormir el sueño eterno.

»—¿Sueño eterno? ¿y acaso existe el sueño eterno.

»—Me esperan horas crueles.

»—No temas, despiértate bien y serénate, que cuando arrecia la tempestad, es cuando hay que tener más serenidad para luchar con los elementos.

»Me acerqué á la puerta de mi celda, y

los religiosos que llenaban el anchuroso claustro, huyeron á la desbandada, unos cayeron por las escaleras, otros atropellados brutalmente, recibieron golpes terribles contra los muros, se oyeron lamentos y maldiciones, y yo dije consternada: ¿Qué es esto? ¿quién manda aquí? ¿quién promueve estos atropellos? ¿por qué acuden á este lugar tantos imbéciles y tantos hipócritas? quise salir, pero no pude andar, una fuerza superior á mi voluntad me detuvo, retrocedí junto á mi mesa y pregunté á mi compañera:

»—¿Cómo estás?

»—Bien; y lloró silenciosamente.

»—¿Bien, y lloras? ten valor mujer, ten valor.

»—No, madre, creedme; ya estoy bien.

»—Pues levántate, siéntate y hablaremos; ¿crees que estoy loca?

»—No, madre; no estáis loca.

»—¿Estás segura de lo que dices?

»—Segurísima.

»—No extrañes mi pregunta; necesito cerciorarme de mi estado. Mírame bien. ¿Notas algo en mis ojos? Ella me miró fijamente y me dijo:

»—Vuestros ojos son como la esperanza que abre unos horizontes que no tienen fin; de igual modo vuestros ojos, hay en

ellos mundos de luz y de amor; ¡qué hermosos son vuestros ojos, madre mía!..

»Yo miraba á Angélica muy satisfecha, en sus ojos irradiaba la verdad, y muy contenta la dije:—Pues si no estoy loca, y tú estás fuerte ¿qué hemos de temer?.. y tantas cosas la dije, que logré reanimar á Angélica hasta el punto que la hice reir y bromear, pues me dijo:

»—¡Ay, madre! con que gracia me sacasteis del templo, pronunciasteis una palabra mágica, y creed que nadie entrará aquí, todos ven en esta celda el infierno, y ahora siento un desfallecimiento que me recuerda que hace muchas horas que no hemos comido, ¡muchas! voy á buscar algún alimento; y al querer salir se presentó mi *amigo* el sacerdote, diciendo con acento irónico:

»—¿Puedo entrar, madre?

»—Siempre ha estado franca la entrada para vos.

»—No siempre.

»—¿Es que teméis, quizás, entrar en el infierno y que os quemén sus llamas eternas?

»Al escuchar mis palabras, me miró el sacerdote de un modo que me hizo temblar de espanto; se echó á reir, y su risa era mefistofélica. ¡Qué pequeño se me pre-

sentó entonces aquel hombre! Cayó la venda de mis ojos y dije entre mí: ¿Y yo he amado á este hombre tan vulgar y tan miserable? ¡qué insensata he sido! ¡qué insensata!...

»Traté de serenarme y repetí en tono jovial:—¿Porqué no entráis? ¿tenéis miedo?

»—Es que no he venido á entrar, he venido á dar órdenes, me habéis provocado y lo siento; porque me habéis provocado y me habéis puesto en ridículo; y esto no lo puedo ni tolerar, ni olvidar. Antes cuando no estabais loca, yo me complacía en hablar con vos, pero ahora no; ahora tengo que dar órdenes que obedeceréis.

»Su lenguaje me hacía crecer, mis energías aumentaban, y oía voces que me decían:—Aquí de tu filosofía y de tu paciencia. Aquellas palabras templaron mi audacia y le dije:

»—¿Podéis más que yo? pues mandad y os obedeceré. ¿No queréis entrar? pues yo llegaré hasta vos; y me acerqué á él. Él tembló visiblemente, y algo conmovido me dijo muy bajito: Sois una mujer muy imprudente.

»—¿Y vos?

»—Yo... el hombre más insensato. Ya os daré mis órdenes.

»—Hablad, ya os escucharé paciente-

mente, siquiera por lo mucho que os he amado.

»—¿Que me habéis amado?

»—Sí; os he amado, amaba al hombre eminente, amaba al profundo sabio de mi iglesia; hoy no puedo querer al sectario dominado por la concupiscencia, me habéis hecho perder todas mis hermosas ilusiones, vuestro amor insensato, mejor dicho, vuestro carnal apetito, ha promovido todo este escándalo; y le señalé á Angélica que escuchaba en silencio. Ahí la tenéis, pero no os dará la felicidad, como yo no la he hallado en vos, que sois hermoso, ¡muy hermoso! pero tenéis corazón de tigre; parece increíble que encubra un exterior tan atractivo, tantas miserias como encerráis en vuestra mente, porque aquí, que nadie nos oye, os diré que sois un miserable, y que me causáis compasión. ¿Sabéis por qué? Porque no seréis siempre lo que sois ahora, porque volveréis á la tierra convertido en mísero pordiosero, y todo el gran papel que hoy representáis en nuestra iglesia, quedará reducido mañana á ser el último sacristán de la iglesia más pequeña y más ruinosa. La vida es eterna y todo se paga; hoy estáis pecando mucho, estáis abusando cobardemente de dos mujeres indefensas, sabéis mi estirpe, lo que yo re-

presenté en la iglesia, la protección que he tenido, y todo lo pisoteáis por satisfacer vuestro deseo y vuestra vanidad; gozáis viéndome sufrir; y tanto y tanto le dije, que de sus grandes ojos se desprendieron dos lágrimas que resbalaron por sus pálidas mejillas, conseguí conmoverle y continué diciendo:—Vuestro llanto es el preludio de la paz de este Convento; si aun sentís algo noble, devolvednos la tranquilidad.

»—Esperad mis órdenes; y tambaleándose como si estuviera enfermo se alejó, y Angélica me dijo:

»—Madre; tanto he rogado mientras hablabais con ese hombre, que he visto al amor de nuestros amores, ¡qué hermoso es! he visto su diestra y de sus dedos brotaban raudales de luz. ¿No le habéis visto?

»—No.—Pues aun está El aquí, ya se aleja, ¡qué hermoso es!... me ha dicho:—No temas; las mujeres honradas siempre llegan hasta mí; ¿pero no le véis? parece que estamos en el cielo, aquí no hay paredes.

»—Pues, nada veo, hija mía; estoy demasiado adherida á las miserias que nos rodean; por tí me he contenido, hablando con ese hombre; he llegado á temer por tí al observar sus miradas, ¡qué expresión

tan siniestra! un hombre con pasiones y con poderío, es temible.

»—No temáis, madre mía, tengo la convicción, que si llega el atropello de la profanación de mi cuerpo, llegará mi muerte, le entregaré un cadáver.

»—¿Persistes en morir?

»—No; yo no me mataré, moriré á tiempo, nada más os puedo decir; y ahora, madre, hay que pensar en alimentarnos, voy á traer lo más necesario. Salió Angélica y yo dije: ¡Dios mío! ¿pero este tormento va á ser eterno? y oí que me decían:—Así, así conviene reflexionar. Oí que pronunciaban mi nombre, y lo pronunciaba una voz muy desagradable, volví la cabeza y ví cerca de la puerta de mi celda, á una religiosa muy envuelta en un largo velo, por el que no se podían distinguir apenas sus facciones.

»—¿Porqué no entráis? mi puerta está abierta para todas las hermanas de la Comunidad; ¿qué queréis?

»—Es que no soy una hermana de aquí.

»—Pues entrad, si no tenéis miedo á las llamas del infierno, dije sonriéndome.

»—Pues, por eso mismo os llamo, que si hubiera querido entrar, no necesitaba pedir os permiso. Vengo á deciros que soy la nueva Superiora de esta Comunidad,

que estáis, por consiguiente, bajo mis órdenes, no podéis salir de aquí sin mi autorización; ya os llamaré cuando se hayan hecho los exorcismos suficientes en vuestra estancia.

»—Pues yo necesito más formalidades para respetaros como á Superiora, ¿quién os autoriza? Elia pronunció el nombre de mi enemigo y yo la dije: Mucho me alegra saber quién os envía, es muy amigo mío. La religiosa me miró como asombrada y me volvió la espalda en el momento que llegaba Angélica con algunos alimentos. Al dar la media vuelta la religiosa, conocí quién era: era mi feroz enemiga, la que arrojé del Asilo por su mal proceder.

»Angélica me dijo:—¡Ay, madre! hay que confesar que se está muy mal aquí, nadie me quería dar lo más indispensable para alimentarnos, sólo una religiosa se ha compadecido de nosotras, y me ha dado lo que traigo, encargándome mucho que lo comiéramos enseguida, porque la comida fría se indigesta.

»Mientras Angélica hablaba, una voz murmuraba en mi oído:—No comas, no comas, yo le dije á Angélica.—No comas, no comas, que alguien me dice que no comamos.

»—¡Ay, madre! ¿nos moriremos de hambre? ¿y mañana qué haremos?

»—Mañana ya veremos si se vive ó si se muere.

»Llegó la noche y estábamos desfallecidas, es muy cruel el tormento del hambre, nunca lo había sufrido; nos íbamos á acostar, cuando de pronto oímos canturias religiosas y nos estremecimos al oír que daban dos golpes muy fuertes en la puerta de mi celda. Abrió Angélica y ví un sacerdote que me dijo:

»—Hermana, salid de aquí por orden del Santo Oficio.

»—¿Sola?

»—No; con vuestra compañera. Salimos y le dije á Angélica:—No temas, confía y espera. Al salir pensé en mis *flores del cielo*, mas luego recordé que no siendo flores de la tierra ni las verían siquiera; sentí como en tropel entraron en mi estancia, y como sin pérdida de tiempo quemaron cuantos papeles encontraron; mi mesa quedó limpia, sólo quedaron dos plumas porque no las vieron, desaparecieron todos mis recuerdos, ¡todos! ¡cuánta iniquidad!

»Mientras llevaban á cabo tan loable hazaña, nos hicieron entrar nuestros aprensos en una estancia pequeña donde se hallaba reunido una parte del Santo Tri-

bunal. Allí no se despachaban más que las primeras diligencias, por eso no había negros tapices, ni cirios verdes; entré tranquila y serena, al vernos dijo el Presidente:

»—¿Cómo queréis estar? ¿de rodillas ó de pie?

»—Yo de rodillas; dijo Angélica, y se postró humildemente.

»—Yo de pie, dije resueltamente.

»—La que se pone de rodillas demuestra arrepentimiento, la que está de pie, manifiesta su soberbia. Estáis acusadas de brujería, de endiablamiento, de heregía, de sostener un comercio ilícito con las Potestades del infierno.

»—Nada diré, porque sé que no me habréis de escuchar.

»—Haced lo que queráis.

»Nos acusaron cuanto quisieron, mintieron y disparataron á su sabor, y terminada la acusación, nos separaron y nos llevaron á distintas prisiones, que habilitaron provisionalmente en los sótanos del Convento, construídos para uso muy distinto, porque en mi Convento no había ni prisiones ni escondrijos, todo era claro, limpio y alegre, allí no había más sombra que la intolerancia y la ignorancia religiosa y la envidia y todas las bajas pasiones de los hipócritas.

»Al entrar en la prisión que era obscurísima, oí que me decían: ¡Paciencia! ¡paciencia! Recordé entonces mis extravíos, mis delirios, mis amores, y dije: Me he dormido sobre mis laureles y recojo el fruto de mis impremeditaciones. Fuí tocando las paredes y no encontré silla ninguna donde sentarme, ni camastro donde reclinar mi debilitadísimo cuerpo, y cuando ya me había echado en el suelo, entraron dos religiosos con un tabladillo diciéndome:—Dormid aquí, y así sobre las duras tablas mortificaréis vuestro cuerpo, que bien lo necesita, ya que tantos gustos le habéis dado en compañía del diablo.

»Nada contesté, ¿para qué? me dejé caer y murmuré hasta con deleite: Mi alma es libre, quiero volar y volaré, quédese aquí mi cuerpo, que por lo maltrecho ya no me sirve: y el sueño del cansancio y del desfallecimiento más completo se apoderó de mi organismo, mientras mi alma se preparaba para tender su vuelo, pero sentí una voz imperiosa que me decía:—Ten paciencia, no estropees tu cuerpo, que aun tienes que servirte de él, y está muy gastado, y muy desfallecido y muy desequilibrado. ¿No has tenido vanidad de pasar por santa y virtuosa? ¿y de qué modo has sido virtuosa y santa? ¿no ha entrado en

mucho el querer ser superior á los demás? ¿no te ha engreído la vanidad más de una vez? pues tienes que sufrir las consecuencias de tu pecado.

»—¿Pero siempre estaré así? ¿moriré en esta obscuridad? ¿no volveré á ver el Sol? ¿no respiraré el ambiente embalsamado de las mañanas de primavera?

»—Respecto de tu porvenir no te preocupes, descansa, han querido y tú lo has querido, que te hagan santa en vida; y te han hecho daño porque la santidad es una usurpación que se hace á la eterna igualdad de la naturaleza y de las transgresiones de la ley, hay que sufrir el choque que producen. Después de muerta te harán de nuevo santa, y será tu santidad más duradera y mejor ganada, y no tengas la menor duda que serás una gran figura de tu iglesia.

»—¿Moriré en la hoguera?

»—No; tendrás otro fuego que mortifica el alma. No se pasarán muchos días sin que tengas que firmar obras que tú no has escrito cuyo contenido es indigno de tí, y si tú no las firmas otro las firmará. Pasarás por esposa amantísima de Jesús, por alucinada, por enamorada, por estática, por histrión de tu iglesia.

»—No me contéis más, no quiero saber el fin que me espera.

»—¿No querías saber tu porvenir? pues oye y recuerda que todos tus tormentos son justos, porque tu pasado es horrible, y gracias que hay un sér que vela por tí y jamás te abandona.

»—¡Ah! sí; sí; no dudo que el amor de mis amores me asiste en todas mis tribulaciones, y oí que otra voz me decía: Sí; sí; si cumples con tu deber.

»—¡Cumpliré! ¡cumpliré! venga á mí el martirio, deshonorada por mis obras, que eso es peor que la deshonra de mi cuerpo, todo lo sufriré; pero más tarde yo diré á los habitantes de la Tierra cuáles son mis obras, y así se sabrá la verdad, que resplandecerá á través de los siglos, porque Dios es justo.

»Quedó todo en silencio y mi alma se acercó á su cuerpo y retrocedió porque no vió el cuerpo de la desfallecida monja; mi cuerpo estaba transformado, era una mujer muy hermosa, pero mal vestida, casi harapienta, yo la miraba y decía: ¡Esa soy yo! aquella mujer que al conocer la verdad, siguió de rodillas al que la redimió! ¡de rodillas subí al monte! ¡de rodillas crucé los arenales! ¡de rodillas le he seguido siempre! ¡por qué le amaba! Porque me

une á El lo que me avergüenzo de recordar, sí; sí; mi pasado es... ¡horrible! pero El me ha perdonado siempre.—¡Y te perdonará! dijo una voz.

»Yo miraba el cuerpo de aquella mujer y me gustaba mucho, era muy hermosa, sus harapos los prefería á mis hábitos de religiosa, aquella existencia me pareció mucho más digna que la que tenía actualmente y dije con desesperación:—¡Maldita monja! ¡maldita! no has hecho nada bueno, no has hecho más que enloquecer y escandalizar; y una voz potente gritó:— ¡Tu martirio de ayer y tu martirio de hoy, te levantarán el monumento donde resplandecerás mañana!





C

LA realidad se impone, y cuando se está en una estancia cerrada, para el que está encerrado es noche eterna. Después de mi videncia, me desperté y dije: Vuelvo á estar sobre mí, vuelvo á la vida real, y siento de nuevo todas mis imperiosas necesidades; ¡tengo hambre! ¡y qué horrible es el hambre! Traté de levantarme y fui tentando las paredes hasta encontrar la puerta; mas perdí la orientación, dí repetidas vueltas y caí al suelo lanzando un grito espantoso; ¡era tan terrible mi situación! toda la eternidad de una vida de luz, desaparece ante un momento de obscuridad. A mi lamento de agonía nadie contestó, y grité con desesperación: ¿A qué me reducen? ¿qué se proponen hacer conmigo? Yo quería animarme y sacar fuerzas de flaqueza, pero la realidad de un momento de sombra, puede más que una eternidad de luz. El hambre me devoraba, la

sed me hacía sentir una ansiedad inexplicable, y era tal mi desesperación, que grité de nuevo:—¿Porqué no me matáis, asesinos? ¡Maldita sea la religión á cuya sombra se cometen tantos crímenes! y golpeando los muros de mi prisión, exclamé con angustia:—Paredes que levanté llena de esperanza, ¿por qué no dáis paso á mi voz? ¡piedras! ¡sed más piadosas que los hombres!... Mis palabras las repitió el eco, y abrieron por fin la puerta de mi prisión; abrirla y precipitarme sobre mi carcelero, fué obra de un segundo, y le empujé con tal violencia, que cayó al suelo cuan largo era, y yo saltando por encima de su cuerpo, salí al corredor diciendo:—No me encerrarán más estos bandidos, y mirando la luz del día grité: ¡Bendita sea la luz! ¡bendita sea! ¡Miserables! me empujáis á que me tire por una de estas ventanas huyendo de vosotros, pero no lo haré porque aun amo á Dios, y caí de rodillas porque el vértigo del hambre me hizo caer.

»Al verme en el suelo se aumentó mi desesperación y exclamé:—¡Venid! ¡acabad conmigo! ¡venid, furias infernales! habéis querido el infierno, y el infierno está aquí por vuestra iniquidad. Aquí muere una religiosa, y muere ¡de hambre!.. ¿nadie me escucha? ¿nadie me oye? Miré á to-

dos lados y ví á una religiosa que me miraba desde prudente distancia. Al verla la dije: ¡¡Piedad!! ¡¡piedad!! yo no he sido mala para vosotras, y si lo he sido, matadme de una vez, y caí medio desmayada.

»Muchos religiosos llegaron de uno y otro lado; la religiosa á la cual imploré compasión, se acercó resueltamente á mí, me tocó la frente y dijo con terror: ¡¡Muerta!!—No estoy muerta, me muero; la monja al oír mis palabras salió corriendo y volvió presurosa diciéndome. O salvaros ó morir; y trató de incorporarme.

»—¿Me vienes á acabar de matar?

»—No, madre; con vos quiero morir ó salvaros.

»—La miré, y ví en sus ojos la lealtad, me dió á beber un bálsamo y me reanimé, me senté reclinada contra la pared, y ella me dijo muy quedito:

»—Es una infamia lo que se hace con vos, y me juego la vida por salvaros.

»Quise levantarme y no pude, y ví á un religioso de los que se llaman hijos de Jesús y le dije:

»—Si sois religioso, si amáis á Dios, si no tenéis entrañas de tigre, llevadme á un punto donde pueda reposar.

»—Y no echaréis serpientes por la boca.

»—Como no sea el hambre la que me forme serpientes.

»—No me acerco más porque el techo se hunde, veo que se inclina la techumbre...

»Al oír estas palabras todos los religiosos huyeron y se promovieron nuevos escándalos y nuevas desgracias, atropellándose los unos á los otros.—Vete, hija mía, dije á la religiosa, si el techo se hunde, vete.

»—No, madre; aquí lo que se hunde es el sentido común.

»—Tal vez muera aplastada por mi obra, vete, hija mía, vete.

»—Madre, cuando lleguéis al reino de los cielos, acordaos de mí.

»—Hija mía, estoy muy lejos aun del reino de Dios.

»Se fué la religiosa algo atemorizada, y yo oí voces que me decían:—Anda, anda, vete á tu estancia, que puedes andar.

»Efectivamente, la gran cantidad de bálsamo que había bebido me había reanimado hasta el punto que pude levantarme, y pasando muchas fatigas llegué á la Sala Capitular, que tan buenos recuerdos guardaba para mí de otras épocas, y desde allí, oí mejor como los religiosos rodaban por las escaleras lanzando maldiciones. ¡Qué

tristeza sentí ante tantos atropellos! pero no pude entregarme á mis tristes consideraciones, porque la misma voz más imperiosa me decía: A tu estancia, á tu estancia; llegué ante mi celda y la encontré cerrada. ¿Cómo entrar? murmuré con desaliento.—Empuja la puerta, replicó la voz, ¿ya no tienes voluntad? Animada con el consejo, empujé con tal fuerza que la puerta se abrió violentamente y al faltarme su punto de apoyo caí al suelo con tal rapidez, que mi rostro chocó contra el pavimento causándome varias heridas por las que manó sangre en abundancia, pero yo no sentí entonces dolor alguno; estaba en mi celda, en mi celda, donde entraba el sol por siete ventanas muy grandes. Tanto luz me sirvió para ver que en mi estancia no había ni una silla donde sentarse; todos los muebles habían desaparecido. Me acerqué á la ventana central y ví mis flores del cielo más lozanas que nunca, mientras tanto una turba de religiosos quería entrar para prenderme de nuevo, pero ninguno se atrevía, al fin entró mi enemigo el sacerdote diciendo:

»—Esto se ha de concluir.

»—Esto mismo deseo; y oí la voz de una flor que me decía: —No te separes de

la ventana y enlaza tus brazos á la columna en que te apoyas.

»—No busquéis la violencia, y entregaos buenamente, vendrán hombres forzudos y os arrancarán de aquí aunque tengan que romperos los brazos.

»—¡Así tratáis á las religiosas! ¡Si el rey lo supiera!.. ¡si supiera lo que hacéis conmigo!

»—Pues no me irritéis, no seáis así, sed humilde y no os encerraré, no os faltará alimento ¿no me queréis seguir?

»—No quiero.

»Al oír mi contestación, entró una avalancha de religiosos dispuestos á apoderarse de mí, pero apenas entraron huyeron despavoridos gritando: ¡El techo se hunde! ¡las llamas salen de aquí!..

»—Pero, ¿qué hacéis? ¿qué hacéis? ¿por qué formáis un infierno que no existe? yo no veo tales llamas, que mi alma es para vuestra alma.

»—¿Vuestra alma, para la mía? ¿de qué modo? ¿de qué manera? que sabéis vos de la aproximación de las almas, ¡temblad! que todavía os puedo dormir.

»El se volvió, y á los pocos religiosos que se habían quedado guardando la puerta les dijo:—Idos que hay peligro; y al verse sólo conmigo me dijo con ira:—

¡Dormir! ¡dormir! si me dormís, contad que moriréis; el haberme dormido ha sido vuestra desgracia, porque he visto otra vida muy distinta de la de aquí, porque he llegado hasta cerca de Dios para caer después en el abismo de la duda, más que de la duda, de la negación, porque he de aparentar creerlo todo, y por vos no creo en nada; porque he estado á punto de enloquecer, y vos tenéis la culpa de todo: No me durmáis, que no sabéis lo que puede suceder.

»Al oírle me sentí fuerte, su mandato me impulsó á la desobediencia; me desprendí de la columna, y cogiendo sus manos por sorpresa, se quedó dormido instantáneamente, murmurando con voz sepulcral:—Haré tu voluntad. Al ver mi obra tuve miedo, pero las flores en coro me dijeron:—No lo dejes, no lo dejes, aprovecha la ocasión; me sentí de nuevo fuerte y le dije.—Pues ve y ordena que todo vuelva á su estado normal; y se fué el sacerdote gritando:—A reunirse, á reunirse.

»—Al verme sola me acerqué á mis flores y lloré silenciosamente. ¡Cuánta lucha! ¡cuánta violencia! ¡cuánto me entristecía todo lo ocurrido! sentí sordos murmullos y oí que á la puerta de mi celda gritaban:—

No, no, no entraremos, que se los busque ella.—Pues idos y dejadnos en paz, dijo la religiosa que tuvo compasión de mí; y entró con varias hermanas de la Comunidad en mi celda, colocando mis muebles con el mayor cuidado. Todas las monjas me miraron con ternura y yo les dije:

»—¿Tenéis miedo de mí?

»—No, madre.

»—Pues queredme, yo seré vuestra madre; y tal fué mi fuerza de voluntad para atraerlas, que todas me llamaron madre, y lloraron al verme tan desfigurada, trabajando con ardor para dejar mi celda arreglada. Mucho me alegré cuando ví mi lecho; pero mi alegría no tuvo límites al ver mi mesa; ¡hasta la besé! que nunca se alegra uno tanto de poseer un objeto, como cuando se le ha llorado perdido. De pronto, sentí una punzada en el corazón, recordé á Angélica y me avergoncé de mi ingratitude, ¡no hay alma que no sea ingrata! y la mía lo fué alegrándose de recuperar sus muebles perdidos sin echar de menos á lo que yo llamaba la mitad de mi vida. ¡Santa me llamaban!.. ¡y aun yo estaba entre el cieno!.. Avergonzada de mí misma, me apresuré á enmendar mi yerro y dije:— ¿Y Angélica? yo no puedo vivir sin ella; ¿dónde está?

»—No está aquí; dijo una religiosa.

»—¿Qué no está aquí? ¿pues dónde está?

»—Se la llevaron.

»—Pues yo no quiero vivir sola; decidle al encargado de velar por la Comunidad que quiero verle. Salieron á cumplir mi mandato, y volvió una religiosa diciendo: —Está muy delicado, no tiene alientos para moverse.

»Conocí que había cometido una torpeza, porque en realidad mi enemigo estaría sufriendo una crisis horrible, y sólo obedecería á mi potente voluntad transmitida directamente por mi enérgico deseo. Le llamé con mi pensamiento y se presentó; al verle me horroricé, aquel hombre no era él, era un autómeta que obedecía mi voluntad; pero resuelta á todo le dije con imperio:

»—¿Y Angélica?

»—Está muy segura.

»—¿Ha muerto?

»—Aun no.

»—Yo la quiero aquí.

»Salió él y yo dije entonces: ¡Qué modo de vivir tan angustioso! si este hombre manda, comete innumerables crímenes, y si yo mando secuestro á un hombre, porque me apodero de su voluntad, lo inutilizo mentalmente; ¿podré dominarlo siem-

pre? ¡imposible!.. ¿Me es grato dominarle? no; amo demasiado la libertad de pensar, para gozarme en esclavizar el pensamiento de otro, pero ahora es preciso llegar hasta el fin; y esperé impaciente la llegada de Angélica que tardó mucho en llegar; al fin me la trajeron cadavérica en unas parihuelas; al verla no pude menos que gritar: ¡Asesinos!.. todos huyeron menos mi enemigo; al verle dije: ¡Despierta! y se despertó aterrado; miró á todos lados y rugió como un león hambriento al ver á Angélica.

»—Ahí tenéis el resultado de vuestro crimen, y le señalé á mi compañera.

»—Ya nos veremos; y se dirigió á la puerta.

»—¡Alto! hemos de terminar de una vez.

»—¡Ay! ¡si nos hubiéramos entendido!..

»—¿Por qué queréis lo que es imposible? ¿por qué no tratáis de obtener con ternura lo que el terror no puede conseguir?

»—Porque la amo con locura, porque al decirme que me odiaba, juré que sería mía; y mirándola con adoración murmuró: ¡Muerta! muerta no te quiero, ¡te quiero viva!.. ¡sino para ser mía, para adorarte desde lejos!

»—¡Ay! ¡cuánto la quería! murmuré

muy quedo, felizmente ya no le quiero tanto.

»—¡Despertadla! ¡despertadla! suplicó él, la rocié el rostro con agua, y de cada gota brotaban chispas luminosas.

»—¿Qué hacéis? eso no es agua, eso es fuego. ¿Qué hacéis con el agua? La llamé con ternura y se despertó; al verme lanzó un grito diciendo: ¿Esto es un sueño? pero al ver al sacerdote gritó resueltamente: ¡A morir! ¡á morir!

»—No; no, hija mía, vive para mí, yo quiero que tú sigas mi obra; ¿qué sería de mí sin tí? necesito de tus cuidados, de tu cariño, de tu ternura, de tus consejos, aun quiero trabajar mucho en bien de la humanidad, y si te pierdo perderé mi brazo derecho; y tanto hablé sobre mis planes del porvenir que el sacerdote lloró como un niño y me dijo:—¡Cuánto la amamos los dos!

»—Pues si la amáis, ¿por qué la martirizáis?

»—No lo sé, no lo sé.

»—Por ahora salid de aquí, para que ella esté tranquila.

»Salió él y yo procuré alimentar á Angélica como yo lo había hecho anteriormente, que no comí, devoré los manjares que me trajeron; ¡cuán bueno es comer

cuando el hambre azota! ¡cuán bueno es beber cuando la sed con sus garfios de hierro nos oprime la garganta sin piedad! yo no me cansaba de beber vasos de agua; el agua es el verdadero néctar de los dioses.

»Angélica no comió con la avidez que yo comí, estaba la infeliz muy enferma; al día siguiente me dijo: Madre; ¡qué sed tengo! me ahogo, me falta aire para respirar. Le dí agua, poniendo antes el vaso entre mis manos un corto rato; cuando me pareció la dije:—Bebe.

»—Madre; ¿qué agua es ésta? esto no es agua, esto es elixir de vida, ¡qué poder tenéis! no es extraño que os crean endiablada, los que no creen en la existencia de Dios.

»Le dí después agua y ella bebió gozosa. ¡Pobre Angélica! tenía los pies destrozados, hinchadísimos, con algunas llagas, que yo se las curé con agua calentada entre mis manos; Angélica estaba asombrada, maravillada al ver como al caer las gotas de agua sobre sus pies, éstos se deshinchaban y adquirían movimiento:—¡Madre! gritaba entusiasmada, ¡me dáis la vida! y corría por mi celda como si fuera niña traviesa. Yo, la verdad, cuando ví el feliz resultado de mi obra dí gracias á Dios diciendo: Mis manos hacen del agua un elemento de vi-

da, aun puedo hacer el bien! aun soy útil á los que sufren! aun mi voluntad es potente.

»Pasaron muchos días y nos pusimos las dos buenas, y entonces la dije:—Ahora, cada uno á cumplir con su deber.

»—Madre, parece un sueño lo pasado; ¿y si vuelven los días del terror?

»—Venceremos, que aun tengo voluntad para vencer.

»¡Voluntad! ¡voluntad! dijo una *flor del cielo*, aun eres vanidosa, aun crees que tu voluntad lo puede todo. ¡Ingrata!.. pides auxilio á Dios, y cuando Dios te concede fuerza y valor, entonces dices, ¡mi voluntad lo ha conseguido todo! pues no olvides que aun te falta lo mejor.

»—¿Qué me espera? pregunté con temor.

»—Prepárate debidamente para comprender mejor lo que es tu actual existencia.

»Me impresioné tanto, que le dije á Angélica:—Ve á ver qué hacen los niños; y al quedarme sola quise orar pero no pude, yo no sabía orar; sólo pude decir: Señor, me reconozco culpable, tened piedad de mí. Recordé en aquel momento mi canto. ¡Cuán grande es Dios!... y cogiendo una pluma lo estampé de nuevo en el papel, diciendo:—¡Cuán grande es Dios!, y quise

leer lo que había escrito, y me preguntaba con extrañeza. ¿Yo escribo: Cuán grande es Dios? pues aquí hay conceptos que no son míos, ¿quién escribe esto? el canto está grabado en mi memoria, pero no en el papel; en el papel hay otros pensamientos más profundos, más elevados, más sublimes! ¡Cuán grande es Dios! éste será el poema de mi existencia, mientras más se estudia la grandeza de Dios, más pequeñas se encuentran las miserias humanas.

»Salí de mi celda y todo lo encontré como estaba anteriormente, las monjas, muchas de ellas, me besaron la mano y yo las abracé, al encontrar á Angélica la dije: ¡Cuán grande es Dios!—Sí, madre, ¡cuán grande es Dios! los ojos de los niños lo dicen, los niños son ángeles y los ángeles son los mensajeros de Dios.

»Al día siguiente saludé al Sol muy emocionada y le dije: ¿Quién eres tú? y súbitamente pensé dedicarle un nuevo canto al Sol, habían quemado todos mis escritos, pero yo tenía en mi mente una biblioteca para la cual no había medios de destrucción, que las ideas han sido siempre incombustibles, y aunque quemaran mi cuerpo, mi alma conservaría todos sus recuerdos, todas sus aspiraciones. Ya en aquella época, mucho más atrasada que la vuestra, tenía

yo el íntimo convencimiento que la muerte destruía los cuerpos, pero que para las almas la muerte no existía; y no existiendo, mis sueños, mis delirios, mis cantos, mis amores, todo me seguiría en mi eterna peregrinación. ¡Cuán sabia y cuán justa es la obra de Dios! ¡por qué se quiere tanto á todo lo que brota de nuestra mente! Los hijos del pensamiento, son tan amados! grande es la maternidad del cuerpo, pero no es menos grande la maternidad del alma. Yo amaba mis obras, confieso mi debilidad, y al encontrar que las llevaba conmigo repetí con entusiasmo: ¡Cuán grande es Dios!...





CI

ESCRIBÍ mi poesía al Sol y recordé perfectamente la misma que había escrito mucho antes, con la sola diferencia, que al concluir cada estrofa me decía: ¡Qué grande me parece el Sol! cada vez lo veo más grande. Cuando concluí mi canto, lo uní al que había dedicado á Dios y dije con tristeza: ¿También ahora os quemarán? y oí una voz que me decía:—También; ¡se quema tan pronto el papel!... Cuánto me contrarió aquella respuesta, pero oí luego la voz de mi sobrinita que me decía: ¿Acaso el músico recoge las notas que produce en un instante de inspiración? el arte está en el entendimiento; cien veces que quemen tus escritos ¿podrán destruir tu memoria? recita tu canto. ¡Cuán grande es Dios! Obedecí su mandato, y paseando por mi estancia fuí repitiendo todas sus estrofas, siendo mi alegría inmensa al convencerme que todo lo recordaba, en mi mente

estaban grabados todos mis cantos, mi memoria era verdaderamente prodigiosa.

»Entró después Angélica y me contó muchas miserias y muchas tragedias, los niños, ¡pobrecitos!... sufrieron durante mi enfermedad y el cautiverio de mi compañera los horrores del hambre, la Superiora interina, ¡qué mala era! gozaba haciendo sufrir, Angélica horrorizada me dijo:

»—Si volviera la nueva Superiora, todo quedaría destruído, ¡todo! Sus palabras me hicieron tanto daño, tanto, que súbitamente sentí un dolor irresistible en los ojos. Temblé por mis ojos, tuve miedo, mucho miedo, le pedí á Angélica que me pusiera agua en la palangana, sumergí mi diestra en el agua y me la pasé después por los ojos, cesó el dolor y recobré la vista, ¡qué hermoso me pareció el Sol!... ¡qué hermosísimo!... pensé enseguida por qué me dolerían los ojos, y murmuré con espanto:— Me habrán dolido porque he sentido odio hacia la nueva Superiora?... ¡pero pensar que esa mujer pudiera volver por aquí!... que el vicio, que el crimen domine á la virtud ¡sería horrible! ¡los niños llorando! ¡pobrecitos niños! ¿y los ancianos? los ancianos merecen respeto, amor y solicitud, que todo el mal caiga sobre mí, ¡Dios mío! y que no sufran los desvalidos.

»Angélica me miraba tristemente, y yo la abracé con la mayor ternura diciéndole: —No temas, los vicios y las infamias nos rodean, pero nos salvaremos, indudablemente nos salvaremos. Tú amas á los niños, por eso has visto al que decía: *Vengan á mí los niños*. Tú con tus obras pronuncias sus mismas palabras; sigue amando á los niños, y ama también á los ancianos porque son los niños de ayer, y los indefensos de hoy.

»—Madre; con vos iré hasta el martirio, sin vos la muerte.

»—No, no; la muerte por violencia, jamás; el alma debe resistir hasta su última hora, su deber es luchar, no es morir.

»Salimos después y nos dirigimos al rectorio, y las monjas me recibieron muy bien, menos algunas que me miraron con cierto recelo, y á estas últimas las dije:

»—¿Por qué no os llegáis hasta mí? ¿me creéis endiablada? miradme bien; no soy vuestra hermana, soy vuestra madre, tened confianza en mí, porque yo os quiero bien, y sé olvidar las ofensas.

»Una de las monjas retraídas se acercó á mí llena de terror y me dijo muy quedo: —¡Madre! ¡me quemo!...

»—¿Dónde te quemas? ¿en qué parte de tu cuerpo sientes más dolor?

»—Todo mi cuerpo me duele, como si tenazas candentes se hundieran en mi carne.

»—¿Te queman tal vez tus remordimientos? ¿fuiste tú quizá, la que envenenó mis alimentos? ¿te quema la idea que tuviste?

»—Madre; la idea no fué mía, me lo mandaron hacer y obedecí.

»—¿Conservas aun algo del veneno que empleaste?

»—Si no me castigáis, hablaré, porque me ahogo.

»—¿Acaso yo castigo? yo siempre perdono; sólo pido franqueza y verdad. Si te exigieron que nos hicieras daño, te perdono; ¿tienes aun el resto del tósigo? yo iré á buscarlo.

»—No, madre; yo os lo entregaré, y tened sumo cuidado, que cada gota es una sentencia de muerte; me dijeron que pusiera cuatro gotas, yo sólo puse una, creedme; y se arrodilló llorando amargamente.

»La Comunidad viéndonos hablar en secreto se fué alejando, y yo deseando quedarme sola con la declarante, las dí orden de que todas fueran al huerto; así lo hicieron, y entonces abracé á la pecadora diciéndola:—¡Pobrecita! te dijeron que pusieras cuatro gotas y tú pusiste una sola, ya hiciste una obra buena.

»—No, madre; una sola gota dicen que

mata como el rayo; ¡me horrorizo al pensar lo que hice!

»—No pienses más en ello, y aprovechando que estamos solas, vé por la botellita.

»Se fué la monja y á poco volvió, entregándome la botellita, que al tenerla entre mis manos temblé convulsivamente, y oí una voz que me decía:—Esa botella es muerte y es vida, que la substancia que contiene bien administrada, empleando cordura en el método de usarla, puede dar la vida al débil, no lo olvides.

»La monja me miraba asustada de mi silencio, hasta que al fin la abracé y la dije:—Hija mía, más vale morir que matar.

»—Madre; os obedeceré, antes la muerte que el crimen. Yo no he vivido estos días, ¡cuánto he sufrido!...

»Dueña de la botellita que contenía un líquido azulado muy transparente, no sabía qué hacer con ella; ¿dónde la escondería? pensé en diferentes sitios, y concluí por guardarla en un cajón de mi mesa, cuya llave me colgué al cuello pendiente de un cordoncito negro. Yo no olvidaba lo que había oído:—Ese líquido da la vida y la muerte. Sentí de nuevo dolor en los ojos, pero un dolor muy vivo, realmente insufrible, y dije entre mí: ¿Y si pusiera

una gota de ese veneno en una cantidad de agua, por ejemplo, una gota por mil, y con ella me lavara los ojos? Probaré; y enseguida puse de nuevo agua en la palan-gana, que era muy grande y muy honda, eché cuidadosamente una gota, y tomó el agua un color azulado precioso, me lavé los ojos cuidando escrupulosamente, que sólo ellos se bañaran en aquel pequeño mar azulado; y al pronto sentí un ardor irresistible, pero después, al calor le susti-tuyó un bienestar inmenso, cesó por com-pleto el dolor y se me quedaron los ojos más brillantes que nunca; mas, á pesar del éxito obtenido, miraba el cajón de mi mesa con cierto recelo, hasta que una *flor del cielo* me dijo:—No temas; ¿no estamos aquí?

»—¡Gracias, flores mías! ¡cuántos bene-ficios os debo!

»Entró después Angélica muy preocu-pada y me dijo:

»—Madre, ¡qué cosas pasan!... ¿habéis visto cuántas infamias se han cometido aquí? aunque nada he oído lo he compren-dido todo, y... ¿recogisteis el sobrante del veneno?

»—Sí, lo recogí y lo tiré.

»—Habéis hecho muy bien, madre, quien quita la ocasión, quita la tentación:

y en los ojos de Angélica brillaron dos lágrimas.

»Pasaron días, muchos días, y yo siempre miraba el cajón de mi mesa y oía que me decían:—No temas, aun está ahí.

»Una mañana me anunciaron la visita de muchas monjas!—¿Monjas? dije con extrañeza, pues que pasen, é inadvertidamente las hice entrar en mi celda que se llenó por completo de religiosas de distintas órdenes; al verlas en tan gran número dije á la que las capitaneaba:

»—El objeto de vuestra visita debe ser muy importante, cuando tantas venís.

»—Sí, madre, nuestra misión es muy grave y no estamos bien aquí, puesto que no hay dónde sentarse.

»—Tenéis sobrada razón, pasemos á la Sala capitular y todas estaremos bien. Pasamos al lugar mencionado, las hice sentar á todas, y yo me senté en mi sillón abacial. La capitana de aquella tropa religiosa, me dijo con desfachatez:

»—Estáis sentada en un lugar que hace poco ocupó otra Superiora, la que hoy no le ocupa por encontrarse enferma, pero de ella traemos órdenes que debéis cumplimentar.

»—Si sois madre de una orden, ocupad desde luego mi lugar; sentaos, pues.

»—Si así lo queréis, tanto me importa antes como después, y se sentó en mi puesto diciendo: Convinceos que este sillón lo ocupo en nombre de la nueva Superiora, porque la que antes había tiene una significación diabólica que atestiguan los padres de la iglesia, y ¿creéis, hermanas, que cumpliremos con nuestro deber sustituyéndola?

»Nadie contestó, sólo una monja anciana, pero sin la majestad de la vejez, por ser muy pequeña y muy obesa dijo:—Procedamos en justicia, é interinamente ocupe otra monja su lugar.

»—Pues que sea la monja más anciana; dijeron varias religiosas, y entonces la anciana que había propuesto proceder en justicia, me dijo socarronamente:

»—¿Me obedecerá la antigua Superiora?

»—No; sólo por la fuerza dejaré mi lugar.

»La nueva Superiora se irritó y se levantó diciendo:—Calle la blasfema, que es indigna de estar en la Casa de Dios la que tiene pacto con el diablo.

»—¡Qué más diablo que vuestra figura y vuestra mala intención! Todas se amotinaron y yo las dije:—No me obliguéis á que os arroje de aquí violentamente; si habéis venido, os he escuchado, y sé que ha-

béis venido con el propósito deliberado de producir escándalo; salid de aquí como deben salir las religiosas, con humildad cristiana. No provoquéis disturbios que á nada bueno conducen. Yo sé que en España el poder religioso es su ruína, porque todos los religiosos son conspiradores. Yo no conspiro contra nadie, dejadme aquí con mis niños y mis ancianos, idos de aquí y acusadme cuánto queráis, que yo en cambio pediré á Dios que os ilumine.

»Mis palabras anteriores fueron el *bota-fuegos*, aquellas mujeres no eran monjas, eran fieras rabiosas; una de ellas tuvo la avilantez de darme un tremendo bofetón, y entonces, lo confieso, *cegué y no ví*; porque hay ofensas que una mujer de elevada estirpe no puede sufrir; surgió una idea en mi mente y me dije á mí misma: ¡Mátala! y extendí mis manos para estrangularla, mientras otras decían al ver mi ademán hostil:—¡Arrastrarla! ¡arrastrarla! Mi Comunidad se puso á mi favor, y unas y otras luchaban furiosamente, y oí una voz que me decía:—¡Imprudente! ¿Y tu paciencia? evita una catástrofe, te ayudaremos; y entonces dominé aquel tumulto extendiendo mis brazos, tocando con mis manos á las más revoltosas, que se quedaban inmóviles sin poder dar un paso. Cuando las tuve

tranquilas, las hice bajar ordenadamente y las hice sentar esperando mis órdenes; todas se sentaron haciendo la señal de la cruz, y yo mandé abrir la puerta principal del Convento para ver quién había fuera, y ví á mucha fuerza armada, y á un grupo de oficiales á corta distancia; á ellos me dirigí resueltamente, y uno de ellos salió á mi encuentro saludándome con el mayor respeto, diciéndome:

»—¡Ay, madre! ¡qué vieja os habéis puesto! aunque bien mirado, lo extraño es que aun estéis viva. ¡Tenéis tantos enemigos!... si vivieran vuestros hermanos no tendríais tantos. ¡Pobre madre! ¡cuántos enemigos tenéis!

»—Ahora saldrán las monjas.

»—¿Y queda ahí la que os sustituye?

»—Ninguna queda, porque yo no quiero.

»—Hacéis mal, salid del paso por ahora, quedaos con una, y así evitaréis una nueva invasión.

»Ví qué el militar tenía razón, y lo hice entrar conmigo en el locutorio, diciéndole á la monja más joven, muy hermosa por cierto: Te quedarás tú.

»—¡Yo!... dijo la joven, ¿estáis loca? tenéis mucha más edad que yo, ¿cómo os he de mandar?

»—No importa; aquí os quedaréis. To-

das las monjas se fueron haciendo la señal de la cruz, y la que se quedó como quien dice en rehenes, no le llegaba la camisa al cuerpo, me siguió muy á pesar suyo y la hice entrar en mi celda, á poco de haber entrado, se restregó los ojos diciendo con impaciencia:

»—¿Pero qué es esto, Dios mío? entrar aquí y dolerme los ojos ha sido todo uno, no lo entiendo, pero mi dolor aumenta. ¡Ay, Dios mío! ten misericordia de mí, y me miraba con terror. Angélica al verla sufrir tanto se compadeció de ella, y me dijo: Madre, curad á esa infeliz.

»—Bueno, distráela tú mientras yo preparo el agua.

»Angélica le prodigó frases de consuelo, mientras yo sacando la botellita eché una gota en el agua, cuidando de que Angélica no viera la operación, porque aquella botellita era la vida y la muerte, y Angélica, tenía tantos deseos de acabar de una vez!

»La monja se resistía á dejarse lavar los ojos, pero por momentos se le inyectaban de sangre y se le hinchaban, así es que Angélica la sujetó y yo se los lavé, encontrando la paciente un gran alivio hasta el punto que desapareció el dolor y me dijo muy satisfecha:

»—¡Ay! ¡qué bien tengo los ojos! y ahora, madre ¿qué he de hacer?

»—Sois la nueva Superiora, y mi celda os dejaré.

»—Eso no puede ser; dijo Angélica resueltamente, vos no podéis salir de aquí, si salís, no respondo de mí.

»Mucho me conmoví con el cariñoso arranque de Angélica, y le dije á la monja forastera:

»—¿Qué quieres hacer?

»—Salir de aquí cuanto antes.

»—Pues pasa la noche aquí y mañana hablaremos, que eres muy joven y aun tienes mucho que hacer en el mundo.

»A la mañana siguiente muy temprano, llamó la monja á la puerta de mi celda, y me dijo muy asustada:

»—Madre; yo no puedo estar aquí, he pasado una noche horrorosa, he visto serpientes de fuego, fieras hambrientas, torbellinos de llamas, ciudades en ruínas, ¡qué sé yo! quiero irme.

»—Antes tomarás el desayuno.

»—No, no; nada quiero comer aquí.

»—Haces mal, ¿no recuerdas que aquí te has curado los ojos?

»—Es verdad; tenéis razón... pero... yo quiero irme.

»En aquellos momentos el Sol abando-

naba perezosamente su lecho de fuego; y Angélica, la monja y yo, nos acercamos á la ventana central, y yo saludé al Sol diciendo: ¡Bendito tú! ¡tú eres la imagen de Dios! ¡Tú eres la vida! ¡Tú eres el amor universal, puesto que á los malos y á los buenos das tu calor y tu luz! ¡tú eres la divina igualdad!

»Orando de esta manera, de mis ojos brotaron algunas lágrimas y ví que la monja lloraba también.

»—¿Por qué lloras?

»—Porque me ha conmovido vuestra oración matutina.

»—¿Te ha gustado?

»—Sí, mucho, pero si yo orara así en mi Convento, dirían de mí lo que dicen de vos, que estáis endiablada.

»Una *flor del cielo* murmuró:—¡Bien hasorado!... la monja al oír aquella salutación tembló diciendo:—¿Esa flor ha hablado? Madre, yo quiero irme de aquí.

»—Dejadla salir, madre, no véis que no es alma que os pueda comprender.

»—Hoy no; pero mañana ¡quién sabe! vete en paz, hija mía, y te perdono de antemano las acusaciones que me hagas.

»Salió la monja escapada, y volvió Angélica diciendo:—Madre; ya estamos solas,

pero vendrá de nuevo la avalancha y vendrá con más horrores.

»—Tienes razón, las monjas son muy envidiosas, porque su círculo de acción es muy pequeño, y hay que defenderse á todo trance de la envidia religiosa.

»—Sí, madre; hay que defenderse, ¡si pudiéramos salir! ¡qué hermoso es salir! ¿os acordáis?

»—Sí, Angélica; tú quieres salir para ver un imposible.

»—Sí, madre; un imposible que está grabado en mi corazón.

»—No seas loquilla, no podemos salir, nos espían.

»—¿Entonces estamos prisioneras? ¿Y vos de qué servís?

»—¡Yo!..

»—Sí, madre, vos, inventad algo, ¿no podéis dormir á alguien que pida auxilio? dormidme, madre.

»Sin saber lo que me hacía iba á dormirla cuando me dijo una *flor*: No emplees medios tan pequeños.

»Angélica, ve á cumplir con tu deber: mi compañera se fué muy contrariada, y yo me quedé sola pensando qué haría y pensé en mi enemigo el sacerdote, y dije: Si hay un perjuicio sirviéndome del arma del sueño, que caiga sobre él y no sobre

Angélica, y oí una voz que me decía:—
¡Qué bueno es tu Evangelio! para tu adversario el daño, cuando debías devolver bien por mal.

»—No hice caso de la amonestación, pensé con insistencia en mi enemigo, y vino el sacerdote contrariadísimo, diciéndome:

»—Hemos de concluir, madre.

»—Pues, concluyamos; y le desperté rápidamente, y él me dijo:

»—He venido no sé por qué; indudablemente me habréis hecho venir.

»—Sí: os he hecho venir, para que luchemos la fuerza con la razón.

»—¡Luchar! con vos no puedo luchar.

»—¿Y qué sería de mí si así yo no obrara? ¿Por qué no sois bueno para mí? ¿por qué no sois mi amigo?

»—Yo no estoy bien, no estoy para luchar, separémonos.

»—¿Separarnos? eso no puede ser; porque cuando Dios nos llame á juicio, si vos sufrís, yo iré donde vos estéis para sufrir con vos. Eso no lo haréis conmigo, si os pidiera agua me daríais un veneno que me quemara.

»—Eso no.

»—Eso sí; todo lo sé. Recordad del tiempo pasado, cuando nos conocimos; recordad

al amigo que á los dos nos protegió y que desgraciadamente hemos perdido, busquemos en su recuerdo un poco de claridad, un tribunal que nos juzgue, y si eso es poco, aun tenemos amigos religiosos de valía, busquemos su consejo, así no podemos seguir.

»—Despejadme; poned vuestras manos sobre mi frente y sobre el corazón; dejadme libre, ahora sí que estoy bien para discutir.

»—¿Y qué decís de mi proyecto?

»—Que es una locura, que nada tenemos que hacer; yo no os persigo, sois vos la que os perseguís y la que me persigue.

»—Veo toda vuestra ruindad, y quedan rotas nuestras relaciones.

»—¿Rotas?.. y cuando salga de aquí saldré quizá con las andaderas que continuamente me ponéis.

»—¿Creéis en Dios?

»—Sí creo.

»—Pues el verdadero religioso no cree en poderes misteriosos; yo creo en Dios y porque en El creo no me gusta dominaros.

»—¿Os reconocéis culpable.

»—No; culpable no; pero veo que no queréis hacer un pacto conmigo y hacéis mal, porque yo haré que seáis vos el trom-

petero que diga en todas partes el trabajo que hacéis con el Santo Oficio.

»—No, no; eso no; lo que yo quiero es otra cosa, no os molestaré más si me obedecéis, firmando unos papeles que os traeré. Tenéis fama de Santa, el pueblo ya os ha santificado, millones de enfermos os han bendecido, centenares de hambrientos os llaman su salvación; con mucho menos se puede proclamar santa á una mujer, pero como vuestros escritos y vuestras acciones no están dentro del molde religioso, los padres de la iglesia, amigos y conservadores del dogma, no queremos vuestra historia con sus sueños y sus delirios gentílicos, con su adoración á los astros, en menoscabo de los santos mártires; no queremos, no, vuestra verídica historia, por eso hemos quemado vuestras obras, y quemaremos cuantos papeles toquéis y en ellos dejéis vuestros pensamientos; pero consecuentes con nuestro credo, y fieles servidores de la iglesia, hemos escrito una historia que pasará por auténtica, digna de vos; os haremos Santa, teóloga, doctora, todo lo que se puede ser de grande dentro de nuestra iglesia.

»—Pues yo no firmaré semejante historia, antes me dejaré cortar la mano.

»—No importa, si no la firmáis otro la firmará, ya se ha falsificado vuestra letra,

parece que la historia está escrita por vos.

»—Robáis la voluntad de mi alma, ¿y seréis vos el encargado de escribirla?

»—Yo no, pero está muy bien escrita, si la leyeráis os gustaría, sed razonable y firmad.

»—¡Nunca!

»—Pues yo os llevaré la historia, leedla, y creed que esa historia, será la historia que conocerá la humanidad; de vuestros cantos estampados en el papel, el viento hace tiempo que esparció sus cenizas.

»Se fué sin yo detenerle, y entonces lloré amargamente ante tanta felonía y tanta maldad. ¡Mi historia! ¡un tegido de fábulas ridículas! ¡mi santidad! ¡mi santidad fundada sobre irrisorias mentiras! y mis dulces poesías, mis inspirados himnos, las emanaciones de un alma digna y honrada, ¡todo destruído! ¡Dios mío! ¡quieren deshonrarme en vida y santificarme en muerte!.. Pero el tiempo es eterno y día llegará que yo publique mi verdadera historia; hasta que lo consiga, hasta que pueda reivindicar mi memoria entre los terrenales, yo padeceré todos los martirios que Dios quiera imponerme, y los sufriré gozosa soñando en el día que yo pueda decir: la Santa que adoráis, no ha existido jamás; el que ha existido y existirá eternamente, es un es-

píritu que cayó en el fango y se levantó, y luchó, y progresó porque allá lejos un espíritu de luz le decía:—¡Ven á mí! ¡tu alma es mi alma!.. por eso, por tus culpas pasadas, *te perdono*.





CII

SE pasaron muchos días, en los cuales una profunda tristeza embargaba mi espíritu; mi cuerpo perdía su habitual vigor, y mi espíritu hasta se atontaba, si cabe emplear esta expresión. Mis fuerzas físicas se agotaron al fin, cedí al peso del mayor abatimiento y una mañana me quise levantar y no pude. Angélica no había perdido el menor detalle de mi aniquilamiento físico y moral, pero confiaba tanto en mi fuerza de voluntad, que no le dió toda la importancia que tenía mi extraña enfermedad; pero al verme postrada en el lecho sin alientos para hablar, se alarmó extraordinariamente, haciendo venir á un médico sin pérdida de tiempo.

»Angélica con su talento habitual nada me dijo de su alarma, así es, que al ver al médico me sorprendí como si despertara de un profundo letargo. El médico me inspeccionó detenidamente fijándose mucho

en el movimiento anormal de mi corazón, y le dijo á Angélica al escribir la receta: Que todo se haga corriendo.

»—Qué, ¿me voy? le pregunté.

»—¿Os queréis morir?

»—Yo no.

»—Pues entonces, porque os convertís en momia?

»—Antes que eso... ¡morir! ¡Qué extraño! vos me hacéis una pregunta que responde á lo que me sucede, porque pienso y no sé pensar, es decir, quiero pensar, y no brota en mi mente un pensamiento.

»—¿No habéis tomado algo para entonteceros y dejar la vida lo más tranquilamente posible?

»—Yo no lo he hecho, pero... ahora pienso que otro lo puede haber hecho. ¡Salvadme! yo no quisiera morir así, no quiero morir embrutecida; pero me atonté de nuevo y añadí:—El caso es que no es malo morir así.

»Trajeron la medicina y el mismo médico me dió la primera toma y se sentó al lado de mi lecho mirándome fijamente y contando los latidos de mi corazón. Yo estaba como un niño atontado, pero debido quizá á que el médico en su reconocimiento me oprimió con su diestra el corazón, ello es que al fin, sentí un dolor tan agudo

como si me arrancaran las entrañas y lancé un grito aterrador. El médico recetó otra nueva medicina y dominado por la más dolorosa ansiedad me abrió brusca-mente los ojos; y no sé qué vería en ellos, que gritó con desesperación:—¡Malditos! ¡malditos!...

»—Qué, ¿me han asesinado?—Me quiso dar nuevamente medicina, pero mis dientes convulsivamente encajados se negaron á dar paso al remedio, y él repitió: ¡Malditos! ¡malditos! Yo luchando con las ansias de la muerte pude al fin gritar:— ¡Agua!... ¡agua!... Me trajo agua y bebí con avidez mucha agua; llegó Angélica, y oí que le decía el médico:—¡Todo es inútil! ¡todo! ¡la habéis asesinado!...

»—¡Mentís! gritó Angélica desesperada.

»—Pues ya veréis si se vuelve á levantar.

»Angélica al oír mi sentencia de muerte, miró á todos lados con azoramiento, quiso llegar hasta mi lecho, dió algunos pasos tambaleándose y cayó como muerta.

»—¡Tú también! gritó el médico; y se quedó el pobre hombre como anonadado, que el caso no era para menos. Se repuso en cuanto pudo y trató de auxiliar á Angélica, que volviendo en sí, pidió ¡agua! ¡mucha agua! el médico la dejó beber cuan-

to quiso y salió de la celda gritando:—¡Venid todas! ¡venid!

»Acudió la Comunidad, y á las primeras monjas que entraron les dijo el médico:—Ahí tenéis vuestra obra, ¡¡las dos están envenenadas!!... ¡¡las dos!! Podréis acusarme al Santo Oficio, pero es vuestra la obra; y salió como un loco. Yo que todo lo veía y lo sentía, sufría horribilmente, sufriendo que me ocasionó violentas convulsiones y me tiré al suelo, y Angélica y yo rodábamos y nos retorcíamos como serpientes; las monjas, unas lloraban, otras maldecían, y otras se lanzaron como furias en seguimiento del médico, que volvió el infeliz medio arrastrado por las monjas. Al verle traté de levantarme pidiéndole ¡agua! ¡mucho agua! Angélica también pedía lo mismo. Tanto bebí, que sentí náuseas, ansias horribles, y apoyada en mi lecho, arrojé agua, sangre y materias putrefactas con tal abundancia que daba espanto; Angélica también tuvo vómitos de sangre, y el médico no sabía á quién atender primero, diciendo:—¡Qué horror! ¡esto es irresistible!

»Quedé al fin como inerte y me colocaron en mi lecho, lo mismo que á la pobre Angélica que parecía un cadáver; ¡pobrecita! el médico volvió otra vez á tocar mi

cabeza y mi corazón, me abrió los ojos y lloró como un niño diciendo:—¡Aun hay esperanza!... ¡bendito sea Dios!

»—Mandad; ¿qué hay que hacer? dijo una monja, no nos calumniéis, que no hemos tomado parte en este crimen; lo juramos por Jesús Crucificado.

»—Bueno, bueno; dejaos de juramentos y traed dos tazas de caldo si lo tenéis. Trajeron el caldo y el médico volvió á luchar de nuevo con Angélica y conmigo; la primera volvió á tener abundantes vómitos de sangre, trajeron nuevas medicinas, y el médico y las monjas cumplieron como buenos, no se les podía exigir más cuidado ni más asiduidad. Yo abrí los ojos y le dije al médico:

»—¡Cuánto trabajáis! ¡qué bueno sois!

»A Angélica también le dió medicina y le preguntó:—¿Tenéis sueño?

»—Sí; el sueño de la muerte; ¡qué triste es morir y no morir!

»—Ahora suplico á las dos enfermas que traten de dormir; un reposo absoluto puede salvar la situación.

»Renuncio á referir lo que el médico y las monjas tuvieron que sufrir con Angélica y yo; mi joven compañera, de naturaleza muy endeble en comparación de la mía, no levantaba la cabeza, estaba herida

de muerte, era un lirio marchito sin haber exhalado su perfume. Yo más fuerte y de más edad, resistí mejor los efectos del veneno, y después de muchos días pudimos levantarnos y volver á mirar el Sol pero sin salir de mi celda porque no nos podíamos tener en pie, y porque también necesitábamos un completo aislamiento; las monjas sólo entraban en mi celda de dos en dos, sin hablar ni hacer el menor ruido; tal era nuestro abatimiento y desaliento; y como si no fuéramos bastante las dos enfermas para dar trabajo, en aquellos días llegaron á la hospedería del Convento varias familias procedentes de la Corte, acompañadas de una celebridad médica, de un doctor muy famoso que quería ver la fuente del agua milagrosa, á ver de qué substancias se componía aquella agua y la de otros manantiales cercanos al Convento; y sobre todo, quería ver por sí mismo los milagros que yo hacía, milagros que su ciencia negaba, pero que como era un verdadero sabio, no quería negar públicamente, sin antes haber estudiado en secreto.

»Muy cariacontecidos debieron quedarse los excursionistas al llegar al Convento y mucho más que entre ellos venían algunos enfermos incurables, se dispersaron por

las cercanías, y cada familia entretuvo el tiempo lo menos mal posible, menos el doctor; éste, enterado por mi médico de lo ocurrido, no quiso separarse de nuestro lado, aprobó lo hecho por su compañero, pero tomó á su cargo nuestra completa curación. Era el doctor un anciano muy agradable, poco hablador, pero un observador tan profundo que encantaba su penetración. Como era un verdadero sabio no tenía ni asomos de fatuidad, era un maestro que siempre estaba en clase enseñando á los niños con la mayor sencillez. Mi médico estaba contentísimo, porque yo creo que aprendió más en aquella temporada que en todos sus años de estudios.

»El doctor me trataba con verdadero cariño, y á Angélica la miraba con inmensa compasión, endulzando su lenta agonía con medicinas tan acertadas, que mi compañera recobró el color de sus mejillas, el dulce brillo de sus ojos, pero había algo en su semblante que decía: *me iré pronto...* Yo estaba curada, mi fuerza de voluntad había arrojado cuanto de nocivo había en mi estómago, pero parecía un esqueleto andando y me decía el doctor riéndose:— Madre, yo vine atraído por la fama de sus milagros, no creyendo que el milagro quien lo haría sería yo; porque sin jactancia al-

guna, si yo no vengo las dos hacéis el milagro de iros al cielo antes de tiempo. Y á propósito, madre, que mal gusto habéis tenido de vivir por estos andurriales. No sabéis que en la Corte también hay Conventos? y una mujer de vuestra clase no debía estar en este destierro. ¿No sabéis que en los destierros abundan los reptiles? en la Corte hay fieras, pero más vale luchar con fieras que con reptiles. ¡Pobrecitas! las dos estáis envenenadas y lo han hecho lentamente, con una sangre fría aterradora, Angélica está herida de muerte, el infame que os ha envenenado, si yo fuera Dios no le perdonaría; eternamente le haría sufrir el dolor de la agonía.

»—Doctor, eso sería demasiada crueldad ¿por un delito queréis una eternidad de pena?

»—Sí; porque el envenenador es el más criminal de los criminales, mata á sangre fría, se goza en su obra, y escapa á la persecución de la justicia, porque no se le encuentra el arma homicida ni el menor rastro de su crimen. Y hablando de otra cosa, he pensado seriamente que aquí estáis muy mal, aquí no he visto más que reptiles, exceptuando á Angélica, ¿queréis venir á la Corte? allí hay Conventos dignos de vos, allí os respetarán y os concederán todos los

derechos que por vuestra clase merecéis, pensadlo.

»—No he de pensarlo. ¿Yo á la Corte para qué he de ir? ya no tengo allí á nadie; no quiero irme de aquí.

»—¿Queréis morir entre reptiles?

»—Reptiles ó no, aquí me quedo.

»—Lo siento; ¡valéis tanto!

»—¿Cómo lo sabéis?

»—Por vuestros ojos, que son mundos mudos, vuestros ojos pueden levantar muertos; he visto mucho, y sé que el alma que asoma á esos ojos es capaz de regenerar á un mundo; aquí lucharéis con reptiles y os vencerán.

»—¿Queréis escuchar un secreto?

»—Hablad.

»—¿Decís que he sido envenenada?

»—Sí; los reptiles envenenan, las fieras matan.

»—Escuchadme, yo bien sé que tengo adquirida mucha celebridad, y quieren deshonrar mi historia.

»—La historia no se deshonra, madre.

»—Sí se deshonra: figuraos, si vos escribís una obra, y ésta la destruyen y ponen otra en su lugar ¿no es una deshonra?

»—No, madre, no; que hagan de mis obras de medicina lo que quieran si con mis consejos curan, si guiados por mis

instrucciones hacen el bien en la forma que quieran. ¿Cuáles son vuestras obras? ya he visto una parte de vuestras aquí levantadas, y esas morirán, madre, porque las piedras caen bajo el peso de los siglos, pero si habéis consolado, si habéis curado por vuestra voluntad, eso no se olvida, eso pasa de padres á hijos, y las generaciones van guardando el recuerdo milagroso que resiste al poder del tiempo. Yo ya sé que habéis hecho innumerables curaciones, unas veces por buen deseo y otras por vanidad, sé que habéis escrito mucho. ¡Pobrecita! ¡pobrecita! En España sólo hay almas ruines, y las mujeres tenéis la culpa, porque siempre habéis adorado ídolos y habéis desatendido los deberes de familia. El dogma religioso es el eterno judío que roba siempre renombre, fortuna y libertad; sé que habéis escrito mucho y sé que vuestras obras morirán, si ya no han muerto; venid á la Corte, creedme, allí lucharéis con fieras, que es preferible luchar con fieras que luchar con reptiles.

»Vacilé, dudé, pero luego dije: No, no; ya es tarde.

»—Pensadlo bien.

»—No, no; me quedo.

»—No os he hecho conocer á las familias cortesanas que aquí llegaron atraídas

por vuestra nombradía, respetando vuestro estado alarmante, y como éste ha durado tanto tiempo, mañana han resuelto marcharse y yo con ellos; y como ya estáis fuerte, si queréis os las presentaré, pero cuidado con lo que hacéis, que vienen algunos enfermos incurables.

»—Y si yo pudiera hacer un bien ¿me dejaríais hacerlo?

»—No; no quiero en manera alguna que hagáis el menor esfuerzo, porque entonces si que os vais á la Corte, pero será á la Corte Celestial.

»—Os obedeceré; y para que os convenzáis que quiero obedeceros, no os separéis de mí.

»—Así lo haré, porque si he de seros franco, no me fio mucho de vos.—Me ofreció su brazo el buen doctor, y me llevó á la Sala Capitular, me hizo sentar, él se quedó en pie junto á mí, y fueron entrando damas y caballeros, allí estaban las fieras de la Corte; los hombres me miraron con vaga curiosidad, les debí parecer un vejestorio inútil, las damas me miraron con desdén y algunas con desprecio; de pronto, me fijé en una jovencita vestida de blanco, que andaba muy despacio, sostenida por los brazos de dos honradas dueñas que la miraban con el mayor res-

peto; verla y levantarme todo fué uno, me acerqué á la jovencita y pregunté á una de sus dueñas:—¿Qué tiene esta niña?

»—Está ciega.

»—Ciega, sí; dijo la joven con amargura; he perdido el mundo al perder la vista; yo vine aquí á buscar un prodigio, un milagro de los muchos que aquí se han realizado, pero me han dicho que la madre que los hacía ya no tiene fuerzas para nada. Yo vine á buscar la luz y... ¡me voy sin ella!..

»¡Cuánto me conmovió aquella niña!.. tanto, que me acerqué al doctor y le dije:—¿Me queréis dejar hacer una travesura? ya que decís que soy una chiquilla mal criada; aquí hay una niña, ¡dejadme que la cure!

»—Es imposible; la ciencia ha pronunciado su última palabra y cuanto se quiera hacer será inútil, sólo conseguiríamos atormentarla.

»—Dejadme hacer mis travesuras.

»—Ya os he dicho que es imposible, sólo Dios puede hacerlo, y no lo ha hecho y no será por falta de ruegos y promesas.

»—Por Dios, dejadme hacer, venid vos con ella; yo os juro que no haré el menor esfuerzo, sólo deseo hablar con esa niña.

»—Pues idos á vuestra celda, y yo sin

decir nada á nadie para no promover un conflicto iré después con la niña, os lo prometo.

»Me fuí contentísima á mi estancia, en aquellos momentos me sentí fuerte y animosa, miré á *las flores del cielo* y las dije: —¡Hermosas mías! y una de ellas me dijo: —¡Adelante! ¡Adelante!

»—Casi me habéis dejado morir.

»—Pero no te has muerto. ¡Adelante! ¡adelante!

»Pensé en el veneno que yo guardaba para echar una gota en el agua y lavarle los ojos á la niña y me dijo una flor:—No emplees tal substancia, agua sola, agua sola y en abundancia, sin temor á impresiones. Al oír aquellas palabras me animé tanto, que estaba segura de mi próxima victoria.

»Entró el doctor con la niña que le preguntaba, ¿á dónde vamos?

»—A hacerle una visita á la buena madre.

»—Cuánto me alegro, aun no he perdido del todo la esperanza, y la ciegucecita extendió sus brazos como si buscara los míos, yo la estreché contra mi corazón, la besé en los ojos y la hice sentar frente á mí pidiéndole noticias de la Corte y hablando de mil asuntos triviales; la niña hablaba mucho y bien, en su semblante irra-

diaba la esperanza, y el doctor viendo mi tranquilidad se tranquilizó, no sin decirme: Cuidado con lo que hacéis. Yo seguí hablando mirando fijamente los ojos de la niña que eran muy grandes, y los tenía muy abiertos, pero no brillantes, parecía que una gasa los cubría, miré, miré fijamente aquellos ojos entelados y dije á la niña:—Yo veo en vuestros ojos algo que me parece que se puede romper, vos no estáis ciega, tenéis como un transparente que os cubre los ojos, y si os fijáis bien, á través de esa delgadísima tela debéis ver la luz muy velada, pero la debéis ver, veamos, volved la cabeza, así, de cara al Sol, ¿verdad que veis un reflejo luminoso?

»—Sí que lo veo.

»—Pues entonces, dijo el doctor, á ver si veis un cuerpo opaco en medio de ese destello de luz, y puso él su mano.

»—Sí que lo veo, no distingo bien lo que es, parece... parece una mano ¿es la vuestra, doctor? Este me miró asombrado y me dijo muy quedito: seguid... seguid. Yo apliqué mi diestra sobre sus ojos y así la tuve un buen rato, sintiendo mi mano bañada de un agua pegajosa, tanto que de las puntas de mis dedos caían gotas que parecían de leche aguada, el doctor estaba inmóvil, la niña también, al fin separé mi

mano y la niña gritó:—¡Ay! ¡veo! ¡veo!
¡que veo!..

»—Vendadle los ojos, gritó el doctor fuera de sí, vendádselos porque se volvería loca.

»—¿Loca decís? y sin pensar en nada más, cogí la palangana llena de agua y todo su transparente líquido lo arrojé sobre la cabeza de la niña diciendo: ¡Luz para sus ojos! y ¡luz para su entendimiento!

»Hay escenas que no pueden describirse y ésta es una de ellas, porque la impresión que recibió la niña con el agua y con la luz, es indescriptible; el doctor la rodeaba con sus brazos creyendo que la niña se caería, pero ésta abriendo desmesuradamente sus hermosos ojos, miró á todos lados; no se cansaba de ver y de mirar, miró al Sol, al doctor, á mí, á mí con verdadero arrobamiento diciéndome: No es extraño; vuestros ojos pueden dar luz á muchos ojos enfermos; ¡qué ojos tan hermosos tenéis, madre!..

»El doctor no se cansaba de mirar á la niña, que lo acariciaba y le decía:—¡Os debo más que á mi padre! ¡bendita sea la hora en que me habéis traído aquí!

»El doctor estaba verdaderamente asombrado, pero temeroso al mismo tiem-

po, me pulsaba y me decía:—¡Qué extraño es esto! vuestro pulso no tiene la menor alteración; ¡sois una santa! sólo los santos pueden hacer milagros reñidos con la ciencia. La niña entretanto había dado trescientas vueltas por mi celda, todo lo miraba, todo lo tocaba, todo lo cambiaba de lugar, hasta que llegó á mi mesa; allí no se escapó ni un papel de sus manos, todo lo revolvió, y revolviendo encontró mi Canto al Sol; lo leyó y dijo:—Madre, me daréis este canto; ¡es mío! porque dice en una de sus estrofas:—Si no te viera, ¡qué sería de mí! madre; por este Canto, si hay un Dios, y si hay un cielo, yo iré á pedirle al Eterno un sitio para vos junto á su trono».





CIII

MUCHO me conmovieron las palabras de aquella niña tan entusiasta; era tal su alegría y su satisfacción al leer mi Canto, su júbilo era tan inmenso, que el doctor estaba verdaderamente conmovido y asombrado; miraba á la niña y no acababa de convencerse de que ésta había recobrado la vista sin perder la razón. Toda su ciencia no había podido conseguir durante mucho tiempo lo que yo había conseguido en menos de una hora. Al fin trató de dominar su emoción y me dijo:

»—Ahora hay que ser muy precavidos; y dirigiéndose á la niña replicó: Iremos á dar un paseo los dos solos y te daré algunas instrucciones para que no te molesten ni te fatiguen exigiéndote detalles de lo ocurrido, y vos, madre, esperadme, que volveré y hablaremos.

»—Se fueron, no sin que antes la niña me abrazara con la mayor ternura besán-

dome con tal delirio que el doctor se asustó, mas yo le tranquilicé encontrando muy natural la exaltación de la niña que había vuelto de *muerte á vida*, porque vivir sin ver, ¡no es vivir! Al quedarme sola sentí entonces haberme desprendido de mi poesía, porque no me quedaba copia; pero la llevo en mi mente, murmuré, y puedo copiarla; quise recordarla y recité sus primeras estrofas, pero las últimas se habían borrado de mi memoria, y esto me contrarió vivamente, sintiendo muchísimo que la niña se hubiese llevado mi Canto al Sol, mas luego dije: ¡Dios mío! ¡qué egoísta soy!.. y más que egoísta, ¡injusta! Esa niña guardará mi poesía con verdadera adoración; mientras que estando en mi poder el fuego la devorará más tarde; ¡qué mala es aun mi condición, Dios mío!..

»Sentí pasos y ví entrar á Angélica, pálida, más que pálida lívida, pero había en su semblante una animación extraordinaria, una sonrisa divina entreabría sus labios y me dijo con agitación:

»—Madre; ¡soy muy feliz!

»—¿Por qué? ¿qué tienes?

»—En todo el Convento no se habla más que de vos y dice el doctor á voz en grito: Esa madre vale mucho, es una mujer que es más del cielo que de la tierra.

»—¿Pensabas tú quizás que había perdido la fuerza de mi voluntad? no; ni tu ni yo hemos hecho daño á nadie, y por eso recobramos nuestras fuerzas para hacer el bien.

»—¡Ay, madre! si me muero antes que vos, que sean vuestros besos los últimos que se impriman en mi frente. ¡Ay madre! cuánto siento que el médico dijera que yo os había envenenado. Madre; yo no he sido, y las monjas juran y perjuran que ninguna de ellas se ha prestado á cometer tan horrendo crimen. Dormidme, madre, á ver que digo.

»—¿Estás loca, chiquilla? ¿cuándo he dudado yo de tí? lo que hay aquí, son tres amores que son nuestro martirio. Tú amas, yo amo, él ama, y ama con vehemencia aterradora, y nuestros tres amores son la trinidad del dolor.

»—Madre; repetidme muchas veces que me besaréis después de muerta.

»—¿Qué obstinación es la tuya? no quiero que mueras, ¿entiendes?.. no quiero que mueras, no lo quiero; y oí una voz que me decía: Despiértala.

»—¿Está dormida?

»—¿No lo ves? despiértala, pero con mucha suavidad. Así lo hice, y Angélica abrió y cerró los ojos varias veces y me dijo:

»—¿Me habéis dormido, madre?

»—No, hija mía; yo no te he dormido, entraste aquí dormida.

»—¡Y qué hermoso era mi sueño! soñaba que ya estaba muerta, mi alma revoloteaba libre, enteramente libre.

»—Pues yo no quiero que mueras, y ahora vé á cumplir tus obligaciones que mucho tienes que hacer, quiero que emplees todas tus horas en el trabajo, que el trabajo es el mejor compañero de la mujer; trabajando no te dormirás, que no te conviene dormir durante el día.

»Angélica me miró, extrañando mi lenguaje frío y seco, pero era necesario emplearlo así para separarla de nuevos peligros y de nuevas murmuraciones, pues si la Comunidad la veía dormida, gritarían que había una endiablada más.

»Se fué Angélica dejándome muy preocupada, su obstinación en querer morir y hablar continuamente de su muerte, emancipándose hasta el punto de abandonar su cuerpo en pleno día; ¿me amenazaba otra nueva catástrofe?

»Cuando más embebida estaba en mis tristes reflexiones, entró el doctor preguntándome:

»—¿Estáis sola?

»—Sola estoy.

»—Pues hablemos. Me afirmo en mis ideas, vuestros ojos valen mucho, habéis hecho un acto de gran resonancia, habéis hecho una curación prodigiosa; esa niña es muy buena, y como está tan agradecida de vos, será la trompeta de la fama que dará á los cuatro vientos la relación del milagro en ella operado; y como esa niña es de estirpe casi real, porque su padre es príncipe y su madre tiene más títulos ella sola que la mitad de la nobleza de España; sus palabras serán creídas, y basta la voz de esa niña para santificaros; y ella, creedme, os adoraría de rodillas porque es un alma muy agradecida; no así su madre, esa cree que todo se lo merece, por su egregio linaje, os cree santa, eso sí; pero santa obligada á rendirle vasallaje.

»—Es una fiera de la Corte, doctor.

»—Fiera, sí; pero preferible á los reptiles de aquí. Escuchadme, valéis mucho, mucho más de lo que creéis, ¿queréis unirnos á mí? ¿queréis ser mi aliada, aliada poderosísima, para hacer el bien? Aquí vivís entre víboras que muerden y á las víboras hay que aplastarlas y vos no servís para aplastar, por eso vivís en el peor lugar que podríais estar, y... ¡se vive tan bien en otros lugares!... Yo pertenezco á una Sociedad consagrada á hacer el bien, venid á

la Corte y os iniciaré en ella, allí no tendréis rivales como aquí, allí no moriréis sola como moriréis aquí. En mi Sociedad seréis respetada y querida, allí podréis escribir sin miedo alguno, vuestros compañeros archivarán cuanto escribáis, y á su debido tiempo la Sociedad se encargará de publicarlos sin anotaciones ni mentiras, y el mundo leerá vuestros Cantos tal como los habréis escrito. Pensad en esto que merece ser pensado, con lo sucedido me detendré algunos días más aquí, en unión de los enfermos incurables; quiero que los miréis, y sin llamarlos como habéis hecho con la niña, me diréis á mí lo que debo hacer; sed mi aliada, hija mía, que toda mi ciencia no vale una mirada de vuestros ojos.

»Mucho me conmovió el lenguaje del doctor, y así se lo manifesté diciéndole:— Gracias, padre mío; me dáis la vida, pero no iré á la Corte, no; mis enemigos allí también me perseguirían, la Iglesia es una fiera que no abandona su presa, aunque esté harta.

»—Se conoce que no tenéis la menor idea de la Sociedad á que yo pertenezco; su poder tiene alguna semejanza con el poder de Dios, los reyes de la Tierra, los príncipes de la Iglesia, los dueños de fabulosos

tesoros; allí no son nada más que instrumentos de otra voluntad más poderosa que la de todos los grandes de la Tierra; pensadlo, os lo repito.

»—Yo os ayudaré á curar los enfermos que habéis traído y contad siempre conmigo para hacer el bien.

»—Pensad en cuanto os he dicho, madre; aquí váis á morir sin provecho, el vulgo hablará de vos y nada más; en la Corte, creedme, no sucedería así, pensadle bien.

»—Doctor; soy invariable en mis propósitos, y aquí me quedo.

»Se fué el doctor y me quedé muy triste, oía voces que me decían:—Vete, vete con él.—No te vayas, decían otras, aquí puedes hacer más bien que allá.—No me aturdáis, grité desesperada, dejadme á solas con mi razón; y huyendo de mi celda, donde parecía que todo hablaba, me fuí al huerto y allí me paseé tranquilamente, nadie me espiaba por las ventanas, ya no me temían; llegué á la fuentecilla y allí me senté murmurando:—¡Ay!... las miserias humanas me alejan de tí, ¡amor de mis amores! ¿Crees que te olvido porque amo á un hombre en el mundo? desde el cielo donde moras ¿no ves que te amo siempre? en la Tierra también amo á un hombre y

al mismo tiempo le aborrezco; ¿qué amo en ese hombre? ¿su cuerpo? su cuerpo, no; amo su talento, su erudición, su elocuencia. ¿Te ofende mi franqueza? pues yo soy así. Tú me atraes por tu amor, por tu bondad, al de aquí le amo por su sabiduría; y entonces oí que me decían:—Por despreciar el inmenso valor de la ciencia perdiste á un hombre y con él á su escuela filosófica, y ahora queriendo á la ciencia en la forma de un hombre, tú te pierdes.

»—¡Señor! yo quisiera saciar mi sed de sabiduría, yo quiero tener ciencia mía, porque ahora doy luz á los ciegos y movimiento á los tullidos; pero lo que doy no es mío, son fuerzas de otros seres despojados de su carnal envoltura. ¿Qué horrible delito habré cometido contra la ciencia, cuando hoy busco la ciencia y no la encuentro?... Creí sentir pasos, miré, y oí la voz de siempre, aquella voz que no se confundía con ninguna otra, que me dijo:

»—¿No me miras de frente? ¿tienes miedo?—Miré y le ví sentado junto á mí; el borde de su larga túnica descansaba sobre el borde de mi anchuroso manto, ¡qué hermoso me pareció el amor de mis amores!

»—¿Sois mi Dios? exclamé.

»—No soy tu Dios, porque Dios no es una figura, Dios es la esencia universal.

Yo no soy Dios, pero yo entiendo á Dios mejor que vosotros; y agitó su diestra y se agigantó su figura, y parecía que de sus manos y de sus cabellos brotaban mundos de luz; ¡qué semblante el suyo!... no he visto á ningún otro sér que se le asemeje.

»—¿Tú eres *el sabio*, Señor?

»—Yo no soy *el sabio*, soy uno de los muchos aprendices que hay en el universo.

»—Pero debes ser uno de los aprendices más aventajados, porque yo te he visto en los cielos, en la Tierra, en los talleres del infinito, en los templos de la gloria, ¡háblame! ¡háblame! ¡siempre te sonríes y nada me dices! ¿es que no comprenderé el valor de tus palabras?

»—Ya hablaré, hablaré las palabras de ayer.

»—¿De ayer?

»—Sí; y se transformó en un anciano digno y venerable cuyos ojos decían: ¡Yo soy la luz del mundo! porque soy un intérprete de la sabiduría infinita. Y no estaba solo, no, le rodeaban muchos hombres jóvenes y viejos que le contemplaban con verdadera adoración y le decían: ¡Maestro, habla! que tus discípulos esperan oír tu divina palabra; y él hablaba y les daba instrucciones filosóficas, y les hacía demostraciones científicas y mientras más hablaba

más elocuente y más persuasivo era su lenguaje y decía: ¡Vengan á mí los que quieran llegar al templo de la Ciencia! y un anciano le dijo:—Dejad que llegue hasta vos una joven para coronaros, y llegó una joven hermosísima y yo dije con regocijo: ¡Esa mujer fuí yo!... y la ví con una corona en la mano, pero ¡ay! en aquella corona había las flores de la envidia, de la hipocresía, de la maldad más horrible, de la traición más infame. El sabio me miró como mira Dios á sus hijos, y oí una voz lejana que me decía: Esa corona es tu corona del presente, y esa corona será tu martirio del porvenir y ví que la multitud que rodeaba al sabio se dispersaba desfavorida, mientras el anciano se retorció entre horribles convulsiones. ¿Yo le he asesinado? pregunté aterrada. Tú lo has dicho; y ví de nuevo al amor de mis amores más hermoso que nunca y le dije:

»—¿Sois el mismo? ¿el viejo y el joven?

»—Yo soy el símbolo de la vida, que es la transformación eterna; y de la esperanza, que es el beso de Dios, yo soy su depositario; los que en algo esperan siguen mis huellas. Cometiste delito, pero nunca me has odiado, siempre llegas á mí, yo te espero siempre, te espero para que vengas conmigo, ¿oyes? conmigo.

»—Sí; sí; con vos: pero ¡qué sed tengo!

»—Bebe; y acercó su mano á mi boca.

»—Esto no es agua.

»—No; tu sed no es sed de agua, es de amor, tu alma necesita el calor de la mía.

»—Pero ¡ay! mi sed no se sacia.

»—Dame tú de beber á mí.

»—¡¡Yo!! ¿y cómo?

»—Como me diste de beber en otra fuente.

»Sin moverme, me encontré en otro lugar más agreste, más pintoresco, más solitario, una fuente hecha por la naturaleza embellecía aquel paraje. El estaba junto á la fuente, y yo también, pero no con el hábito de religiosa, presentándole un tosco vaso de piedra lleno de agua, diciéndole:—¡Bebed, Señor! ¡bebed el agua de la vida! y El me dijo:—¿Ves como me has dado de beber? pues ahora bebe tú, y bebí hasta quedar satisfecha.

»—¿Qué bueno eres, Señor!

»—Cuando yo me vaya recordarás y entenderás mejor todo cuanto has visto.

»—Y yo os seguiré de rodillas, Señor, yo quiero seguiros.

»—No puede ser aun, yo vendré á buscarte cuando hayas llegado al periodo álgido de tu martirio; entonces serás conmigo en las inmensidades de los cielos!»



CIV

ME separé de la fuente tambaleándose mi cuerpo, porque mi cabeza parecía que volaba por el aire, pero traté de dominarme y dije: ¿Por qué lloro? ¿por qué quiero obtener lo que no he ganado? y me ví más infeliz que nunca, porque nunca pesa tanto el infortunio como cuando se ha vislumbrado el Sol de la felicidad.

»Al regresar á mi celda encontré á Angélica que me dijo:

»—Os buscaba, ¿dónde fuisteis?

»—A la fuente, á beber agua, tenía sed en mi cuerpo y en mi alma.

»—¿Y habéis bebido? ¿habéis satisfecho vuestra sed? y me miró muy intencionadamente.

»—Sí; la he satisfecho.

»—De seguro que no habréis pensado en mí; cuando os eleváis, ¡nadie os hace falta!

»Ví en Angélica celos de mis éxtasis, y

la dije: Mañana iremos las dos juntas á la fuente.

»—¿Le habéis visto?

»—Sí, le he visto tan hermoso como siempre.

»—Mañana también le veremos, madre.

»—¿Cómo lo sabes?

» Porque yo entraré mañana en su reino.

»—¿Estás loca?

»—No, madre; conozco que me voy; siento lo que jamás he sentido y veo lo que nunca he visto, veo ráfagas luminosas, cielos de fuego, pero un fuego que no quema y veo una figura hermosísima que me dice: ¡¡Te espero!!.

»—Despierta, hija mía, despierta.

»—Madre, duermo y velo á la vez.

»—Traté de reñirla, de amonestarla, pero no tuve valor para ello y la dije:

»—Y si tuvieras lo que deseas ¿querrías morir?

»—Si aun pudiera ser feliz... ¡quién sabe!..

» Yo traté de hacerle amar la vida! y empleé todos los medios imaginables para conseguirlo; hasta mentí diciéndole que el hombre á quien amaba estaba en vísperas de quedar libre, mentí para que no mu-

riera, para que no quisiera morir, y concluí diciéndola:

»—Tú aun puedes ser feliz, yo no; porque yo amo á un imposible, peor aun, yo amo á una personificación de la ingratitude.

»—¿Decís que morirá pronto la mujer del hombre á quien amo? pues casi lo siento. ¡Pobrecita! ¡qué triste será morir viéndose amada! si muere, su sombra será una sombra entre él y yo; él también me ama.

»—¿Cómo lo sabes?

»—Las almas que se quieren, se entienden, madre, y se buscan durante el sueño y en sueños hemos hablado muchas veces.

»Pasó aquel día, y la noche la pasé inquieta, muy inquieta; al fin me dormí á la madrugada, y me desperté muy entrada la mañana, y eso porque Angélica me despertó diciéndome:

»—¿Estáis enferma?

»—Enferma no; decaída sí.

»—¡Ay, madre! vivimos mal, porque vivimos dos vidas, una del cielo, y otra de la Tierra.

»—Pues vivamos la vida de la Tierra.

»—Sí, madre, sí; la vida de aquí, que es la que vemos y la que tocamos.

»—Pero... ¿se puede vivir deteniendo el pensamiento y la inspiración? Yo á pesar mío, recuerdo una fuente situada en un

sitio agreste, sembrado de peñas informes, sobre las cuales crecía verde hojarasca; junto á esa fuente, veo á una joven aldeana y á un hombre muy hermoso que le pide agua, y ella le dice:—Bebed, Señor el agua de la vida, y él le dice á ella:—Bebe tú también el agua de la vida; y aquel hombre tan hermoso, tan joven y tan arrogante, se vuelve viejo, y la aldeana quiere seguirle y el viejo le dice:—Aun no puedes seguirme, sino por el camino del martirio que tú me hiciste sufrir.

»—Que enigmático es todo eso, madre.

»—Lo es, y no lo es.

»—Es que el alma vive muchas veces en la Tierra.

»—Yo creo que sí; porque si así no fuera, ¿qué haría Dios con las almas rebeldes? el infierno no existe, porque si existiera sería la negación de Dios.

»Angélica se fué moviendo la cabeza como si dudara de mis afirmaciones y yo me quedé viendo ráfagas luminosas que formaban como un juego de aguas y yo entusiasmada exclamé:—Escribiré una poesía á ¡La fuente de mi esperanza! y con rapidez vertiginosa comencé á escribir; mas la llegada del doctor interrumpió mi trabajo, lo que mucho me contrarió, porque cortarle al pensamiento sus alas, es como caer

á plomo desde el cielo á la tierra, el golpe es violento y la sacudida es terrible, pero... el doctor era muy bueno y no merecía un mal gesto de desagrado, por eso cuando me dijo:—¿Se puede entrar? yo le dije:

»—Ya sabéis que la enferma siempre espera al médico.

»—Pues mi enferma no está bien; sois una mujer enigmática, en vuestros ojos hay un cielo y en vuestra cabeza un infierno. ¿Qué sois? ¿qué pensáis? ¿qué queréis? Por último vez os digo, que vengáis conmigo á la Corte, aquí moriréis loca de remate; y me pintó un plan de vida muy agradable, diciéndome con la mayor ternura:

»—No debéis morir mártir, medítadlo, os espero, fijadme un plazo, yo haré por vos lo que se hace por un hijo muy querido.

»No pude menos que llorar de gratitud, aquel sabio me quería de verdad; luché entre irme y quedarme, y él prosiguió diciéndome:

»—¿No tendréis inconveniente en relacionaros con vuestros huéspedes? aunque ya los habéis visto, bueno es, que os presente á los que han venido buscando un consuelo. La curación de la niña ha llamado vivamente la atención, y eso que yo he tratado de desvirtuar el hecho para bien vues-

tro; porque la milagrosidad os sería muy perjudicial entre la gente de la iglesia y volveríamos á las andadas.

»—Cracias, ya sé lo que me queréis, y lo que valéis, y os perdono de buen grado las mentiras empleadas en mi provecho. ¿Por qué no os habré conocido muchos años antes? me hubiera ahorrado indudablemente los mayores tormentos de mi vida.

»Se fué el doctor y seguí escribiendo mi poesía á la *f fuente de mi esperanza*. Escribí mucho, mucho, leí después las estrofas y leyéndolas me entusiasmé, exclamando: ¡*La fuente de mi esperanza!* ¿Dónde está esta fuente? ¿en la Tierra? No; en la Tierra no está. ¿Qué no está? Sí que lo está, porque en la Tierra es donde el alma trabaja para su engrandecimiento; donde se cae, es donde tiene que hallarse la rehabilitación.

»Volvió el doctor, y mientras yo me ponía las insignias de mi poder eclesiástico, él leyó mi poesía diciéndome:

»—¿Dónde está esa fuente?

»—Es la fuente de mi porvenir.

»—Enigmática como siempre.—Miró después mis *flores del cielo* y me dijo:—Son poquitas, pero buenas; son muy boni-

tas, y sobre todo, muy lozanas, son preciosas.

»—Más de lo que pensáis, esas flores me hablan.

»—¿Qué os hablan? ¿enigma tenemos? hablaremos después.

»Salimos de mi estancia y llegamos á la Sala Capitular; allí me esperaban los cortesanos, que ya no me miraron como á un vejestorio inútil, la decoración había cambiado, con la curación de la niña se había despertado la curiosidad y todos me hicieron grandes cumplidos y agasajos. El doctor habló de mí con el mayor encarecimiento, y sus palabras fueron muy bien recibidas. Yo me senté y hablé á la concurrencia en términos generales, me fijé después en la niña que había recobrado la vista y le pregunté:

»—¿Veis bien?

»—Sí, madre; perfectamente, creo que cada momento que pasa veo mejor.

»—Como os veo tan quieta!

»—Me inspiráis tanto respeto, más que respeto, veneración, que no me atrevía á llegar hasta vos.

»—Pues ven, hija mía, que te estoy esperando.

»La niña corrió anhelante y se arrojó en mis brazos, me besó con delirio, ¡era

tan cariñosa! yo correspondí á sus caricias y apoyándome en su brazo paseé por el salón, la niña me presentó á su madre, y encontré á una mujer muy hermosa, y muy orgullosa, tanto, que me dijo con bastante frialdad:

»—Madre, yo no encuentro en la curación de mi hija tanto de milagroso.

»—Tenéis razón, señora; los milagros no existen, sólo Dios puede hacer milagros. Aquí han venido muchos enfermos y Dios ha concedido el don de la salud, á los que la merecían.

»—Esas son verdades muy añejas, y sobre los merecimientos ¡hay tanto que hablar!..

»—Sobre muchas cosas hay que hablar, señora. ¡Cuántos van por el mundo ciegos teniendo vista! ¡cuántos tropiezan con la mole del orgullo y caen!.. y no se vuelven á levantar, hasta que su remordimiento les dice:—¡Levántate y anda! ¡y lava con lágrimas las manchas de tu pasado!

»—¿Y hay quién riega con lágrimas su camino?

»—Sí, señora; y hasta que la tierra endurecida se ablanda, caen de nuestros ojos lágrimas de redención.

»La dama me miró sonriendo con amarga ironía; y mandó á su hija que no se mo-

viera de su lado; ya que no podía herirme de otra manera, se vengaba reteniendo á su hija que tanto cariño me demostraba. La miré con lástima y seguí mi paseo, fijando mi atención en una joven muy bella y muy elegante, que parecía estar muy contrariada. Nos miramos y nos entendimos, yo la pregunté sin hablar, ¿qué tienes? y ella corrió hacia mí y me dijo muy quedo:

»—¡Ay, madre! quisiera hablar con vos antes de irme.

»—Tiempo habrá, ya buscaremos la ocasión.

»—Cuanto antes es mejor, madre, porque me encuentro muy mal.

»—Pues yo me iré á mi celda y vos cuando pase un ratito id á verme porque si salimos las dos juntas es llamar demasiado la atención.

»Encontré al doctor al paso, le conté lo ocurrido, y me dijo:—Tened cuidado, que la joven que os quiere hablar no tiene su razón sana; cuidado con lo que hacéis, que de una loca tranquila, no la convirtáis en una loca furiosa, que los locos son temibles; no creáis nada de cuanto os diga, porque está loca rematada, pero es una loca inofensiva, no hace daño á nadie; al contrario, es muy caritativa, muy buena

con los pobres, y de una vida muy ejemplar.

»Pasé á mi celda y esperé á la joven que llegó poco después; miró mi estancia con la mayor extrañeza, encontrándola muy pobre, muy desmantelada, indigna de mí, y yo la dije:

»—¿No sabéis que la riqueza no da la felicidad? con tener lo necesario basta, lo superfluo sobra, pues yo me encuentro muy bien con lo poco que poseo.

»—¡Dichosa vos! ¡dichosa mil veces si vivís tranquila!... Madre; no perdamos tiempo que no quiero que sospechen que he venido á hablaros, soy... ¡muy desgraciada! y se arrojó en mis brazos llorando con inmenso desconsuelo. Yo la tranquilicé cuanto pude, la hice sentar junto á mí, la miré fijamente, y me convencí que aquella infeliz no estaba loca. Ella me miró con ternura y me dijo:

»—¿Habéis mirado bien á la madre de la niña que habéis curado? porque vos la habéis curado; cuanto ha dicho el doctor es falso, á mí me gusta dar á cada uno lo suyo. ¿Habéis mirado bien á esa mujer? es una arpía, me roba...

»—El que, ¿el cariño de vuestro esposo?

»—Ya lo habéis dicho; esa mujer me roba el amor de mi marido, hace más de

un año que tuve un hijo, y ese hijo me lo arrebataron, y murió, murió asesinado, porque no quieren que yo tenga sucesión, quieren que mi matrimonio sea un árbol sin raíces, quieren separarme de mi esposo, quieren que pase por loca; lo sé, ¡todo lo sé! madre; ya sé que sois una santa y vengo á pedir os vuestras preces para que algún día yo salga del infierno, porque yo iré al infierno. ¿Sabéis por qué? porque quiero vengarme de esa mujer, y os ruego, madre, que roguéis á Dios por mí. Esa mujer y yo, no cabemos en el mundo; una ú otra tiene que desaparecer.

»Yo me horroricé, porque la joven me contó tantas infamias cometidas con ella, que me parecía imposible que fuera cierto cuanto me decía; y no sé de que manera la debí mirar, que la joven se levantó, me miró con el mayor desprecio diciéndome con ironía:—¡Vos también me juzgáis loca!... ¡y dicen que sois santa!... los santos deben ser seres superiores, y en vos... no encuentro tal superioridad. ¿No veis que me ahogo? dadme un consejo, no quiero hundirme en el infierno. no quisiera ser criminal, y todo lo que me rodea me dice: ¡mata! ¡mata! porque me han robado mis ilusiones de niña, mis alegrías de mujer, mi santidad de madre, mi dig-

nidad de esposa; en mi casa todos me señalan con el dedo, el último lacayo me dice cuando paso: ahí va la loca.

»—¿Creéis en Dios?

»—Sí, madre; creo en Dios, pero cuando veo tantas injusticias, dudo de su existencia. Como siendo la Suma Bondad ¿es tan inclemente para mí?

»Yo entonces le hablé de Dios á mi modo, á mi manera, le hablé de otras vidas, del enlace de las existencias, le negué el infierno con sus llamas eternas y le pinté las existencias de expiación y estas últimas, con tan vivos colores, que logré conmoverla; le supliqué por la memoria de su hijo asesinado, que no matara, que no se vengara, que no añadiera un eslabón á la cadena de sus pasados desaciertos. Ella tembló, le aconsejé que tuviera piedad de su rival, que no se creyera la más desventurada de las mujeres, porque ella había tenido una época dichosa, se había unido con el hombre de sus sueños, habían resonado en sus oídos palabras de amor, había sentido todas las dulces emociones de la vida terrena, se había sentado á la mesa de la dicha y había gustado de sus manjares; para ella había brillado el Sol, poco tiempo, es verdad, pero ¿y los desventurados que no han tenido un momento de fe-

licidad? ¿y los que han llorado siempre y han saciado su sed con sus lágrimas? ¿y los que han amado y su amor no ha merecido ni la compasión siquiera? ¡Ah! señora, la dije, sed cristiana, enseñad á vuestro esposo que la ley del perdón, es la ley de los que aman; perdonad, compadececed; con matar á esa mujer ¿recobraréis el cariño de vuestro esposo? No; lo que harán entonces será encerraros, y la sombra de la muerta, será vuestra compañera y sentiréis sus ayes y sus maldiciones, y...

»—¡Callad, madre! ¡callad! entre un infierno de remordimientos y el martirio de una existencia, prefiero mi martirio; antes que matar, me mataré.

»—No tanto, hija mía, no tanto; porque no es lícito matarse; nadie tiene derecho á disponer de lo que no es suyo; lo que de Dios proviene, á Dios vuelve á su debido tiempo, sed cristiana ante todo, señora, los verdaderos cristianos ni matan ni se matan; sufren y esperan.

»La joven me abrazó sollozando, me miró fijamente y me dijo:—Tentan razón, ¡sois una santa!... y aquella mártir salió de mi estancia mucho mejor de lo que había entrado; cuando me ví sola exclamé:— ¡Dios mío!... me quejo y no debo quejar-

me, porque no he sufrido lo que ha sufrido esta mujer. Entró Angélica y me dijo:

»—Madre; ¿no iremos á la fuente?

»—Sí, vamos; allí te contaré una historia, por lo cual verás que horrible es interponer entre el amor de dos seres la sombra de un crimen.

»Salimos y encontramos al doctor que me dijo muy satisfecho:—Sois un gran médico, creo que curaréis á muchos de los que aquí han venido.

»—Así sea.

»—Pero creo también que aquí sucumbirá quien tenga que sucumbir».



LLEGUÉ con Angélica á la fuente, nos sentamos, y con una autoridad impropia de mi carácter la dije:

»—Te has empeñado en venir aquí, y aquí debemos hablar muy seriamente.

»—Hablemos, madre, como vos queráis.

»—Las dos estamos enfermas de una misma enfermedad, las dos luchamos no contra el destino, luchamos contra nosotras mismas. Repasemos las dos nuestra conciencia. ¿Qué has hecho tú? mal, ninguno; tu alma es delicada y sensible, tan sensible, que te irías al espacio sin dificultad alguna, por estar ya medio desprendida de las miserias terrenales, no eres un ángel, porque los ángeles son todo espíritu, pero vas en camino de serlo. Dejar el cuerpo no te conviene todavía. Yo lo pudiera haber dejado, pero al intentarlo alguien me ha dicho:—Las existencias deben aprovecharse, y he visto muchos ca-

minos, pero todos al final eran lo mismo, y al contemplarlos me convencí que no por irme de aquí se cambiaba la faz de mi destino, ni sufría la menor alteración mi modo de ser. Las dos amamos á la irradiación de un alma y esa alma nos dice:— Si resistís la lucha, conmigo seréis en el reino de los cielos; y las dos le hemos dicho:—Contigo iremos, Señor,—y El ha contestado:—Ya vendréis más tarde; y nos ha presentado moradas deliciosas, mundos de luz, y en aras de esa divina luz debemos resistir con heróica firmeza todos los embates de la vida. Tú faltas por que quieres morir, tú dices que tus fuerzas flaquean. Dime con entera confianza si es verdad que te sientes morir. Dímelo, dímelo, y si la ley de la fatalidad se impone, dímelo, quiero saber si me espera el golpe más rudo que yo puedo recibir, dime si presientes tu muerte ó si tocas la realidad, dime, dime cuánto sientas, no te calles, no me ocultes nada, dime si te matas ó si te mueres, y yo te diré:—Dios siempre grande, nos dará la luz que nos sea necesaria.

»—Madre; dijo Angélica con la mayor seriedad, yo no me mato, me muero: Yo amo la vida, porque la vida es obra de Dios, ¿cómo no amarla? yo amo al cielo

con sus nubes tornasoladas, yo amo á las flores, con sus colores y sus perfumes y sus espinas, yo amo á las fuentes porque con sus manantiales fecundizan la tierra, yo amo á las tempestades porque sanear la atmósfera, yo amo á las aves porque con sus cantos me dicen que hay un cielo; yo amo cuanto existe porque todo tiene el sello de su divino autor; yo amo cuanto me rodea, el alma, que es una niña eterna, tiene que amar siempre, porque los niños aman, los niños aman y juegan, mi alma es una niña traviesa, quisiera jugar, correr, gritar, dar al viento sus infantiles deseos. Este mundo es muy triste, aquí todos mienten, ¡qué pena, madre!.. ¡qué pena! aquí todos dicen lo que no sienten. Yo quisiera jugar y sonreír, quisiera oír palabras amorosas, quisiera correr y caerme, como aquel día, madre, cuando me lastimé las rodillas y que unos brazos amantes me levantaran, y que una voz apasionada me dijera: ¡Te quiero! ¡te amo! ¡te adoro!.. ansío para tí todas las felicidades, y que tú me hagas partícipe de ellas, que no exista entre los dos separación de cuerpo ni de bienes, ¡tú eres mía! ¡yo soy tuyo!.. ¡qué hermoso será escuchar esas palabras, madre mía!.. Yo no me mato, yo me muero; noto en mis entrañas algo muy

extraño, y tengo unos sueños... en mis sueños veo mi cuerpo rígido y helado, ¡pobrecito! ¡cuánto hubiera jugado! ¡cuánto hubiera trepado por las montañas buscando los senderos más escabrosos! ¡pobre cuerpo mío! ¡era tan joven! ¡tan sano!.. Ya sé que iré á los cielos, pero allí no jugaré, nuestro Dios no es un niño travieso.

»—¿Tan mal estás?

»—Sí, madre; tan mal estoy; dentro de mi sér se desprende algo. Yo lo creía, porque sabía que Angélica no sabía mentir, pero sus ojos no revelaban su sufrimiento, y esperanzada con la brillantez de sus ojos toqué su cabeza, su cuello, su pecho, y al poner mi diestra sobre su corazón, Angélica ahogó un gemido, quiso sonreirse y me dijo:

»—Qué, ¿queréis curarme? Madre, hay venenos que matan, y lo que ellos destruyen, no hay manos que lo reconstruyan: dejadme, madre, todo es inútil, yo lo sé.

»—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué sola voy á quedarme! empezará la agonía de mi muerte cuando ella se vaya... y oí una voz que me decía:—No te opongas al cumplimiento de las leyes, deja que se cumplan, no te opongas á la ley que sufrirás las consecuencias.

»—No acabéis de enloquecerme, dije

con angustia, sólo oyendo la voz de El me resignaré; y me acerqué á la fuente, y allí escuché su voz, allí estaba el amor de mis amores que me dijo:—No te opongas, no te opongas.

»—¡Pero voy á quedarme tan sola... y oí la voz de mi sobrinita que me dijo:— ¡Tía mía! ¿acaso te he dejado yo nunca sola? deja que se cumplan las leyes, déjala tranquila, no te empeñes en hacer imposibles.

»Miré á Angélica que estaba inmóvil, y me dijo mi sobrina:—Llévatela á tu estancia y cúmplase la ley de Dios. Obedecí el mandato, y acercándome á Angélica la dije:—Vamos, hija mía, aquí no estás bien.

«—No, madre, no lo estoy; parece que por dentro de mi sér corre plomo derretido.

»Enlacé mi brazo á su cintura, y cada piedra que iba pisando me parecía una lápida mortuoria; ¡qué triste es quedarse sola! ¡con Angélica había vivido tan bien!.. Con ella había hecho la mayoría de mis excursiones, habíamos hecho el bien juntas, habíamos corrido por los campos, habíamos vivido algunas horas la vida de los pájaros libres y dichosas; con ella se iban mis mejores recuerdos, los últimos res-

plandores de mi vida. Con mucho trabajo pudimos llegar á mi celda; avisé por el camino al doctor, y éste vino inmediatamente; entre los dos colocamos á Angélica en su lecho, él la miró y me dijo:

»—No creí que se fuera tan pronto. La moribunda abrió los ojos y dijo:

»—Doctor, esto se acaba; no me toquéis, no me atormentéis; dadme agua, la última que beberé en este mundo.

»—El agua os dará vómitos.

»—Dadme agua y dejadme morir sin esta sed que me ahoga.

»El doctor le dió agua que bebió con avidez, la recliné de nuevo y quedó inerte. El pobre anciano verdaderamente acongojado, la miraba á ella, me miraba á mí, le tocaba la frente, le abría y le cerraba los ojos, y por último dijo:—¡Dios te perdone!.. ¡Dios te perdone!.. Caí de rodillas, y oré como nunca había orado; el doctor me hizo sentar, me miró los ojos y me dijo:—Tenéis los mismos síntomas, pero se hará esperar el desenlace, aun tardará la crisis en presentarse. Pedí al doctor que diese á la Comunidad la fúnebre noticia y las monjas sintieron mucho la muerte de Angélica: sólo una monja dejó de acudir á rezar delante de la muerta. Yo salí de mi estancia y la encontré petrificada; nada la dije en-

tonces y me volví junto á Angélica, que á las dos horas de haber espirado, no quedaba ni el menor vestigio de su angelical belleza, su cuerpo se ennegreció, sus facciones se abultaron, y de sus ojos, de su nariz y de su boca brotó un líquido sanguinolento y apestoso. Al día siguiente se verificó el entierro con la mayor solemnidad; los mismos que la habían asesinado, no perdonaron rezos ni salmodias, y mi enemigo el sacerdote, cumplió su cometido con triste gravedad. Cuando lo ví junto al cadáver, me pareció que mis pies no tocaban la tierra, y ví dos almas: la de Angélica y la del sacerdote que iban juntas para no separarse jamás. Terminado el entierro, me retiré á mi celda y al contemplar el lecho vacío de Angélica, ¡qué sola me encontré!.. sentí frío, mucho frío, y me dejé caer en mi sillón sin fuerzas, sin alientos, había perdido lo que más amaba; bien sabía que me rodeaban otras almas, pero en la tierra se necesita un cuerpo á quien acariciar, una voluntad que se imponga á la nuestra, unos ojos que nos miren, una boca que nos sonría, unos brazos que nos estrechen; ¡Señor! si de carne somos, de carne necesitamos. ¿Viven los peces fuera del agua? cada especie vive en su centro, y el centro de los terrenales es el amor, es el cambio

de afectos; un alma sola en el cielo, pediría irse al infierno, porque la soledad es el infierno de las almas. ¡Ya estaba sola! ¡nadie me quería! Angélica se había llevado mis últimos consuelos, mis postreras alegrías. Pensando en mi abandono, oí la voz de mi enemigo el sacerdote que me dijo:

»—¿Puedo entrar?

»—Abierta está la puerta.

»—Es que yo no entro donde no se me llama.

»—Haced lo que queráis. Él entró receloso y yo le dije:—¡Qué sola estoy!.. ¡más valiera que hubiéramos muerto las dos!

»—Es verdad, pero vuestra soledad tendrá remedio, ya vendrá otra joven á daros su compañía, tan bella y tan risueña como la que se fué. Yo sí que tengo un duelo en mi alma que nunca se acabará.

»—Pues este duelo lo habéis provocado vos.

»—¿Yo?.. veremos á ver quien es aquí la envenenadora.

»—¿Qué decís? ¿seréis capaz de acusarme?

»—Negra está mi alma y negro será el expediente de acusación que de mis manos salga. Yo he perdido lo que más amaba, yo no la he envenenado, porque esto hubiera sido envenenar mi vida.

»—Pues entonces es preciso que hagamos confesar á la Comunidad.

»—Eso no, eso no, sería el mayor de los escándalos.

»—Pues vengan mil escándalos si éstos han de esclarecer la verdad.

»—Además, sería un escándalo inútil, la Comunidad no hace uso de tan malas artes.

»—¿Qué no? yo os presentaré la prueba que no son estas ovejas tan mansas como parecen, puesto que una de ellas me entregó esta botellita; y le enseñé la botellita que guardaba en el cajón de mi mesa.

»—¿Quién os ha dado eso? gritó aterrado.

»—Una monja, una infeliz; y queriendo buscar la verdad le dije: quién sabe si la monja mintió para conquistar mi cariño, mi confianza, mi protección; ¡se emplean tantos medios en este mundo para llegar al fin que nos proponemos!.. quizá esta botella no contenga más que agua clara, probaré; y al quererla destapar para acercarla á mis labios, él me la arrebató y la tiró por una de las ventanas diciendo:—No, no; basta de crímenes que me harán enloquecer, porque yo he perdido lo que más amaba; y salió como un loco lanzando gritos y maldiciones.

»—Me quedé sola, miré el lecho de mi compañera y al verlo vacío pensé en las palabras del sacerdote y exclamé: vendrá á darme compañía una joven tan bella y tan risueña como Angélica, ¿será una nueva celada? ¿tendrán la osadía y la infamia de profanar la memoria de un ángel poniendo en su lugar á una mujer pagada que me expíe? tal profanación no la consentiré. Ahora, tengamos serenidad, es preciso saber dónde está el cabo de esta madeja enredada. Salí de mi celda y me dirigí á la de la monja que no quiso rezar ante el cadáver de mi compañera.

»Esperé que todas estuvieran recogidas y entonces llamé muy quedo á la puerta de la culpable, ésta abrió y se quedó muy sorprendida al verme, más que sorprendida espantada y temblorosa, no acertaba á mirarme, ni á decirme que me sentara; yo me senté, la hice sentar, y la dije:

»—He observado que no habéis ido á rezar junto al cadáver de Sor Angélica, ¿teníais con ella algún resentimiento?

»—No, madre, no.

»—¿Nada teníais con ella y tembláis al oír mi pregunta?

»—Es por veros en mi estancia, me creo tan indigna de tal honor.

»—No finjamos, hermana, no finjamos;

vos sabéis que Dios lo sabe todo, si le teníais mala voluntad, pedile perdón, no sea que su alma venga aquí á pedir os cuenta.

»—No; si ya la he perdonado, y creo que ella me habrá perdonado también.

»—¿Y de qué os tenía que perdonar?

»—Bien mirado de nada, porque yo... por mi voluntad no la he ofendido, pero á veces... se hacen cosas... que una no quiere... y las hace... ¡qué no venga! ¡qué no venga su alma! pedídselo vos, madre, ¡¡qué no venga!! Si no lo decís á nadie yo os lo diré todo, porque estoy que me ahogan con un cabello desde que se murió esa infeliz. Yo le hice daño, es decir, se lo hice yo, y no se lo hice yo, porque si yo puse en las tazas del desayuno lo que puse, fué porque la nueva Superiora que vino aquí me lo mandó bajo pena de la vida, y como yo he pertenecido á esa mujer, como tiene sobre mí derecho de vida y muerte, me dijo:—Mata... y... ¡maté! Ella viene aquí cuando quiere, cuando vos llamasteis creí que era ella.

»—¿Y por dónde entra?

»—Por una puertecilla del huerto que ni el jardinero hace uso de ella.

»Al recibir la confesión de aquella desgraciada respiré mejor, no era él el autor de tantos crímenes, aun merecía ser ama-

do, aun que si bien se consideraba, él había puesto al verdugo junto á las víctimas, y ¡cuánto me pesaba reconocerlo culpable!

»Salí de aquella estancia dejando á la monja verdaderamente aterrada, mirando á todos lados como si esperara ver la sombra de Angélica filtrándose por la pared. Ya en mi estancia respiré mejor, pensé en hablar con él y decirle:—La culpa ha sido vuestra, le abristeis la puerta á esa mujer y ella ha sido el instrumento de vuestra desesperación, en la sombra queríais herir y la sombra os ha envuelto. No quiero creeros asesino porque me avergüenzo de amaros, quiero saberlo todo, y... ¡quiero ignorarlo todo!

· · · · ·
»Miré el lecho de Angélica y exclamé: ¡Dios mío!.. ¡Dios mío! ¡ahora quiero vivir! sí, sí; ahora quiero vivir porque quiero luchar y desenmascarar á los hipócritas. ¡Dios mío! dadme fuerzas que quiero vencer».



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
XCII.	5
XCVI.	19
XCIV.	35
XCV.	47
XCVI.	55
XCVII.	67
XCVIII.	79
XCIX.	93
C.	109
CI.	125
CII.	145
CIII.	161
CIV.	173
CV.	187





Ramos de violetas

por

Amalia Domingo Soler

Recopilación en tomos, tamaño 11 × 18, de casi todos los artículos y poesías de esta insigne escritora. Se han publicado el I, II, III y IV tomos.

Cada tomo, en rústica, 1 peseta.

En tela y tapas especiales, 2 pesetas.



EDICIÓN MONUMENTAL
DE LAS
OBRAS COMPLETAS
DE
ALLAN KADEC

Se compone esta edición de SIETE tomos en 4.º mayor, impresos en papel superior y estampación esmeradísima, encuadernados en tela con planchas en color y oro, regalándose á los compradores de esta edición una lámina de gran tamaño, con un retrato alegórico del Maestro, impreso en seis colores.

Precio: 35 pesetas la obra completa

Esta edición, esmeradamente corregida é impresa con tipos nuevos, consta también de SIETE tomos, que se venden separadamente, en rústica, al precio de **2 pesetas ejemplar**, y encuadernados en tela y planchas, á **3'50 pesetas**.

OBRAS DE MR. LEÓN DENÍS

CRISTIANISMO
Y
ESPIRITISMO

traducción de ELISA

Dos voluminosos tomos en 4.º, cada tomo,
en rústica, **1'50 pesetas.**

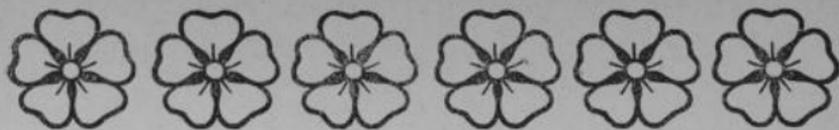
Los dos en uno solo, encuadernado en tela
y oro, **4'50 pesetas.**

EN LO INVISIBLE

traducción de ELISA

Un tomo en 4.º, rústica, **3 pesetas.**

En tela y oro, **4'50 pesetas.**



Guía práctica del Espiritista

por el medium D. MIGUEL VIVES

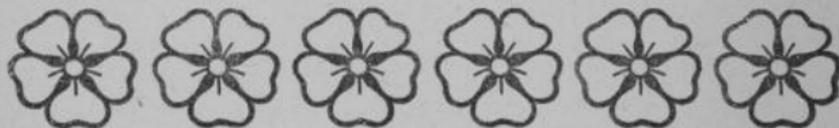
Expresidente de la Federación Espiritista del Vallés, id.
del «Centro Bareelonés de Estudios Psicológicos» y del
«Centro Fraternidad Humana», de Tarrasa.

En la literatura espiritista, tan rica y fecunda que abarca todos los ramos, había un hueco y éste lo acaba de llenar D. Miguel Vives con el interesante folleto que ofrecemos al público.

De la bondad de sus enseñanzas nos responde la larga historia de D. Miguel Vives y los espíritus que le inspiran.

Precio en rústica, **0'75 pesetas.**

Encuadernado en cartoné, **1 peseta.**



CASA EDITORIAL

DE

CARBONELL Y ESTEVA

Rambla de Cataluña, 118. - BARCELONA

EDICION MONUMENTAL

DE LAS

OBRAS COMPLETAS

DE

ALLAN KARDEC

Se compone esta edición de SIETE tomos en 4.º mayor, impresos en papel superior y estampación esmeradísima, encuadernados en tela con planchas en color y oro, regalándose á los compradores de esta edición una lámina de gran tamaño con un retrato alegórico del Maestro, impreso en seis colores.

Precio: 35 pesetas la obra completa

La misma edición, consta también de SIETE tomos, que se venden separadamente, en rústica, al precio de **2 pesetas ejemplar**, y encuadernados en tela y planchas, á **3'50 pesetas**.

Obras de Mr. LEÓN DENÍS

CRISTIANISMO Y ESPIRITISMO

traducción de ELISA

Dos voluminosos tomos en 4.º, cada tomo, en rústica, **1'50 pesetas**.

Los dos en uno solo, encuadernado en tela y oro, **4'50 pesetas**.

▪ EN LO INVISIBLE ▪

traducción de ELISA

Un tomo en 4.º, rústica, **3 pesetas**.

En tela y oro, **4'50 pesetas**.